

<https://OneMoreLibrary.com>

Las comedias de Aristófanes

Aristófanes

TOMO II

Traducción: Federico Baraibar y Zumárraga

Viuda de Hernando, Madrid, 1880

Las avispas

Aristófanes

Personajes

PRIMER SERVIDOR (llamado Sosías)

Dos PERROS.

SEGUNDO SERVIDOR (llamado Jantias).

UN CONVIDADO

BDELICLEÓN

UNA PANADERA

FILOCLEÓN

UN DEMANDANTE

NIÑOS PORTADORES DE LINTERNAS

PERSONAJES MUDOS

Los JUECES, disfrazados de avispas, que componen el coro.

(La escena transcurre en Atenas y empieza poco antes del amanecer frente a la casa de Filocleón.)

SOSIAS: ¡Oye! ¿Qué estás enfermo, mi pobre Jantias?

JANTIAS: (Dormitando.)

Procuro descansar después de esta noche de guardia.

SOSIAS: ¿Tus costillas reclaman, pues, una llamada de buenos latigazos? ¿O no sabes la

clase de fiera que guardamos ahí dentro?

JANTIAS: Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SOSIAS: Peligroso es, aunque puedes hacerlo; también yo siento que sobre mis párpados pesa un dulce sueño.

JANTIAS: ¿Estás loco o es que juegas al Coribante?

SOSIAS: No; este sopor que se apodera de mí proviene de Sabacio.

JANTIAS: ¡Sabacio! Los dos adoramos, pues, al mismo dueño. Ahora poco, también a mí me ha asestado el sueño un mazazo, atacándome como un medo y acabo de tener un sueño extraordinario.

SOSIAS: Y yo he tenido otro, como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

JANTIAS: He creído ver un águila muy grande bajar volando sobre el Agora, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce elevarse con él hasta el cielo; después ví a Cleónimo que arrojaba aquel mismo escudo.

SOSIAS: De modo que Cleónimo es un verdadero enigma. En la mesa esto puede servir de distracción a los convidados: adivina adivinanza ¿cuál es el animal que arroja su escudo por tierra, por el aire y en el mar?

JANTIAS: ¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SOSIAS: No te preocupes; ningún mal te sucederá; te lo aseguro.

JANTIAS: Sin embargo, es muy mal agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SOSIAS: El mío es grandioso; se refiere a toda la nave del Estado.

JANTIAS: Me conformo, de momento, con la quilla del asunto.

SOSIAS: Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y reunidos en asamblea, una multitud de carneros, con báculos y mantos burdos; después me pareció que entre ellos hablaba un omnívoro paquidermo, cuya voz parecía la de un cerdo a quien están chamuscando.

JANTIAS: ¡Puf!

SOSIAS: ¿Qué te sucede?

JANTIAS: Basta, basta; no cuentes más: tu sueño apesta a cuero podrido.

SOSIAS: Aquel maldito paquidermo tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey.

JANTIAS: ¡ Maldición! Es la Hélade; quiere despedazar a nuestro pueblo.

SOSIAS: A su lado creí distinguir a Teoro, sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y además a Alcibíades, que me dijo tartajeando: «Mira, Teolo tiene cabeza de cuervo».

JANTIAS: Nunca ha balbucido más oportunamente Alcibíades.

SOSIAS : ¿Y no encuentras extraño el que Teoro se haya convertido en cuervo?

SOSIAS: ¿Cómo?

JANTIAS: Al contrario; es excelente.

JANTIAS: Pues verás. Si de hombre se ha convertido de repente en cuervo puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse con los cuervos.

SOSIAS: Habría de darte dos óbolos por tu habilidad para interpretar los sueños.

JANTIAS: Pero quiero explicar el asunto a los espectadores y hacerles antes algunas breves advertencias. No esperéis de nosotros poesía trascendente ni tampoco chocarrerías de inspiración megarense. No poseemos ninguna pareja de esclavos que bombardee a los espectadores con una cesta llena de nueces ni un Heracles furioso por su cena frustrada, ni un Eurípides que censurar; e incluso tampoco tenemos la intención de presentar a Cleón hecho picadillo, pese al esplendor de su buena suerte; pero tenemos un asunto bastante ingenioso aunque no arriesga romperos la cabeza y más inteligente, de fijo, que una farsa vulgar.

Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitación que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos a su padre, ? quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña, que difícilmente la podríais conocer vosotros, ni aún figurárosla, si no os dijéramos cuál era. ¿No lo creéis? Pues tratad de adivinarlo. Aminias, el hijo de Pronapo, dice que es la afición al juego; pero se equivoca.

SOSIAS: Ciertamente. Se le figura que los demás tienen sus vicios.

JANTIAS. No; el mal tiene su raíz en otra afición... Ahí está Sosias, que le dice a Dercilo que es la afición a la bebida.

SOSIAS: ¡Pero esa es una afición de personas decentes!

JANTIAS: Nicóstrato, el de Escambónides, asegura que es la afición a los sacrificios y a la buena mesa.

SOSIAS: ¡Nada, Nicóstrato! Imposible eso de la buena mesa; basta que el nombre impúdico de Filóxeno suene a eso mismo para que él lo deteste.

JANTIAS: En vano os cansáis; no daréis en ello. Mas si queréis saberlo, callad y yo os diré el mal que aqueja a mi dueño: es un filoheliasta desenfrenado; su pasión por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, su pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la clepsidra, y acostumbrado a tener la piedrecilla de los votos se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso a los dioses en el novilunio.

Si ve escrito en alguna parte: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo», en seguida pone al lado: «Hermosa urna de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habían sobornado los criminales para que le despertase tarde. En cuanto cena, pide a gritos los zapatos; corre al tribunal antes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa a una de las columnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria, de suerte que siempre, como las abejas o los zánganos, vuelve a su casa con las uñas llenas de cera.

Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía; cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora

le tenemos encerrado con cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras a que no llevase el manto burdo ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luego le bañó y purgó, y siempre lo mismo. Después trató de curarle con los ejercicios de los Coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó a juzgar en el tribunal.

Viendo la ineficacia de estos medios, lo llevó a Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Asclepios. Pero en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entonces no le dejábamos salir, pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno a otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos.

El viejo se llama Filocleón; ningún nombre, por Zeus, le está más propio su hijo, aquí presente, se llama Bdelicleón y es un joven que tiene una idea bastante importante de sí mismo.

BDELICLEÓN: (Asomándose a la ventana.)

¡Eh! Jantias, Sosias, ¿estáis durmiendo?

JANTIAS: ¡Ya está ahí ese!

SOSIAS: ¿Qué hay?

JANTIAS: Que Bdelicleón se ha levantado.

BDELICLEÓN: A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no sé qué, como un ratón dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú, recuéstate contra la puerta.

SOSIAS: Entendido, señor.

JANTIAS: ¡Oh, poderoso Poseidón! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

FILOCLEÓN: (Tratando de salir por la chimenea.)

Soy el humo que salgo.

BDELICLEÓN: ¿Humo? ¿Y de qué leña?

FILOCLEÓN: Del árbol de los sicofantes.

BDELICLEÓN: Ya se conoce, por Zeus, pues es la que despide el humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: mañana podrán llamarme ¡el hijo del ahumado!

SOSIAS: Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo también. Ten mucho cuidado con la cerradura y el cerrojo, no vaya a roer el pestillo.

FILOCLEÓN: (Detrás de la puerta.)

¿Qué hacéis? ¿No me dejáis ir al tribunal, grandísimos bribones, y Dracóntides será absuelto.

BDELICLEÓN: ¿Y te causará mucha pena, no es eso?

FILOCLEÓN: El oráculo de Delfos, un día que le consulté, me predijo que moriría cuando se me escapase un acusado.

BDELICLEÓN: ¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEÓN: Vamos, por piedad, déjame salir o reviento.

BDELICLEÓN: Nunca, Filocleón, nunca; lo juro por Poseidón.

FILOCLEÓN: Pues romperé la red a mordiscos.

BDELICLEÓN: ¿Pero si no tienes dientes!

FILOCLEÓN: ¡Ah, desdicha!... ¿Cómo podría matarle? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, o la tablilla para condenarle a muerte.

BDELICLEÓN: (Ya en el suelo.)

Ese hombre maquina alguna trastada.

FILOCLEÓN: Nada, palabra de honor: sólo deseo salir a vender el asno con su albarda, hoy, que es la feria de la luna nueva.

BDELICLEÓN: Y dime: ¿no lo podría vender yo mismo?

FILOCLEÓN: No tan bien como yo.

BDELICLEÓN: Muchísimo mejor. Ea, trae el asno.

(Filocleón se va en busca del asno.)

JANTIAS: ¡Buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEÓN: Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido sus intenciones. Voy a llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir.

(Saliendo con el asno bajo el que Filocleón está suspendido.)

¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿Porque vas a ser vendido? Vamos pronto; ¿por qué gimes? ¿Llevas acaso algún Ulises?

JANTIAS: Sí, por Zeus; lleva uno atado al vientre.

BDELICLEÓN: ¿Quién? A ver... Sí, ya lo veo. ¿Pero qué es esto? ¿Y tú, buen hombre, quién eres?

FILOCLEÓN: Nadie, a fe de los dioses.

BDELICLEÓN. ¿Nadie? ¿Y de dónde sales?

FILOCLEÓN: Soy de Itaca y vengo fugitivo.

BDELICLEÓN: ¿Con qué nadie? Lo sentirás. Sal de ahí cuanto antes. ¡Hay que ver dónde se ha metido! ¡Si parece un pollino recién parido!

FILOCLEÓN: Si no me soltáis, pleitearemos.

BDELICLEÓN: ¿Y por qué?

FILOCLEÓN: Por la sombra del asno.

BDELICLEÓN: No vales para ello, a pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEÓN: ¿Qué no valgo! Es que no sabes todavía lo que yo soy; Ya te enterarás.

BDELICLEÓN: Entra con el asno en casa.

FILOCLEÓN: ¡Oh jueces compañeros míos, y tú, Cleón socorredme!

BDELICLEÓN: (Encerrando a su padre.)

Grita dentro, a puerta cerrada.

(A Sosias.)

Pon tú una porción de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca, y, para mayor seguridad afiánzala con ese gran mortero.

SOSIAS: ¡Ay! ¿De dónde me ha caído esta teja?

JANTIAS: Quizá te la haya arrojado algún ratón.

SOSIAS: ¿Un ratón? ¡Ca! Es ese maldito juez, que se desliza por entre las tejas.

JANTIAS: ¡Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en gorrión. Va a volar. ¿Dónde está, dónde está la red? (Como quien espanta un pájaro.)

¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¿Fuera de ahí! ¡Pchist!

BDELICLEÓN: Por Zeus, más quisiera guardar a Escione que a mi padre.

SOSIAS: Puesto que le hemos espantado y ya no puede escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEÓN: Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán a llamarle sus compañeros de tribunal?

SOSIAS: ¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEÓN: Es verdad además hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas a medianoche y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico.

SOSIAS: Pues, si es preciso, los apedreamos.

BDELICLEÓN: No hay que ser temerarios; esa casta de viejos, cuando se la enfurece, es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un aguijón agudísimo con el cual pican y saltan gritando y lo lanzan como una centella.

SOSIAS: Pierde cuidado: tenga yo piedras y dispararé todo un enjambre de jueces.

(Entran en la casa y poco después se presenta el Coro de jueces vestidos de avispas. Unos niños les preceden con linternas).

EL CORIFEO: (Llevando a los coreutas.)

Adelante, paso firme. ¿Te retrasas, Comias? Por Zeus, antes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carínades te gana a andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo, el mejor de los jueces! ¡Están ahí por casualidad Evergides y Cábes de Filios?

Aquí tenéis cuanto queda de aquella juventud que florecía cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entonces, en nuestras correrías nocturnas, le robamos su artesa a aquella panadera: la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas.

Pero apresurémonos, amigos: hoy es el juicio de Laques; todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleón, nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano, provistos para tres días de terrible cólera contra él, a fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, antes de que amanezca. Marchemos mirando a todas partes con ayuda de las linternas, no caigamos por falta de precaución en algún lazo.

UN NIÑO: (Que lleva una linterna para iluminar la marcha de los viejos.)

Padre, padre, cuidado con esa charca.

EL CORIFEO: Coge esa pajita del suelo y despabila la mecha.

EL NIÑO: No; ya la despabilo con el dedo.

EL CORIFEO: Niño, ¿no ves que con el dedo vas a alargar la mecha, ahora que anda tan escaso el aceite? Bien se ve que no eres tú quien lo compra.

NIÑO: Por Zeus, si continuáis amonestándonos así, apagamos las linternas y nos vamos a casa. Entonces os quedaréis a Oscuras y andaréis removiendo barro, como si fueseis patos.

EL CORIFEO: Yo castigo a otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que, a lo más, dentro de cuatro días, no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pabilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive en esa casa, que no sale a reunirse con nosotros? A fe que antes no había que sacarle a remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues es aficionado a la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi canción le haga salir.

EL CORO: ¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta, y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido los zapatos? ¿Se habrá dado algún golpe en el pie andando a oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá, quizá, algún bubón? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decía, bajando la cabeza: «Cueces un guijarro». Puede que haya tomado a pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los atenienses y primer revelador de lo ocurrido en Samos; quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mío, levántate, no te dejes acoquinar por las adversidades. Hoy va a ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron a Tracia. Ven a condenarlo. Anda adelante, muchacho; anda adelante.

EL NIÑO: Padre, si te pido una cosa ¿me la darás?

EL CORO: ¡Claro que sí, hijito mío! ¿Qué cosa buena quieres que te compre? ¿No será un juego de tabas?

EL NIÑO: No papá; lo que quiero, son higos secos. Es más azucarado.

EL CORO: Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO: Pues no te acompaño más.

EL CORO: Con mi mezquino sueldo de juez tengo tres personas a quienes comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides tú higos?

EL NIÑO: Y bien, padre mío; si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza, o sólo designarme el sagrado camino de Heles?.

EL CORO: La verdad es que no sé ¡ay! cómo cenaremos.

EL NIÑO: ¿Por qué me pariste, mi pobre madre, si tanto había de costarme sostener mi vida?

EL CORO: Para darse la pena de sustentarte.

EL NIÑO: ¡Oh bolsillito mío, ya sólo eres un adorno inútil.

EL CORO Y EL NIÑO: Gimamos a coro.

FILOCLEÓN: (Asomándose a la ventana.)

Hace rato, amigos míos, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo a cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros hasta las urnas para ejercer mi severidad. ¡Oh Zeus, truenas con furia y conviérteme de repente en humo, O en Proxénides, o en el hijo de Selo, charlatán infatigable!

Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Númen poderoso, o si no, redúceme a cenizas con tu ardiente rayo, o arrástrame con tu impetuoso viento a una salmuera ácida e hirviente, O transfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

EL CORO: Pero ¿quién te secuestra, cerrando la puerta? Puedes decirlo, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEÓN: ES mi propio hijo; pero no gritéis: duerme en la parte anterior de la casa; hablad más bajo.

EL CORIFEO: ¿Y qué motivos tiene para obrar así? ¿Qué pretexto?

FILOCLEÓN: NO quiere que yo vaya al tribunal, queridos amigos, y que pronuncie penas; sólo desea que me dé buena vida y yo renuncio.

EL CORO: ¿Cómo se atreve a tanto ese tunante? Nunca hubiera tenido tal osadía si no estuviera comprometido en alguna conspiración.

EL CORIFEO: Pero puestas así las cosas tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEÓN: ¿Cómo? Inventadlo vosotros; a todo estoy dispuesto; tal es el deseo que me abrasa de recorrer los bancos y de emitir mi voto.

CORO: ¿Hay, di, algún agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el ingenioso Ulises?

FILOCLEÓN: Todo está obturado y sin el más mínimo agujero por donde pudiera pasar un mosquito.

EL CORIFEO—¿Te acuerdas cuando en la toma de Naxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habías robado?

FILOCLEÓN: Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entonces era joven y estaba lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba y podía huir seguramente. Ahora hay apostados en todas las salidas centinelas que me espían: dos de ellos colocados junto a la puerta, me observan, con asadores en las manos, como a un gato que ha robado carne.

EL CORO: Pues inventa cuanto antes otro medio, que ya llega la aurora, querida abeja.

FILOCLEÓN: El medio más expeditivo será entonces roer la red. Que Artemis me perdone lo que voy a hacer con este instrumento de caza.

EL CORO: Eso es obrar como hombre amante de la libertad. Dale duro a las mandíbulas.

FILOCLEÓN: Ya está roído: pero no gritéis; mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleon.

EL CORO: Nada temas, amigo mío, nada temas; si chista, le obligaré a morderse su propio corazón y a combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las dos diosas. Ata una cuerda a la ventana, sujétate con ella y baja henchido del furor de Diopites.

FILOCLEÓN: Sí; pero si mis guardianes advierten lo que hago y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que haréis?

EL CORIFEO: Te defenderemos con todo el rigor de un corazón tallado en el roble. No te mantendrán encarcelado. Eso es lo que haremos.

FILOCLEÓN: Haré lo que decís, confiado en vosotros; mas acordaos si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos y, después de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

EL CORIFEO: Nada te sucederá, no temas; vamos, valiente, descuélgate sin miedo invocando a los dioses de la patria.

FILOCLEÓN: ¡Oh, Lico, mi señor, héroe y vecino mío! Tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpetuas y los lamentos de los acusados; por oírlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto a los desgraciados: ten compasión de mí y salva a este tu vecino fiel. Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ningún excremento como hacen otros.

BDELICLEÓN: (Interpelando a Sosias desde lo alto del techo.)

¡Eh, tú, alerta!

SOSIAS: ¿Qué ocurre?

BDELICLEÓN: Oigo una voz aquí cerca. ¿Será todavía el viejo que trata de escurrirse?

SOSIAS: No, por Zeus; no es eso lo que ocurre es que se está dejando caer a lo largo de una cuerda.

BDELICLEÓN: ¿Qué haces, triple canalla? Pues no lograrás tu intento. (A Sosias.)

Date prisa para subir por el otro lado y coge esta rama para darle duro.

FILOCLEÓN: (A sus amigos.)

¿No me socorréis, Esmicición, Tisiades, Cremón, Ferédipes y cuantos habéis de com-

parecer en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis, si no es ahora, antes de que me arrastren allá dentro?

EL CORIFEO: Decídmelo: ¿por qué tardamos en remover aquella bilis que hierve furiosa contra todo el que ofende a nuestro enjambre?

EL CORO: Enderecemos el aguijón vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid a Cleón lo que sucede. Decidle que venga y que castigue a ese hombre enemigo de la ciudad y digno del último suplicio, pues se atreve a pedir la supresión de los tribunales.

BDELICLEÓN: Buenos amigos, cesad en vuestros gritos y oíd lo que ocurre.

EL CORIFEO: Pondremos el grito en el cielo.

BDELICLEÓN: Podéis estar seguros de que no lo soltaré EL CORIFEO: ¿No es esto formidable? ¿No es pura tiranía?

EL CORO: Yo os invoco, oh República: Teoros, tú el enemigo de los dioses y a todos los charlatanes que nos gobernáis.

JANTIAS: (A Bdelicleón.)

¡Socorro, Heracles! Están provistos de dardos. ¿No los ves, mi amo?

BDELICLEÓN: Son los que en el tribunal dieron muerte a Filipo, el discípulo de Gorgias.

EL CORO: Y los que te atravesarán a tí. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el aguijón desenvainado, en buen orden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin a qué enjambre ha irritado.

JANTIAS: ¡Maldición! Va a haber pelea; tiemblo al ver esos aguijones.

EL CORO: Suelta a nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar a las tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEÓN: Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y las manos.

BDELICLEÓN: (Llamando a sus esclavos.)

¡Midas, Frigio, Masintias, acudid! ¡Sujetadle y no le soltéis por nada del mundo; si no, ayunaréis en el cepo! Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces.

EL CORO: Si no lo sueltas, te clavaré el aguijón.

FILOCLEÓN: Cecrops, mi amo y señor, verdadero dragóntida con cola de serpiente, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, a quienes he enseñado a llevar su quénice con cuatro medidas de lágrimas?

EL CORO: ¡Qué terribles males afligen a la vejez! Ahora esos dos ingratos sujetan a viva fuerza a su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriaran los pies; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEÓN: ¿NO me soltarás, cochina bestia? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí

robando uvas y te até a un olivo y te vapuleé hasta el punto de que daba gloria verte? Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú también, antes de que venga mi hijo.

EL CORO: No tardaréis en pagar vuestro atrevimiento; así comprenderéis, bribones, que os las habéis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEÓN: Sacúdeles, sacúdeles, Jantias; arroja de casa estas avispas.

JANTIAS: Eso estoy haciendo; (a Sosias)

Ahuyéntalas tú también con una densa humareda.

SOSIAS: ¿No os iréis al infierno? ¡Ah!, ¿no os largáis? Pues palo con ellos.

BDELICLEÓN: Para acabar de ahumarlos echad a Esquines, hijo de Selarcio.

JANTIAS: (Viendo que el Coro cede resistencia.)

Estaba seguro de que en fin de cuentas llegaríamos a ponerlos en derrota.

BDELICLEÓN: No lo hubiéramos conseguido tan fácilmente si hubiesen comido versos de Filocles.

EL CORO: ¿No está claro como la luz para todos los pobres que la tiranía se ha introducido aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso y arrogante secuaz de Aminias, nos arrebatas las leyes que rigen la ciudad y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpación con un pretexto o con una elegante arenga.

BDELICLEÓN: ¿No podríamos, sin golpes ni alharacas, conferenciar como buenos amigos y hacer las paces?

EL CORIFEO: ¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, empedernido monárquico, amigo de Brásidas, que llevas franjas de la lana y cuyos largos bigotes no conocen las tijeras?

BDELICLEÓN. Positivamente, más me valdría abandonar a mi padre que sufrir todos los días semejantes borrascas.

EL CORIFEO: Pues aún no está el perejil en la calle, como dice el proverbio. Hasta ahora no tienes de qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador publico te eche en cara todos esos crímenes y emplace a tus conjurados.

BDELICLEÓN: Pero, ¿no os iréis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto a moleros a palos sin descanso.

EL CORO: No, jamás, mientras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones a la tiranía.

BDELICLEÓN: Es fuerte cosa que, sea grande o pequeño el motivo, a todo lo hemos de llamar tiranía y conspiración. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí ese dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más común que el del pescado salado, y en el mercado no se oye otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato grita al momento: «Ese hombre quiere regalarse como durante la tiranía.» Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándote de soslayo, le dice: «Puerros, ¿eh? ¿Quieres restablecer la tiranía? ¿O piensas que Atenas te ha de pagar los condimentos?»

JANTIAS: Sin ir más lejos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana, y porque la propuse ciertos ejercicios hípicas, me preguntó furiosa si quería restablecer la tiranía de Hipias.

BDELICLEÓN: Eso le agrada al pueblo, y a mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres y dejándose de delaciones y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Morsicos, me acusan de conjuración y tiranía.

FILOCLEÓN: Y te está muy bien empleado, pues ni por todas las delicias del mundo dejaría yo este género de vida de que pretendes apartarme. A mi no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeñito cocido en su correspondiente tartera lo encuentro mucho más sabroso.

BDELICLEÓN: Claro está, como que te has acostumbrado a ello; pero si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEÓN: ¿Que yo me engaño cuando juzgo?

BDELICLEÓN: ¿Pero no estás viendo cómo se burlan de ti esos hombres a quienes rindes culto y adoración? ¿Que no eres más que su esclavo?

FILOCLEÓN: ¡Esclavo yo! Yo, que mando a todo el mundo.

BDELICLEÓN: No lo creas; te haces la ilusión de que mandas, y eres un esclavo; y si no, dime, padre: ¿qué provechos obtienes de las recaudaciones que le procuras a Grecia?

FILOCLEÓN: Muchos provechos; apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEÓN: Acepto el arbitraje; (a los esclavos)

soltadle. ya.

FILOCLEÓN. Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

BDELICLEÓN: Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEÓN: Jamás volveré a beber vino en honor del Buen Genio.

EL CORO: Ahora, tú que formas parte de nuestra escuela, es preciso que encuentres nuevas razones, a fin de...

BDELICLEÓN: Traedme aquí cuanto antes unas tablillas pues quiero anotar fielmente todo lo que va a decir, para tenerlo bien presente.

EL CORO: Y no adoptes el estilo de ese joven. Ya ves la inmensa importancia que tiene para tí este debate; es decisivo y tu adversario está resuelto a batirte, aunque esperamos que no lo conseguirá.

FILOCLEÓN: ¿Y qué sucederá si sale él vencedor en esta controversia?

EL CORO: La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros, llamándonos talóforos y mondaduras de pleitos. Tú, que vas a defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente, todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEÓN: Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algún animal más temible,

sobre todo si es viejo?

Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombres de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal; apenas me presento, una mano delicada, que fué esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mía; los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasión de mí, padre mío; te lo pido por los hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura o en el aprovisionamiento del ejército.»

Pues bien, éste a quien me refiero, no sabría siquiera si yo existía si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEÓN: Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEÓN: Entro después, abrumado de súplicas, y, calmada mi cólera, suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que había prometido; pero escucho a una muchedumbre de acusados que en todos los tonos piden la absolución.

¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oír allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos a los verdaderos hasta lograr que sus desgracias iguallen a las nuestras; otros recitan fábulas; éstos nos refieren alguna gracia de Esopo; aquéllos dicen un chiste para hacerme reír y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos e hijas de la mano; yo presto atención; ellos, desgreñado el cabello, prorrumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como a un dios que le absuelva, siquiera por ellos.

«Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las cerditas procura conmoverte con la de mi hija.» Entonces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEÓN: Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de Grecia.

FILOCLEÓN: También cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos. Si Eagro es citado a juicio, no consigue salir absuelto hasta después de habernos recitado el más hermoso trozo de la Niobe.

Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa, y nos toca al salir el tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita que con tanta gravedad cubre sus sellos, y entregamos la hija a quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEÓN: Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera me parece injusto.

FILOCLEÓN: Además, cuando el Consejo y la Asamblea del pueblo no saben qué decir sobre algún grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entonces Evatlo y el ilustre Sleónimo, grande adulator y arrojador de escudos, juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre.

Y dime, ante el pueblo, ¿ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinión si no ha dicho antes que los jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleón, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve a mordernos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas.

¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mío, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale menos que el ilustre Eufemio, coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme; mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decías.

BDELICLEÓN: Desahógate a gusto; día llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece a un trasero sucio.

FILOCLEÓN: Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren a abrazarme, atraídos por el olorillo del dinero; en seguida mi hija me lava, me perfuma los pies y se inclina sobre mí para besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua la moneda de tres óbolos que llevo en la boca.

Después mi mujercita, toda mimos y halagos, me presenta una tarta riquísima, se sienta a mi lado y me dice cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito y me libra de miraros a la cara a tí ni al mayordomo, para ver cuándo os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quitapesares, muralla en que se estrellan todos los dardos.

Por si no me das de beber, he traído este soberbio porrón con dos asas a modo de orejas de asno. ¡Cómo rebuzna cuando, inclinándome hacia atrás, apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo menos igual, igual al del padre de los dioses, pues hablan de mí como del propio Zeus. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeúntes: «Zeus soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignación, ¡oh! entonces es de ver cómo me halagan todos y cómo el terror descompone el vientre a los más ricos y soberbios.

Tú mismo me temes más que ningún otro; sí, por Deméter, me tienes mucho miedo. Yo en cambio, que me muera si tengo miedo de ti.

EL CORO: Nunca habíamos oído hablar con tanta claridad e inteligencia.

FILOCLEÓN: Sin duda; esperaba poder vendimiar una viña abandonada; pero ignoraba que en ese terreno soy un maestro.

EL CORO: ¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Me enorgullecía al oírle. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas. ¡Tal es el en. canto de su elocuencia!

FILOCLEÓN: ¡Ved ahora como gesticula! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, palabra de honor que hoy te haré trabar conocimiento con el látigo.

EL CORO: Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardidés. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mía.

EL CORIFEO: Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recién cortada para quebrantar nuestra ira.

BDELICLEÓN: Ardua, atrevida y superior a las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Sin embargo, oh padre mío, hijo de Cronos...

FILOCLEÓN: Detente y nada de padre. Porque si sobre la marcha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios.

BDELICLEÓN: Escucha, pues, querido padre, y desarruga un poco tu entrecejo. Empieza por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la cuenta no es difícil),

cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; a ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son unos seis mil y hallarás que asciende, si no me equivoco, a ciento cincuenta talentos.

FILOCLEÓN: De modo que nuestro sueldo no llega a la décima parte de las rentas.

BDELICLEÓN: Ciertamente que no llega.

FILOCLEÓN: ¿Y a dónde va a parar entonces el resto del dinero?

BDELICLEÓN: A los que gritan: “Nunca haremos traición al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia.” Tú, padre mío, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos, en tanto, arrancan a los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagáis tributo o no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran.

A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, les importa tanto de tí como del voto de Comio; mas a ellos les traen a porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas; en fin, cuanto contribuye a la salud y a la riqueza; y a ti, que mandas en ellos, después de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan una cabeza de ajos para guisar pececillos.

FILOCLEÓN: Efectivamente, eso es muy cierto, yo mismo he tenido que enviar a casa de Eucárides a por tres cabezas. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEÓN: ¿No es esclavitud, y grande, el ver a todos esos bribones y a sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos soberbios?

¡Tú, con tal que te den los tres Óbolos, ya estás tan contento! ¡Tú, que, has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen a asistir al tribunal de orden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas a juzgar muy temprano y a la hora fijada, porque todo el que se presente después de la señal no cobrará el trióbolo.

El, en cambio, aunque llegue tarde, cobra un dracma como abogado público. Después, si un acusado le da algo, hace partícipe de ello a su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entonces es de ver cómo, a modo de aserradores de leña, uno lo suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador

público, sin notar sus manejos.

FILOCLEÓN: ¡Eso hacen conmigo! ¿Pero qué dices? Me destrozas el corazón. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEÓN: Considera, pues, que tú y todos tus colegas podíais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, sólo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y aún eso te lo pagan poco a poco, gota a gota, como aceite que se exprime de un vellón de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre.

Quieren que seas pobre, y te diré la razón: para que, reconociéndoles por tus bienhechores estés dispuesto, a la menor instigación, a lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les será más fácil que alimentar al pueblo.

¿No tenemos mil ciudades tributarias? Pues impóngase a cada una la carga de mantener veinte hombres y veinte mil ciudadanos vivirán deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura, gozando, en una palabra, de todas las ventajas a que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maratón. En vez de eso, como si fuerais jornaleros ocupados en recoger la aceituna, le vais pisando los talones al que lleva la paga.

FILOCLEÓN: ¡Ay! Súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer.

BDELICLEÓN: Esos intrigantes, cuando cobran miedo, os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo; nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y éstos con mil molestias, midiéndolos uno por uno y exigiéndote, previa justificación, de no ser extranjero.

Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, con el deseo de ser yo mismo el que te mantenga y librate de insolentes burlas. Resuelto estoy a darte todo cuanto quieras, salvo a beber leche de algua cil.

EL CORIFEO: ¡Cuán sabio era el que dijo!: “No juzgues sin haber oído a ambas partes.” (A Bdelicleón). Ahora me parece que tú tienes sobrada razón. Mi cólera se calma, y dejo caer este palo.

EL PRIMER SEMICORO: (A Filocleón.)

Cede, cede a sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente o amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarto de favores, recíbelos propicio.

BDELICLEÓN: Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: sabrosas papillas, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones y el sexo. Pero se calla, con la lengua helada. Mala espina me da.

EL SEGUNDO SEMICORO: Es que recobra la razón en el mismo punto en que la había perdido; reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoído tanto tiempo tus exhortaciones. Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEÓN: ¡Ay de mí!

BDELICLEÓN: ¿Por qué esa exclamación?

FILOCLEÓN: Déjate de promesas; lo que yo quisiera es estar allí, sentarme allí donde el uger grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.»

¡Ah!, ¿por qué no me he de encontrar junto a las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mía! Alma mía, ¿dónde estás? Tinieblas, abridme paso. ¡Oh!, te juro, por Heracles, que mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y atrapar a Cleón con las manos en la masa.

BDELICLEÓN: En nombre de los dioses, padre mío, escúchame.

FILOCLEÓN: ¿Escucharte qué? Pídeme a tu vez cuanto quieras, menos una cosa.

BDELICLEÓN: ¿Qué cosa, di, di?

FILOCLEÓN: El que no siga juzgando; antes de consentirlo, Hades me llevará.

BDELICLEÓN: Entendido; ya que tanto te gusta administrar justicia, adminístrala aquí y ejerce tu magistratura entre el personal de la casa. No necesitas molestarte en ir al tribunal.

FILOCLEÓN: ¿Justicia aquí? ¿Y sobre qué? ¿Me crees idiota?

BDELICLEÓN: En casa puedes hacer lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas a una simple multa; es decir, exactamente igual que en el tribunal.

Todo lo demás se hará también como allí, se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve o llueva, sentado ante el hogar; así, aunque te levantes al mediodía ningún tesmoteta te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEÓN: Eso me agrada.

BDELICLEÓN: Además, si un orador se lanza a discursar interminablemente no tendrás que esperar rabiando de hambre a que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor.

FILOCLEÓN: Pero si como, ¿podré igual que antes juzgar con conocimiento de causa?

BDELICLEÓN: Mejor que en ayunas. ¿No has oído decir a todo el mundo que cuando los testigos mienten, los jueces sólo pueden comprender el asunto a fuerza de rumiarlo?

FILOCLEÓN: Me has convencido. Pero aún no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEÓN: Yo.

FILOCLEÓN: Bueno, así recibiré yo sólo mi paga y no en compañía de otro, porque hace poco ese bufón de Lisítrato me jugó la peor pasada que puede imaginarse. Había recibido un dracma para los dos y fuimos a la pescadería, donde lo cambió en calderilla; luego en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo creyendo que eran tres Óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé enseguida y le cité a juicio.

BDELICLEÓN: ¿Y qué dijo para defenderse?

FILOCLEÓN: Pues dijo que yo tenía estómago de gallo. “Digieres fácilmente el dinero”, repetía, riéndose.

BDELICLEÓN: ¿Ves cuanto vas ganando hasta en eso?

FILOCLEÓN: No poco, es verdad. Me declaro conforme: hágase tu voluntad.

(Entrando.)

BDELICLEÓN: Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo lo necesario.

FILOCLEÓN: (Monologando.)

¡Mirad cómo se cumplen las predicciones! Yo había oído decir, en efecto, que un día los atenienses administrarían justicia en su propia casa y construirían en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas estatuillas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEÓN: (Volviendo.)

Héme aquí; ¿qué más quieres? Te traigo, como ves, todo lo que te he prometido y aún algo más. Aquí tienes un bacín para cuando te entren ganas de orinar. Te lo suspenderán de un clavo y al alcance de la mano.

FILOCLEÓN: ¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar a un viejo de la retención de orina!

BDELICLEÓN: Aquí traigo además un hornillo encendido con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEÓN: Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas, ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEÓN: Para que si te duermes durante la vista de una causa, te despierte cantando encima de ti.

FILOCLEÓN: Todo está perfecto; sólo echo de menos una cosa.

BDELICLEÓN: ¿Cuál?

FILOCLEÓN: La capilla de Lico. Quisiera que me la pudieran traer.

BDELICLEÓN: (Enseñándole un cuadro.)

Aquí la tienes delante de los ojos y con el Señor en persona.

FILOCLEÓN: ¡Oh, Dueño y Señor, no alegras mucho la vista!

BDELICLEÓN: Presenta exactamente el mismo aspecto que Cleónimo.

FILOCLEÓN: En efecto, tampoco lleva armas.

BDELICLEÓN: Si te das prisa en actuar, someteré en seguida a tu decisión una causa.

FILOCLEÓN: Puedes avisar; ya hace un siglo que estoy actuando.

BDELICLEÓN: Veamos: ¿por qué causa empezaremos? ¿Qué delito se ha cometido en casa? ¡Ah! Tratta, la esclava, dejó quemar hace poco el puchero...

FILOCLEÓN: ¡Eh!, detente; me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada, que es precisamente el instrumento principal de nuestras

funciones?

BDELICLEÓN: Es verdad, por Zeus. No hay.

FILOCLEÓN: (Entrando en la casa.)

Voy corriendo yo mismo a buscar una.

BDELICLEÓN: ¡Qué enojoso, de todos modos! ¡Es terrible la nostalgia!

UN SERVIDOR: (Saliendo de la casa.)

¡Maldito animal! ¿Es posible que demos de comer a semejante perro?

BDELICLEÓN: ¿Se puede saber lo que ocurre?

EL SERVIDOR: Nada. que Lábés, tu perro, se ha metido en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEÓN: Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. Comparece tú como acusador.

EL SERVIDOR: Yo, no, por vida mía; que sea el otro perro el que mantenga la acusación, si se instruye el proceso.

BDELICLEÓN: Bueno; tráetelos a los dos.

EL SERVIDOR: (Entrando.)

Al momento.

BDELICLEÓN: (A su padre que vuelve.)

¿Qué traes ahí?

FILOCLEÓN. La valla donde encerramos a los cerdos que cebamos para Hestia.

BDELICLEÓN: Pero eso representa un robo sacrílego.

FILOCLEÓN: No; puesto que será a Hestia la primera a quien sirva cuando destripe a la clientela; pero empieza pronto a traer esa causa. Ya veo la pena que será preciso imponer.

BDELICLEÓN. Deja que te traiga las tablillas y la documentación

(entra).

FILOCLEÓN: ¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me daría escribir en la arena.

BDELICLEÓN: (Volviendo.)

Toma.

FILOCLEÓN: Cita ya, pues.

BDELICLEÓN: De acuerdo. Veamos quién viene a la cabeza de la lista.

FILOCLEÓN: Pero ¡qué contratiempo! ¿Pues no me he olvidado de traer las urnas?

BDELICLEÓN: ¡Eh!, tú, ¿adónde vas?

FILOCLEÓN: A por las urnas.

BDELICLEÓN: No es menester; ahí tengo esos cubos.

FILOCLEÓN: Muy bien; así ya tenemos a nuestra disposición todo lo necesario. ¡Pero no! Aún nos falta la clepsidra.

BDELICLEÓN: (Enseñándole el bacín.)

¿Y ésto qué es? Una clepsidra, si no me equivoco.

FILOCLEÓN: Veo que te las arreglas perfectamente para procurártelo todo con lo que aquí hay.

BDELICLEÓN: Pronto, traed fuego, mirtos e incienso para que empecemos por invocar a los dioses.

EL CORIFEO: Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos a los vuestros, congratulándonos de que una reconciliación tan generosa haya seguido a vuestras disputas y querellas. Y ahora, antes de empezar, recojámonos.

EL CORO: ¡Oh Febo Apolo Pitio! Haz que lo que va a resolverse delante de esa puerta sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Pean!

BDELICLEÓN: ¡Oh mi Dueño y Señor Apolo Agieo, que velas ante el vestíbulo de mi casa! Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el humor áspero e intratable de mi padre. ¡Oh rey!, endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazón; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible a las súplicas, y que arranque las ortigas de su vía, corrigiendo su malhumor.

EL CORO: Nosotros unimos nuestras preces a las tuyas en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleón, desde que nos has dado a conocer que amas al pueblo como ningún otro joven.

BDELICLEÓN: Si hay algún juez fuera, que entre, pues en cuanto comience la vista no se dejará entrar a nadie.

FILOCLEÓN: ¿Quién es el acusado?

BDELICLEÓN: Aquí está.

FILOCLEÓN: ¡Y que le espera una bonita sentencia!

BDELICLEÓN: (Como acusador.)

Oíd el acta de acusación. La formula un perro, nativo de Cidatenea, contra Lábes, de Exona, al que acusa de haberse comido él solo, contra toda razón y derecho, un queso de Sicilia. La pena que se solicita es un cepo de higuera.

FILOCLEÓN: Una vez que se le haya reconocido culpable, debe morir, más bien, como un perro.

BDELICLFÓN: He aquí al susodicho Lábes en el banco de los acusados.

FILOCLEÓN: ¡Ah, maldito! ¡Qué traza de ladrón tienes! ¿Si creerá que me va a engañar apretando los dientes? Pero ¿dónde está el querellante, el susodicho perro de Cidatenea?

EL PERRO: ¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEÓN: Aquí está.

FILOCLEÓN: Ese es otro Lábes.

BDELICLEÓN: Por lo mucho que ladra, desde luego.

FILOCLEÓN: Y por lo bien que lame el fondo de las ollas.

BDELICLEÓN: Silencio, sentaos; (al perro)

subíos a ese banco y comenzad la acusación.

FILOCLEÓN: Permitidme ahora que me sirva esto para absolverlo.

EL PERRO: Ya habéis oído, señores jurados, el escrito de acusación que he presentado contra Lábes: ha cometido contra mí y contra toda la “flota” la más indigna felonía; se metió en un rincón oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas...

FILOCLEÓN: Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto a mis narices un eructo que apesta a queso.

EL PERRO: ... se negó a darme parte. ¿Qué servicios podrá prestaros quien se niega a darme a mí, que también soy perro, la menor cosa?

FILOCLEÓN: ¿No te ha dado nada? Tampoco a mí me ha dado ni el más pequeño trozo. Te veo tan “cocido” como mis lentejas.

BDELICLEÓN: Por los dioses, padre, no condenes por anticipado, antes al menos de haber oído a las dos partes.

FILOCLEÓN: Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

EL PERRO: Sobre todo no le absolváis; es el más egoísta y voraz de los perros; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle hasta la costra como otros le dan la vuelta a una isla para esquilmar a todas sus ciudades.

FILOCLEÓN: Ni siquiera me ha dejado con qué cerrar las grietas de mi urna.

EL PERRO: Es preciso que le castiguéis. Un solo árbol no puede mantener dos urracas. Es insuficiente. Espero no haber ladrado en vano y en el vacío... porque en este caso ya no ladraré nunca más.

FILOCLEÓN: ¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! Ese individuo es la encarnación misma del robo. ¿No te parece lo mismo, gallo mío? ¡Ah!, sí, se adhiere a mi opinión. ¡Eh, Tesmoteta! ¿Dónde estás? Pásame el bacín.

BDELICLEÓN: Descuélgalo tú mismo, que yo estoy llamando a los testigos. Testigos de Lábes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabaste de hacer aguas y no vas a sentarte nunca?

FILOCLEÓN: (Designando al acusado.)

Tengo idea de que ese individuo va a hacerlas mayores.

BDELICLEÓN: ¿Cuándo acabarás de mostrarte cruel con los acusados y de enseñarles los

dientes? (Al acusado.) Sube y defiéndete. ¿Por qué callas? Habla.

FILOCLEÓN: Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEÓN: Sí; pero me figuro que le pasa lo que a Tucídides cuando, en cierta ocasión, la sorpresa le cerró la boca. (Al perro.)

Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprenderéis, ¡oh jueces!, lo comprometido que es defender a un perro acusado de crimen tan atroz. Hablaré, no obstante. En primer lugar es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEÓN: ¿De qué sirve eso, si devora los quesos?

BDELICLEÓN: ¿De qué? Se bate por defenderte, está de centinela en tu puerta y manifiesta, además, otras cualidades excelentes... Si cometió algún hurto, hay que perdonárselo. Evidentemente no sabe tocar la lira.

FILOCLEÓN: ¡Ojalá tampoco supiera escribir! Así no hubiera redactado esa defensa de pillastre.

BDELICLEÓN: Escucha a nuestros testigos, diantre de hombre. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entonces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debían ser distribuidas a los soldados? Dice que sí las partió.

FILOCLEÓN: Pues miente el descarado.

BDELICLEÓN: ¿Ten piedad de los humildes, diantre de hombre! ¡El infeliz Lábes siempre come espinas y cabezas de pescados; no para un momento en un sitio. Ese otro sólo sirve para guardar la casa, y ya sabe lo que se hace: así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el diente.

FILOCLEÓN: ¡Ay! parece que me ablando, me pongo enfermo...

BDELICLEÓN: ¡Vamos! te lo ruego ten piedad de él, no le condenes: ¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, rezad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEÓN: Baja de la tribuna, baja, baja, baja pronto.

BDELICLEÓN: Bajaré, aunque esa palabra ya ha engañado a muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEÓN: ¡Vete al infierno! ¿Por qué habré comido tan pronto? ¿Pues no he llorado? Creo que esto me sucede por haberme atracado de lentejas.

BDELICLEÓN: En definitiva ¿lo absuelves sí o no?

FILOCLEÓN: Muy peliagudo es el caso.

BDELICLEÓN: Vamos, padre, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atrás, échalo en la segunda urna, entornando los ojos. Absuévelo, padre.

FILOCLEÓN: No, no, nunca he sabido hacerlo.

BDELICLEÓN: Ven, te llevaré yo mismo (le conduce ante la urna número dos).

FILOCLEÓN: ¿Es esta la urna número uno?

BDELICLEÓN: La misma.

FILOCLEÓN: Pues aquí echo mi voto.

BDELICLEÓN: (Aparte.)

Cayó en el lazo y lo absolvió sin saberlo. Procedamos al escrutinio.

FILOCLEÓN: ¿Cuál es el resultado del juicio?

BDELICLEÓN: Míralo. Lábese queda absuelto. ¡Padre! ¡Padre! ¿Qué te pasa? ¡Agua! ¡Agua! Vamos, recóbrate.

FILOCLEÓN: Dime, ¿de veras ha quedado absuelto?

BDELICLEÓN: Sí.

FILOCLEÓN: Me siento morir.

BDELICLEÓN: Valor, padre mío, no te aflijas.

FILOCLEÓN: ¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto a un procesado? ¿Qué va a ser de mí? ¡Oh venerables dioses, perdonadme! Lo hice a pesar mío y contra mi costumbre.

BDELICLEÓN: No te desesperes así, padre mío; yo te daré una vida regalada; te llevaré a cenas y convites; vendrás conmigo a todas las fiestas y pasarás agradablemente el resto de tu existencia; ya no se burlará de tí Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEÓN: Sea; puesto que tú lo quieres.

(Queda solo el Coro, que se vuelve hacia los espectadores para recitar la parábasis.)

EL CORIFEO: Idos, libres y alegres. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante y que vosotros no podéis cometer.

Y ahora, si amáis la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atención. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que antes le acogisteis tan bien cuando, imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Euricles, hizo que otros os presentasen muchas comedias suyas, y afrontando otras cara a cara el peligro, dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su musa.

Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningún otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado a la cúspide de la perfección, ni se ensoberbeció por ello, ni recorrió las palestras para corromper a la juventud, deslumbrada por sus triunfos. Noblemente resuelto a que las musas que le inspiran no desciendan jamás al vil oficio de alcahuetas, jamás consintió, por su sentido de las conveniencias, en ceder a las instancias de algún amante despechado y deseoso de ver ridiculizado en escena al objeto de su animadversión.

E incluso la primera vez que hizo representar una obra no partió en guerra contra el común de los mortales sino que atacó con furor de Heracles a los más grandes y, en su primer ensayo, tuvo la audacia de medir sus fuerzas con el monstruo de acerados colmillos, ese monstruo cuyos ojos, como los de Cinna lanzaban miradas de terribles fulgores mientras que cien cabezas de cortesanas, con dolorosas súplicas le lamían el cráneo puestas en círculo.

Y la voz de ese monstruo era el de un torrente devastador. Hedía como una foca, tenía !as

bolsas infectadas de una Lamia y el trasero de un camello. Pues bien; nuestro autor declara que en presencia de ese monstruo ni tuvo miedo ni accedió a venderse por dinero. Bien al contrario, todavía hoy está combatiendo en vuestro favor.

Añade que después de haber combatido a ese monstruo, el año pasado atacó a esas pestes y cóleras que, por las noches, venían a estrangular a los padres, ahogar a los abuelos y, abatiéndose sobre los lechos de los más tranquilos de vosotros los aplastaban bajo un montón de declaraciones, citas y testimonios. Con frecuencia, saltabais entonces de vuestras camas, temblando, para ir a ver, precipitados, al Presidente del Tribunal.

Habiendo hallado en mi persona un desfacedor de entuertos un purificador del país, el año último le abandonasteis cuando sembraba esas ideas nuevas cuyo desarrollo no habéis sabido favorecer por no haberlas apreciado en su justo valor.

Y, sin embargo, el poeta os jura, con mil juramentos rociados de libaciones sobre el altar de Dionysos, que jamás habéis oído una poesía cómica tan excelente. ¡Sea, por consiguiente, la afrenta para los que no comprendisteis en el acto!

Cerca de los espíritus competentes, el poeta conserva intacta su reputación. El carro de sus esperanzas se ha roto, pero ha sobrepasado a sus rivales.

En lo por venir, mis buenos amigos, sed más amables. más graciosos con esos poetas que realizan un esfuerzo por hallar algo nuevo que deciros. Conservad sus pensamientos y apretadlos en vuestros cofres con las manzanas. Si procedéis así, vuestra ropa conservará todo el año un perfume espiritual.

PRIMER SEMICORO: Pasaron los tiempos en que éramos valientes en los Coros, valientes en los combates, los más bravos de los hombres, y así en todo. Así era antes, si, antes. Ahora, se acabó y hoy podemos ver cómo nuestros cabellos florecen más blancos que el plumaje de los cisnes. Mas a pesar de todo, es preciso que extraigamos de esos restos un vigor juvenil pues creemos que nuestra vejez todavía aventaja al amaneramiento de esa juventud compuesta de una multitud de invertidos, con los cabellos ensortijados.

Si uno de vosotros, queridos espectadores, tras de haber examinado nuestra conformación se extraña de comprobar que poseemos la talla de la avispa y se pregunta qué significa este aguijón, nos será fácil enseñárselo, aunque jamás haya ido a la escuela.

Con este apéndice entre los muslos, somos los únicos áticos de pura sangre, verdaderamente autóctonos, raza valiente por excelencia y que, en la guerra, rindió los mayores servicios a la Patria, cuando la invasión de los bárbaros, cuando éstos cegaron a la ciudad con las humaredas del incendio y con el designio de adueñarse por la fuerza de nuestras colmenas.

Sin la menor dilación dimos el salto afuera, el escudo en una mano, la lanza en la otra, para presentarles combate, hirviendo en exaltada ira, codo con codo y mordiéndonos los labios hasta saltar la sangre. Las flechas impedían ver el menor trozo del cielo. Finalmente, con la ayuda de los dioses, les pusimos en fuga a la caída de la noche. Antes de la batalla, había volado sobre nuestro ejército una lechuza. Luego les perseguimos pinchándolos como a los atunes, a través de los calzones. Huían con las mejillas y los ojos acribillados de picaduras de suerte que, ahora, entre todos los bárbaros, la avispa es considerada como el parangón del valor viril.

SEGUNDO SEMICORO: En aquel tiempo éramos terribles Nada nos amedrentaba. A bordo de las trirremes exterminamos a nuestros enemigos. No nos cuidábamos entonces de perorar elegantemente ni de calumniar a nadie. Toda nuestra ambición se cifraba en ser el mejor remero. Así fue como les ganamos a los persas numerosas ciudades; y a nuestro valor se deben esos tributos que hoy despilfarran los jóvenes. Si nos observáis con atención, veréis que nos asemejamos a las avispas en nuestro estilo de vivir.

En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico e intratable, y en todo lo demás hacemos lo que ellos. Reunidos en enjambres, nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos a juzgar con el Arconte; otros, al Odeón; otros con los Once; y otros pegados a la pared, con la cabeza baja y sin moverse apenas, nos parecemos a las larvas encerradas en su capullo.

El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello picar al primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijón, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo o la lanza en defensa de la ciudad se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que, en adelante, quien no tenga aguijón que no cobre los tres Óbolos.

(Salen Filocleón y Bdelicleón.)

FILOCLEÓN: (Rechazando una túnica de lana que le presenta su hijo.)

No; mientras viva nunca dejaré de llevar este manto, al que debí la salvación en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso.

BDELICLEÓN: Veo que rechazas el bienestar.

FILOCLEÓN: Ese vestido no me conviene en modo alguno. El otro día me ensucié tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quitamanchas.

BDELICLEÓN: Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida y déjame cuidarte.

FILOCLEÓN: Bueno, ¿qué quieres que haga?

BDELICLEÓN: Quítate ese manto ordinario y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEÓN: No valía la pena engendrar y criar hijos para que éste pretenda ahora asfixiarme.

BDELICLEÓN: Ea, pónelo y calla.

FILOCLEÓN: Por los dioses, ¿qué especie de vestido es éste?

BDELICLEÓN: Unos le llaman pérsida; otros, pelliza. FILOCLEÓN: Yo creí que era una manta de las que hacen en Timeta.

BDELICLEÓN: No es extraño; como nunca has ido a Sardes... Si no, ya la hubieras conocido.

FILOCLEÓN: ¿Yo? No, por Zeus; pero se me figura que a lo que más se parece es a la hopalanda de Moricos.

BDELICLEÓN: Nada de eso; esto se teje en Ecbatana.

FILOCLEÓN: ¡Ah! Los carneros de Ecbatana dan lana en hilachas.

BDELICLEÓN: No, hombre, no; esto lo fabrican los indígenas y les cuesta muy caro. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEÓN: Entonces debía llamársela una tragalana en vez de una pelliza.

BDELICLEÓN: Bueno, padre, estate un poco quieto mientras te la pongo.

FILOCLEÓN: ¡ Pero qué sofoco tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEÓN: ¿Te la pones o no?

FILOCLEÓN: No, por piedad; preferiría meterme en un horno.

BDELICLEÓN: Vamos, yo te la pondré: ven acá.

FILOCLEÓN: Coge, pues, ese gancho.

BDELICLEÓN: ¿Para qué?

FILOCLEÓN: Para sacarme antes de que me tueste.

BDELICLEÓN: Quítate ahora esos zapatones y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEÓN: ¿Crees que consentiré jamás caminar sobre las odiosas suelas de un pueblo enemigo?

BDELICLEÓN: Póntelos !pronto! y pon el pie sin vacilar en país adversario.

FILOCLEÓN: Abusas, obligándome a poner pie en país enemigo.

BDELICLEÓN: Ahora el otro.

FILOCLEÓN: De ninguna manera: uno de estos dedos es enemigo mortal de los espartanos.

BDELICLEÓN: No hay otro remedio.

FILOCLEÓN: ¡ Infeliz de mí, que voy a tener sabañones en la vejez!

BDELICLEÓN: Vamos, pronto; ahora imita el paso cadencioso y negligente de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEÓN: Como quieras. Y dime ¿a quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEÓN: ¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos.

FILOCLEÓN: ¡Pues sí! Me entran ganas de remover las posaderas.

BDELICLEÓN: Veamos otra cosa: ¿sabrías seguir una conversación en un círculo de espíritus cultos y distinguidos?

FILOCLEÓN: ¡Claro que sí!

BDELICLEÓN: ¿De qué les hablarías?

FILOCLEÓN: De un montón de cosas. Primero, de cómo Lámia, al verse cogida, soltó una ventosidad; después de cómo Cardopión y su madre...

BDELICLEÓN: Déjate de fábulas y hablemos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en

las conversaciones de familia.

FILOCLEÓN: También estoy fuerte en el género familiar: había en otro tiempo un ratón y una comadreja...

BDELICLEÓN: «Estúpido e ignorante», como decía furioso Teógenes a un limpialetinas, «Te atreverás a hablar en sociedad de ratones y comadrejas?»

FILOCLEÓN: Pues ¿de qué hay que hablar?

BDELICLEÓN: Sólo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputación en la que fuiste parte con Clístenes y Androcles .

FILOCLEÓN: ¡En diputación! ¡Pero si yo jamás he ido a ninguna parte, como no haya sido a Paros, lo cual me valió dos Óbolos!

BDELICLEÓN: Cuenta, por lo menos, como Efudion luchó al pancracio valerosamente con Ascondas; y aunque viejo encanecido, conservaba puños y riñones de hierro, robustos flancos y una fortísima coraza.

FILOCLEÓN: Basta, basta; que no sabes lo que dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancracio con coraza?

BDELICLEÓN: Pues así suelen hablar las gentes cultas. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festín con extranjeros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

FILOCLEÓN: ¡Oh! ¡Ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña fué aquella cuando le robé a Ergasión los rodrigones.

BDELICLEÓN: ¡Vete al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres o jabalíes, o de alguna carrera de antorchas en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEÓN: Ahora recuerdo uno de los más atrevidos: siendo todavía un muchacho, demandé a Failo, el andarín, por injurias y le vencí por dos votos.

BDELICLEÓN: Basta; reclínate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEÓN: ¿Cómo me reclino? Vamos, di.

BDELICLEÓN: Con decencia.

FILOCLEÓN: ¿Quieres que me recline así?

BDELICLEÓN: No, no es así, en absoluto.

FILOCLEÓN: Pues ¿cómo?

BDELICLEÓN: Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta; elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio. En esto presentan agua para las manos; traen las mesas; comemos; nos lavamos; empiezan las libaciones...

FILOCLEÓN: En nombre de los dioses; es un sueño ese festín.

BDELICLEÓN: La flautista preludia; los convidados son Teoro, Esquines, Cleón, Acéstor

y, al lado de éste, otro a quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás cantar con la melodía que interpretan?

FILOCLEÓN: Ya lo creo; mejor que cualquier montañés.

BDELICLEÓN: Veamos: yo soy Cleón: el primero canta el Harmodio; tú continuarás: “Nunca hubo en Atenas un hombre...”

FILOCLEÓN: “Tan canalla y tan ladrón...”

BDELICLEÓN: ¿Eso piensas contestar desdichado? Te cubrirán de invectivas; Cleón amenazará con destruirte, exterminarte, deportarte.

FILOCLEÓN: Pues si se enfada le cantaré esta otra: “En tu desatinada ambición del supremo mando, acabarás por arruinar al país, que ya empieza a tambalearse”.

BDELICLEÓN: Y cuando Teoro, tendido a los pies de Cleón le cante cogiéndole la mano: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, honra a los valientes,» ¿qué contestarás?

FILOCLEÓN: Lo siguiente: «No tengo el alma del zorro, que se hace amigos en cada corro.»

BDELICLEÓN: A continuación, Esquines, hijo de Selo, hombre distinguido y artista, cantará: «Fortuna y buena vida, ven amigo Clitágoras, los hallarás conmigo bajo el hermoso cielo de la Tesalia.»

FILOCLEÓN: «Mucha hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEÓN: Eso lo entiendo perfectamente. Pero ya va siendo hora de ir a cenar a casa de Filoctemón. (Llamando.)

¡Criso, muchacho! Prepáranos cena para los dos en una cesta; hoy vamos a embriagarnos.

FILOCLEÓN: No, no; que la embriaguez es una plaga. Después del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al día siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno que hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEÓN: No temas tal cuando se trata de hombres honrados y corteses. O te excusan ellos mismos con el ofendido o tú aplicas a lo ocurrido algún chistoso cuento esópico o sibarítico de los que has oído en la mesa: la cosa se toma a risa y no pasa adelante.

FILOCLEÓN: Pues vale la pena que yo aprenda muchos cuentos de esos para que alguno de ellos me libre de pagar el daño que cause. Vámonos ya y que nadie nos detenga.

EL CORO: Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminias, ese hijo de Selo, a quien ví un día ir a cenar con Leógares llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifón. Ya fue de embajador a Farsalia, pero allí sólo podía reunirse con los Penestas, padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes, cuánto envidiamos tu felicidad) Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al son de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo, es un actor cuyo mérito nunca se ponderará bastante; pero el talento del último, de Arifrades, digo, deja muy atrás al de los otros.

Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que sólo

a su talento natural debe la invención de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me había reconciliado con Cleón porque me perseguía encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reíais a placer, y en vez de compadecerme, sólo anhelabais que la angustia me inspirase algún chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. He ahí por qué «a la cepa le falta ahora su rodrigón.»

UN SERVIDOR: (Que entra dando gritos.)

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidia la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sabias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo. ¡Pobres espaldas mías, sin protección para los garrotazos!

EL CORO. ¿Qué sucede, muchacho? Porque hasta al anciano se le puede llamar muchacho cuando se deja pegar..

EL SERVIDOR: Sucede que nuestro viejo es la peor de ¡as calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convidados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifón Lico, Lisístrato, Teofrasto y Frínico; pues, sin embargo, a todos los dejó chicos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó a saltar, a reír, a eructar como un pollino harto de cebada y a sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡Muchacho, muchachito!» Lisístrato, al verlo así, le lanzó esta comparación: «Anciano, pareces un piojo reavivado o un burro que corre a la paja.» Y él, atronándonos los oídos, le replicó así: «Y tú te pareces a una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos y a Estenelo despojado de su guardarropa.»

Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entonces, encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú ¿a qué te das tanto tono y te las echas de persona importante cuando todos sabemos que vives a costa de los ricos a fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes a todos, diciendo los chistes más groseros, contando historias necias e importunas. Después se ha dirigido hacia aquí, completamente ebrio, pegando a cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo eses. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEÓN: (Entrando con una tea encendida en la mano y acompañado de una flautista desnuda.) Dejadme: marchaos. Voy a dar que sentir a algunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largareis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

UNO DE LOS CONVIDADOS: A pesar de tus blandronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa a citarte a juicio.

FILOCLEÓN: ¡Ja! ¡Ja! ¡Citarme a juicio! ¡Qué vejeces! ¿No sabéis que ya ni puedo oír hablar de pleitos? ¡Ja! ¡Ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde está el juez? Decidle que se ahorque. (A la cortesana.)

Sube, manzanita de oro, sube agarrada a esta cuerda; cógela, pero con precaución, que está algo gastada; sin embargo, aún le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraído a las torpes exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo sé; ni siquiera lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices, como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo a sacarte del lupanar y tomarte por concubina.

Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy joven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñón, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es que me eche a perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está. Se dirige apresuradamente hacia nosotros. Hazle frente: coge esas teas; voy a jugarle una partida de muchacho, como él a mí antes de iniciarme en los misterios.

BDELICLEÓN: (Que llega.)

¡Hola! ¡Hola, viejo verde! Parece que nos gustan los cofrecillos de las muchachas; pero te juro por Apolo, que te costará caro conducirte así.

FILOCLEÓN: Te gustaría más un proceso a la vinagreta.

BDELICLEÓN: ¿No es una grosería burlarse como acabas de hacerlo, de los convidados y arrebatarse su flautista?

FILOCLEÓN: ¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio o sales de algún panteón?

BDELICLEÓN: Pero ¡calla! Ahí está ante nosotros la dardaniense.

FILOCLEÓN: ¡Cá! es una antorcha encendida por los dioses en la plaza pública.

BDELICLEÓN: ¿Con que una antorcha? ¿No ves que es de diversos colores?

FILOCLEÓN: ¡Claro que sí! Una antorcha.

BDELICLEÓN: ¿Y esa raja negra que se le ve en medio?

FILOCLEÓN: La pez, que se derrite al quemarse.

BDELICLEÓN: Y lo de la parte posterior, ¿no es un trasero?

FILOCLEÓN: No; es un nudo de la tea en forma de hinchazón.

BDELICLEÓN: ¿Cómo un nudo? ¿Qué cuento es ese? (A la flautista.)

Tú, ven aquí.

FILOCLEÓN: ¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEÓN: Quitártela y llevármela pues presumo que ya no tienes bastante vigor para obtener un resultado.

FILOCLEÓN: Escucha un momento. Asistía yo a los juegos olímpicos cuando Efudión, aunque viejo, luchó valerosamente con Ascondas, y el anciano acabó por hundir de un puñetazo al joven. Sírvate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEÓN: ¡Por Zeus! No ignoras nada de los juegos olímpicos.

UNA PANADERA: (Dirigiéndose a Bdelicleón.)

Ampárame, por favor, en nombre de los dioses. Este hombre me ha arruinado; al pasar, blandiendo torpemente su antorcha, me ha echado a rodar por la plaza diez Óbolos de pan y cuatro de otras mercancías.

BDELICLEÓN: ¿Ves lo que has hecho? Más historias y procesos a costas por culpa de tu intemperancia.

FILOCLEÓN: No lo creas: un cuentecillo alegre lo arreglará todo; verás como me reconcilio con ésta.

LA PANADERA: ¡Ah, no! Has de pagármelo a mí, Mirtia, hija de Ancilión y de Sóstrata. ¡Estropearme así todo el género que llevaba!

FILOCLEÓN: Escucha mujer; voy a contarte una historia muy divertida.

LA PANADERA: ¿A mí con historias, vejestorio?

FILOCLEÓN: Verás. Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró, atrevida, cierta mujer que iba borracha: «¡Ah perra –le dijo entonces–, si cambiases tu maldita lengua por una medida de trigo, me parecerías más sensata!»

LA PANADERA: ¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien, quienquiera que seas, te cito ante los comisarios del mercado, para que me indemnices daños y perjuicios. Querofón, que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEÓN: Pero, por mi vida, oye al menos lo que voy a decirte: quizá te agrade más. Laso y Simónides, se disputaban en cierta ocasión la palma en un certamen poético y Laso dijo: ¿Y a mí que más me da?

LA PANADERA: (A Querofón.)

¿No es verdad que lo harás?

FILOCLEÓN: Y tú, Querofón, ¿serás testigo de esa mujer amarillenta, de esa no, precipitándose desde una roca a los pies de Eurípides?

BDELICLEÓN: Ahí se acerca otro: parece ser que también viene a demandarte, pues trae su testigo.

UN HOMBRE: (Que llega con señales de haber sido apedreado.)

¡Desdichado de mí! ¡Voy a perseguirte por ultrajes!

BDELICLEÓN: ¿Por ultrajes? ¡Ah! No, por los dioses, basta de demandas. Yo te pagaré por él la indemnización que desees, y aún así te quedaré agradecido.

FILOCLEÓN: Yo también quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. Pero acércate más: ¿me permites que yo solo señale la cantidad que debe dársete como indemnización y que en adelante sea amigo tuyo, o prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR: Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEÓN: Un habitante de Síbaris se cayó de un cerro y se causó una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendía gran cosa de equitación. Acercósele entonces uno de sus amigos y le dijo: «Ejercítete cada cual en el arte que sepa»; por tanto, corre a casa de Píttalo para que te cure.

BDELICLEÓN: (A Filocleón.)

Persistes en tus simplezas.

EL HOMBRE: (A su testigo.)

No se te olvide la respuesta que acaba de darme.

FILOCLEÓN: Oye, no te vayas. En cierta ocasión una mujer de Síbaris aplasta un erizo.

EL HOMBRE: (A su testigo.)

También te tomo por testigo de lo que está diciendo.

FILOCLEÓN: (Al Acusador.)

Y el erizo toma a un compañero por testigo; a lo que la mujer de Síbaris le dice: «Por Perséfone, si en lugar de ocuparte en tener un testigo te hubieras apresurado a comprar cuerda para recomponerte, habrías dado pruebas de más inteligencia.»

EL HOMBRE: Sigue haciéndote el insolente hasta que el arconte te llame a juicio.

BDELICLEÓN: ¡Por Deméter, no estarás aquí más tiempo! Voy a llevarte a la fuerza.

FILOCLEÓN: ¿Qué haces?

BDELICLEÓN: ¿Qué hago? Llévate adentro. De otro modo, no va a haber testigos suficientes para todos los que te demanden.

FILOCLEÓN: Estando un día Esopo entre los délficos...

BDELICLEÓN: Me importa un bledo.

FILOCLEÓN: ... le acusaron de haber robado un vaso en el templo de Apolo; entonces él contó cómo en cierta ocasión el escarabajo...

BDELICLEÓN: (Llevándose a su padre hacia el interior.)

Voy a aplastarte ¡palabra! a ti y a tus escarabajos.

EL CORO: Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencial Siguiendo prudentes consejos, vas a vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatiendas, porque es difícil modificar el carácter que se tuvo desde la cuna.

Aunque fueron muchos los que lo consiguieron. ¡Cuántas alabanzas no se atraerá, por ello en mi opinión y en la de los sabios, el hijo de Filocleón, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un joven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba a su padre resplandecía la razón y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

UN SERVIDOR: (Saliendo de la casa.)

¡Por Dionysos! Sin duda algún dios ha revuelto y embrollado nuestra casa. El viejo, después de beber y de oír largo rato la flauta, ebrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis hacía ejecutar a sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos perfectos imbéciles.

FILOCLEÓN: (Saliendo de la casa acompañado de su hijo.)

¿Quién ha osado sentarse en los umbrales de esta casa?

EL SERVIDOR: ¡Vaya! Ahí está esa calamidad.

FILOCLEÓN: Apartad las vallas, que va a empezar el baile...

EL SERVIDOR: La locura, querrás decir...

FILOCLEÓN: Ese ímpetu que pliega mis costillas. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

EL SERVIDOR: Tómame una porción de eléboro...

FILOCLEÓN: Frínico se encoge como un gallo...

EL SERVIDOR: Van a lloverte piedras.

FILOCLEÓN: Alza su pierna hasta tocar el cielo.

EL SERVIDOR: ¡Eh!, mira dónde pisas.

FILOCLEÓN: Mira cómo las articulaciones de mis caderas se mueven con facilidad. ¡Qué bien juegan!

EL SERVIDOR: Nada de eso; lo que pareces es un verdadero loco.

FILOCLEÓN: Ahora desafío a todos mis rivales. Si hay algún artista que se precie de danzar bien, que venga por acá a competir conmigo. ¿Lo hay o no?

EL SERVIDOR: (Designando a un danzante enano disfrazado de cangrejo.)

No hay más que uno: éste.

FILOCLEÓN: ¿Y quién es ese pobre desgraciado?

EL SERVIDOR: Un hijo de Carcino, el menor.

FILOCLEÓN: No tengo con él ni para un diente. Lo aplastaré bajo una buena danza de puñetazos; no tiene el menor sentido del ritmo.

EL SERVIDOR: Pero, ¡infeliz!, justamente, ahí viene su hermano, otro hijo de Carcino.

FILOCLEÓN: Con esto ya tendré algo que llevarme a la boca.

EL SERVIDOR: Sí, pero todos serán cangrejos, porque ahí llega un tercer hijo de Carcino.

FILOCLEÓN: ¿Y eso que se arrastra a tu lado, ¿es cangrejo o camarón?

BDELICLEÓN: Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia, el que compone tragedias.

FILOCLEÓN: ¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa progenitura! ¡Qué bandada de reyezuelos se abate sobre mí! Fuerza, es, ¡ay triste!, que me bata con ellos. Eh tú, prepara la salsa para comérmelos, después de la lucha.

EL CORO: ¿Vamos, ilustres hijos de los mares! Saltad, hermanos de los langostinos sobre la arena, al borde del mar que no se vendimia. Haced virar vuestros pies rápidos, alzad la pierna como Frinicos y los espectadores os mostrarán su admiración. Girad formando redondeles, golpeaos el vientre, convertíos en torbellinos. Aquí tenéis a vuestro padre, señor y soberano de los mares, que avanza reptante, orgulloso de sus hijos los tres reyezuelos de la danza. ¡Vamos! Guiadnos hacia la salida, por favor, y a ritmo de paso ligero. Nunca se ha visto que la comedia concluya con un “ballet”.

FIN

La paz

Aristófanes

PERSONAJES:

PRIMER SERVIDOR.

SEGUNDO SERVIDOR.

TRIGEO, viñador.

LAS HIJAS DE TRIGEO.

HERMES.

POLEMO, personificación de la Guerra.

EL TUMULTO, servidor de Polemo.

LA PAZ.

OPORA Y TEORÍA, personajes mudos, la primera diosa de las cosechas y la otra diosa de las fiestas.

HIEROLES, adivino.

UN ARMERO.

NIÑO PRIMERO.

NIÑO SEGUNDO.

VARIOS PERSONAJES MUDOS.

LAS CIUDADES GRIEGAS, que componen el Coro.

(La acción transcurre, parte en el Olimpo y parte en Atenas.)

PRIMER SERVIDOR.-Tráeme pronto una bolita para el escarabajo.

SEGUNDO SERVIDOR.-Toma, dásela a esa cochina bestia. ¡Ojalá no coma jamás otra mejor!

PRIMER SERVIDOR.-Otra hecha con boñiga de asno.

SEGUNDO SERVIDOR.-Ahí la tienes también. Pero ¿dónde está la que trajiste hace un momento? ¿Se la ha comido ya?

PRIMER SERVIDOR.-¡Pues ya lo creo! Me la arrebató de las manos, le dio una vueltecilla entre las patas y se la tragó enterita. Hazle, hazle otras más grandes y espesas.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Oh, limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no queréis que me asfixie!

PRIMER SERVIDOR.-Otra, otra, confeccionada con excrementos de joven invertido; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

SEGUNDO SERVIDOR.—Creo, señores, que hay algo de que nadie podrá acusarme: de que me coma la pasta al amasarla.

PRIMER SERVIDOR.-¡Puf!, venga otra, otra y otra, bolita; no ceses de amasar.

SEGUNDO SERVIDOR.-No, por Apolo; ¡se acabó! No puedo resistir ya el olor de este lebrillo.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces, voy a llevármelo yo mismo de aquí.

SEGUNDO SERVIDOR.-Eso es. Échase a los cuervos y échate tú detrás. (*A los espectadores.*) ¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo o un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre con remilgos, y ni aún se digna tocarlos, si no me he estado amasando un día entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse a una joven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy a entreabrir un poquito la puerta para que no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos; luego agita la cabeza y las patas, como los que enrollan cables en las naves de carga. ¡Oh, animal voraz, fétido e inmundo! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Afrodita ni las Gracias.

PRIMER SERVIDOR.-¿Quién, entonces?

SEGUNDO SERVIDOR.-Sólo ha podido ser un monstruo enviado por Zeus, lanzam...

PRIMER SERVIDOR.-Pero sin duda algún espectador, alguno de esos jóvenes que presumen de ingeniosos, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un jonio sentado a su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere a Cleón, pues es el único que no tiene reparo en comer m... Pero voy a darle de beber.

SEGUNDO SERVIDOR.-Y ahora, voy a explicar el argumento a los niños, a los mozos, a los hombres, a los viejos y a los que han traspuesto el término ordinario de la vida. Mi

amo padece una rara locura, no la vuestra, sino otra absolutamente inédita: la de pasarse todo el día mirando al cielo, con la boca abierta e increpando a Zeus de este modo: «¡Oh Zeus!» ¿Qué intentas? Deja la escoba; no vayas a vaciar a Grecia con tus escobazos.» ¡Eh, silencio! Acabo de oír su voz.

TRIGEO.- (*En el interior de la casa.*) ¡Oh, Zeus! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

SEGUNDO SERVIDOR.-Ahí tenéis la manía de que os hablaba. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió a revolvérsele la bilis. Hablando aquí mismo a solas, exclamaba: «¿Cómo podría yo ir derecho a Zeus?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de pies y manos, trataba de subir al cielo; hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer se fue corriendo no sé adonde, y volvió a casa con este enorme escarabajo, ligero como un caballo del Etna, obligándome a ser su palafranero. Mi amo le acaricia como si fuese un potro, y le dice: «Pegasillo mío, generoso volátil: llévame de un vuelo hasta el trono de Zeus.» Pero voy a ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡Favor! ¡Favor! ¡vecinos! ¡Mi amo sube por el aire en el escarabajo!

TRIGEO.- (*Apareciendo a caballo sobre una máquina que representa un escarabajo de dimensiones colosales.*) Calma, calma, despacio; poco a poco, escarabajo mío; refrena tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda a que, después de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad a tus remos. Sobre todo, no despidas ningún aire infecto; si estás dispuesto a hacerlo, más vale que te quedes en casa.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Señor y dueño, qué extravagancia!

TRIGEO.- Cállate, cállate.

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿adónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.-Vuelo por la felicidad de todos los griegos; por ellos ejecuto una empresa atrevida y audaz.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Para qué volar? ¿Para qué esa necia locura?

TRIGEO.-Nada de palabras inútiles ni de reflexiones intempestivas; dadme ánimos, al contrario. Di a la gente que se calle, que tape bien las letrinas y las cloacas y que se taponen el trasero.

SEGUNDO SERVIDOR.-No callaré hasta que me digas adonde intentas ir volando.

TRIGEO.-¿Adónde he de ir sino al cielo, a ver a Zeus?

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Con qué intención?

TRIGEO.-Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los griegos.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.-Le citaré a juicio y le acusaré de hacer traición a los griegos en favor de los medos (1)

SEGUNDO SERVIDOR.-Por Dionysos, no harás tal mientras yo viva.

TRIGEO.-Pues no puede ser de otro modo.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Venid aquí, niñas, que vuestro padre os abandona, marchándose al cielo sin decir nada y abandonandoos como huérfanas.

¡Suplicadle que se quede, pobres desgraciadas!

UNA DE LAS NIÑAS.- (*Saliendo con su hermana.*) ¡Padre, padre! ¿Será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir a perderte con las aves en la región de los cuervos? Di, padre mío, ¿es verdad? Respóndeme si me amas.

TRIGEO.-Sí, me marchó. Cuando me pedís pan, hijas mías, llamándome papá, se me parte el corazón al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendréis siempre que queráis una gran torta.

LA NIÑA.-Y ¿cómo vas a hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.-Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA NIÑA.-Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido irte hasta los dioses montado en un escarabajo?

TRIGEO.-Las fábulas de Esopo dicen que es el único animal alado capaz de haber llegado hasta los dioses.

LA NIÑA.-Eso es un cuento increíble, querido padre. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.-Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.-¿No sería mejor que montases al alígero Pegaso y te presentases a los dioses con más trágico continente?

TRIGEO.-¿No comprendes que hubiera necesitado el doble de provisiones? Este se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA NIÑA.-Y si cae del piélago en los húmedos abismos, ¿cómo podrá salir a flote un animal alado?

TRIGEO.-Llevo un timón, que emplearé si hay necesidad: todo se reducirá a que me sirva de nave un escarabajo de Naxos (2).

LA NIÑA.-Después del naufragio, ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.-¿Pues no hay en Pireo el puerto del Escarabajo? (3)

LA NIÑA.-Ten mucho cuidado de no resbalar y caer desde allá arriba. Arriesgas quedarte estropeado, darle un argumento a Eurípides y transformarte en título de tragedia.

TRIGEO.-Eso es cuenta mía. Adiós. (*A los espectadores.*) Vosotros en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres días de soltar pedos y de hacer caca, pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algún olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mío; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh!, ¿qué haces? ¿Qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza hacia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra y, desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Zeus. Aparta por hoy el hocico de la basura y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh,

buen hombre! ¿Qué haces ahí? A tí te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. Ocúltalo pronto, cúbrelo con un montón de tierra, planta encima sérpil y riégalo con perfumes, pues si llego a caer ahí y me rompo la crisma en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quios por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué miedo! ¡Ya no tengo ganas de bromas! Mucha atención, maquinista. Un viento rebelde gira alrededor de mi ombligo; si no me contengo, voy a echarle un pienso al escarabajo (4). Mas no debo estar lejos de los dioses pues ya distingo la morada de Zeus. ¿Quién es ése que está en la puerta? Abrid. *(La escena cambia y representa el Olimpo.)*

(1) Esta acusación era frecuente en Atenas. Los medos (o persas) veían con placer estas disensiones de los griegos.

(2) Juego de palabras: escarabajo era también el nombre que se daba a unas naves construidas en Naxos.

(3) Uno de los tres puertos del Pireo tenía ese nombre.

(4) Por efecto de su temor

(5) Es decir, un “caballo escarabajo”

HERMES.-¿Qué es este olor a mortal? *(Viendo a Trigeo.)* Señor Heracles, ¿qué monstruo es ése?

TRIGEO.-Un hipocántaro (5)

HERMES.-Infame, atrevido, desvergonzado, bribón, rebribón, más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡Pronto!

TRIGEO.-Me llamo Bribón.

HERMES.-¿De dónde eres? Contesta.

TRIGEO.-Bribón.

HERMES.-¿Quién es tu padre?

TRIGEO.-¿Mi padre? Bribón.

HERMES.-En nombre de la Tierra, vas a morir si no declaras el nombre que llevas.

TRIGEO.-Soy Trigeo, nativo de Atmón, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

HERMES.-¿A qué has venido?

TRIGEO.-A traerte estas viandas.

HERMES.- *(Ablandándose.)* ¡Oh, pobre amigo! ¿Y cómo has hecho el viaje?

TRIGEO.-Maldito glotón, ¿ya no te parezco un bribonazo? Ea, llama a Zeus.

HERMES.-¡Pues si que te crees cerca de ver a los dioses! Están de viaje. Ayer mismo se fueron.

TRIGEO.-¿A qué lugar de la Tierra?

HERMES.-¡Ah, sí, de la Tierra! TRIGEO.-En fin, ¿adónde?

HERMES.-Lejos, muy lejos, a la misma extremidad de la bóveda celeste.

TRIGEO.-¿Cómo te has quedado aquí solo?

HERMES.-Para guardar la vajilla de los dioses, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas.

TRIGEO.-¿Y por qué se han ido los dioses?

HERMES.-Por enfado contra los griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado a Polemo (6), dándole amplios poderes para que os trate a su antojo. Se han retirado muy lejos, por no presenciar vuestros combates ni oír vuestras súplicas.

TRIGEO.-¿Por qué razón nos tratan así?, dime.

HERMES.-Porque habéis preferido la guerra a la paz que se os ha brindado mil veces. Los lacedemonios, si llegaban a conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban enseguida: «Por los Dióscuros, nos la han de pagar los atenienses.» Por el contrario, si los atenienses salíais algo mejor librados y los lacedemonios venían a tratar de la paz, la contestación ya se sabía que había de ser: «Por Atenea, no nos engañáis; por Zeus, no hay que darle crédito; ellos volverán mientras tengamos a Pilos.»

TRIGEO.-Cierto, ése es nuestro lenguaje.

HERMES.-Por lo cual no sé si volveréis a ver la Paz.

TRIGEO.-Pues ¿adónde se ha ido?

HERMES.-Polemo la encerró en una profunda caverna.

TRIGEO.-¿En cuál?

HERMES.-Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podáis recobrarla?

TRIGEO.-¿Sabes si está preparando algo contra nosotros?

HERMES.-Lo ignoro; sólo sé que ayer tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.-¿Qué quiere hacer con ese mortero?

HERMES.-Piensa machacar en él las ciudades. Pero me voy; si no me engaño, se dispone a salir, a juzgar por el estruendo que hay ahí dentro.

TRIGEO.-¡Ah, pobre de mí! ¡Huyamos! Yo oigo también el estruendo de ese mortero de guerra.

POLEMO.- (*Que trae un enorme mortero.*) ¡Ah, mortales, desdichados mortales! ¡temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.-¡Oh, mi señor Apolo, qué cacho de mortero! ¡Es para echarse a temblar! ¡Y qué espantoso es ese Polemo! He aquí al monstruo sanguinario y cruel del cual huímos, monstruo horrible, monstruo despiadado, plantado sobre sus piernas.

POLEMO.-¡Oh, Parsies (7), una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy terminas para siempre!

TRIGEO.-Hasta ahora, señores, nada va con nosotros; el golpe es para Lacedemonia.

POLEMO.-¡Ah, Megara, Megara, cómo voy a majarte hasta reducirte

completamente a picadillo. (*Echa cabezas de ajo en el mortero.*) TRIGEO.-¡Oh! ¡Cuántos motivos de amargas lágrimas para los megarenses! (8)

POLEMO.-También tú, Sicilia, vas a saber lo que es la muerte. (*Echa queso.*)TRIGEO.- ¡Pobre nación a punto de ser rallada!

POLEMO.-Ea, mezclemos un poco de miel del Atica (9)

TRIGEO.-¡Oh, no! Te aconsejo que emplees otra; ésa cuesta a cuatro óbolos; economiza la miel del Atica.

POLEMO.-¡Eh, Tumulto! Ven aquí.

EL TUMULTO.-¿Qué me quieres?

POLEMO.-Te voy a hacer gritar. ¿Cómo te quedas ahí plantado y sin hacer nada? ¡Toma! ¡atrapa ese puñetazo.

EL TUMULTO.-¡Qué fuerza! ¡Desgraciado de mí! ¡Ah, señor!

TRIGEO.-Parece untado de ajo ese golpe (10)

(6) Personificación de la guerra.

(7) Ciudad de Laccnia, destruída por los atenienses el año segundo de la guerra del Peloponeso.

(8) Polemo echa en el mortero ajos y queso, como emblemas de Megara y Sicilia, respectivamente.

(9) En representación de Atenas. La miel del Atica era muy celebrada.

(10) Para hacer más doloroso el puñetazo.

POLEMO.- (*Al Tumulto.*) Tráeme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.-Pero, patrón mío, si no tenemos ninguna; como sólo estamos aquí desde ayer...

POLEMO.-Pues corre donde los atenienses y tráeme una de allí. ¡Rápido!

EL TUMULTO.-Ya corro. ¡Pobre de mí si no la traigo!

TRIGEO.-¿Qué podemos hacer nosotros, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, este Polemo va a entretenerse en triturar a placer las ciudades. ¡Oh, Dionysos, permite que muera antes de traerla!

POLEMO.- (*Al Tumulto, que regresa.*) ¿Qué hubo?

EL TUMULTO.-¿Cómo dices?

POLEMO.-¿Pero no la traes?

EL TUMULTO.-¡Ah! ¿Sabes?... el... eso... lo han perdido los atenienses... aquel curtidor

que machacaba a toda Grecia... (11)

TRIGEO.-¡Oh, dicha! ¡Venerada Atenea! ¡Con qué oportunidad ha muerto! De no ser así estábamos perdidos.

POLEMO.- (*Al Tumulto*). Corre, pues, a buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.-Allá voy, señor.

POLEMO.-Date prisa en volver.

TRIGEO.-¿Qué va a ser de nosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia (12), ahora es la ocasión de desearle al mandadero una buena torcedura de pies.

EL TUMULTO.- (*Que regresa otra vez.*) ¡Ay, qué desgraciado soy! ¡Ay y mil veces ay!

POLEMO.-¿Qué es eso? ¿Tampoco ahora lo traes?

EL TUMULTO.-También los lacedemonios han perdido el que los machacaba.

POLEMO.-¿Y Cómo, granuja?

EL TUMULTO.-Lo habían prestado para las plazas fuertes de Tracia y lo han perdido (13)

TRIGEO.-Esto va bien, muy bien, ¡oh Dioscuros!, perfectamente bien; cobrad ánimo mortales.

POLEMO.-Coge esos vasos y llévatelos adentro; yo voy también para fabricarme esa mano de mortero.

TRIGEO.-Llegó el momento de repetir lo que cantaba Datis, cuando se masturbaba en pleno mediodía: «¡Qué gusto! ¡Qué placer! ¡Qué voluptuosidad!» Ahora,

¡oh griegos!, llegó la ocasión oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar a la Paz, a quien todos amamos, antes de que nos lo impida algún nuevo triturador (14).

Labradores, mercaderes, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares: acudid pronto, armaos de azadones, palancas, y maromas. Por fin podremos tomar en nuestras manos la copa del Buen Genio.

EL CORIFEO.-Acudamos todos a trabajar por el interés común. Griegos de todos los países, uníos para nuestra salvación. Ahora o nunca. Dejemos ahí nuestros batallones y nuestros malvados uniformes rojos. Hoy luce un sol no muy grato para Lámaco (15). (*A Trigeo.*) Vamos, di lo que hay que hacer; dispón, ordena, manda. Estamos decididos a trabajar sin descanso, con máquinas y palancas, hasta volver a la luz a la más grande de las diosas, a la protectora más solícita de nuestras viñas.

(11) *Por Cleón, muerto en la batalla de Anfípolis.*

(12) *Los que querían evitar algún mal se iniciaban en los misterios de Samotracia.*

(13) *Alusión a Brásidas, muerto en la misma batalla que Cleón.*

(14) *Posible alusión a Alcibíades, que en el mismo año excitó a los habitantes de Patras a extender sus fortificaciones*

hasta el mar, e iba preparando los ánimos a una nueva guerra, con objeto de desarrollar sus planes ambiciosos.

(15) General ateniense, partidario de la guerra.

TRIGEO.-¡Silencio! ¡Silencio! No vayan a despertar a Polemo los gritos que os arranca la alegría.

EL CORIFEO.-Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar a la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres días!

TRIGEO.-Cuidado con el Cerbero que está ahí abajo. Aullando y echando espuma como lo hacía ahora mismo. Podría impedirnos libertar a la diosa.

EL CORIFEO.-Nadie será capaz de arrebatármela, como llegue a estrecharla entre mis brazos. ¡Ay, ay, qué gozo!

TRIGEO.-Estoy perdido, amigos míos, si no cesáis en vuestros gritos. Si el monstruo sale corriendo va a triturarlo todo bajo sus pies.

EL CORIFEO.-Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no podemos contener la alegría.

TRIGEO.-Pero, ¿estáis locos? ¿Qué os sucede, amigos? Por los dioses os pido que no echéis a perder con vuestras cabriolas la más hermosa de las empresas.

EL CORIFEO.-Si yo no quiero bailar; pero mi alegría es tanta que sin yo quererlo mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.-¡Vamos! ¡Basta ya! ¡Que dejéis de bailar, os digo!

EL CORIFEO.-Ea, se acabó.

TRIGEO.-Lo dices, pero no lo haces.

EL CORIFEO.-Bueno, permíteme esta pirueta, la última.

TRIGEO.-De acuerdo, esa sola; pero ni una más.

EL CORIFEO.-Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.-Pero, malditos, ¿cuándo acabaréis?

EL CORIFEO.-Otro más, por Zeus. Déjame lanzar al aire la pierna derecha y se acabó.

TRIGEO.-OS lo permito; pero no me importunéis más.

EL CORIFEO.-Sin embargo justo es que la pierna izquierda haga lo mismo.

Hoy me rebosa el júbilo; río y alboroto; para mí, el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez.

TRIGEO.-No os alegréis todavía; aún no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, entonces alegraos, reíd y gritad. Porque entonces sí que podréis a vuestro antojo navegar o permanecer en casa, entregaros al sueño o al amor, asistir a las fiestas o a los banquetes, vivir como verdaderos sibaritas y exclamar: «¡Iú! ¡Iu!».

EL CORO.-¡Ojalá llegue a ver ese día! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formion (16), he dormido sobre la dura tierra. Ya no seré para ti, como antes, un juez atrabiliario y severo.

TRIGEO.-Ni tan rígido como antes.

EL CORO.-Me verás afable y enteramente rejuvenecido cuando al fin me vea libre del servicio militar. Sobrado tiempo ha que nos destrozan y matan haciéndonos ir y venir al Liceo (17) con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.-Veamos como logramos quitar de aquí estos peñascos.

HERMES.-Bribón audaz, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.-“Nada malo”, como Cilicón (18)

HERMES.-Vas a morir, miserable.

TRIGEO.-Mala suerte; tanto. peor para mí. Como tú eres Hermes sé que lo harás por sorteo (19).

HERMES.-Vas a morir de mil muertes.

TRIGEO.-¿Para qué fecha? HERMES.-Ahora mismo, por cierto.

TRIGEO.- Aún no he comprado nada, ni harina ni queso, para irme a morir (20).

(16) Ilustre general ateniense.

(17) Gimnasio de Atenas, donde se ejercitaban los soldados y se ponían a prueba antes de una expedición militar los hombres capaces de resistir sus fatigas.

(18) Respuesta que se había hecho proverbial. Cilicón de Mileto entregó su patria a los habitantes de Priene, respondiendo a los que le preguntaban qué intentaba hacer: Nada malo.

(19) Alusión a una costumbre judicial. Cuando había varios criminales condenados a la pena capital se ejecutaba uno cada día, sorteándoles al efecto.

(20) Se refiere a las municiones de boca que tenían que adquirir los soldados al partir para una expedición.

HERMES.-A pesar de todo, date por j...

TRIGEO.-¿Cómo no he advertido que iban a procurarme semejante placer?

HERMES.-¿Ignoras que Zeus ha decretado la pena de muerte a todo el que sea sorprendido desenterrándola?

TRIGEO.-Por consiguiente, no me queda otro recurso que morir.

HERMES.-Absolutamente.

TRIGEO.-Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: es preciso que me haga iniciar antes de morir (21).

HERMES.-¡Oh Zeus tonante y fulminante!

TRIGEO.-En nombre de los dioses, no me denuncies; te lo suplico, Señor...

HERMES.-No puedo callarme.

TRIGEO.-¡Te lo ruego por las viandas que te he traído con tan buena voluntad!

HERMES.-Pero, desdichado, Zeus hará desaparecer de mí hasta el último rastro si no atraigo a gritos su atención sobre estos hechos.

TRIGEO.-No chilles, por favor, mi pequeño Hermes. (Al Coro.) Y vosotros ¿qué hacéis? ¿Estáis atónitos? Hablad desdichados. ¿No véis que va a denunciarme?

EL CORO.-¡No poderoso Hermes; no, no, no lo harás! Si algún recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata ofrenda.

TRIGEO.-¿Escuchas sus gentilezas señor?

EL CORO.-¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro (22), acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertar a la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.-Vamos, cede a sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

HERMES—¡Como que nunca han sido más ladrones! (23).

TRIGEO.-Además, te revelaré una vasta y terrible conspiración que se está fraguando contra todos los dioses.

HERMES.-Vamos, habla; acaso me convanzas.

TRIGEO.-La luna y ese cochino de sol conspiran desde hace mucho tiempo contra vosotros, tratando de traicionar a Grecia en provecho de los bárbaros.

HERMES.-¿Y por qué lo hacen?

TRIGEO.-Porque, en nombre de Zeus, es a vosotros a quienes os ofrecemos sacrificios, mientras que ellos se los ofrecen a los bárbaros. Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparición, para recibir ellos solos todas las ofrendas.

HERMES.-Ahora comprendo por qué de algún tiempo acá, el uno nos roba parte de día y la otra nos presenta su disco carcomido (24).

TRIGEO.-Es la verdad. Por tanto, querido Hermes, ayúdanos con todas tus fuerzas a desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas y todas las demás fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonías, los Misterios; se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libres de sus males, sacrificarán a Hermes preservador; y otros mil bienes lloverán sobre tí. Como una muestra, empiezo por regalarte este precioso vaso para que hagas libaciones.

HERMES.-¡Ah, los vasos de oro me enternecen. Manos a la obra, mortales; entrad y removed esos peñascos con vuestros azadones.

EL CORIFEO.-Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros

trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.-Venga pronto la copa; emprendamos el trabajo con una invocación a los dioses.

HERMES.-La libación empieza; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos a los dioses que en este día empiece para todos los griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuando de buen grado secunden nuestra empresa.

TRIGEO.-Jamás; y que pasen la vida en el seno de la paz, en brazos de una amante, blandiendo el chafarote del amor, al amor del fuego.

HERMES—¡Que todo el que prefiera la guerra nunca acabe, ¡oh señor Dionysos!..

TRIGEO.-... de extraer de sus codos las puntas de las flechas.

HERMES.-Y si algún aficionado a los galones se niega, ¡oh Paz!, a devolverte la luz, ¡que le suceda en los combates lo que a Cleónimo! (25).

(21) Al celebrarse la iniciación se ofrecía un cerdo en sacrificio. Los iniciados gozaban después de su muerte de un destino más feliz.

(22) Ironía. Pisandro era sumamente cobarde.

(23) Hermes, a la vez que dios de los mercaderes, lo era también de los ladrones.

(24) Alusión a varios eclipses de sol y de luna acaecidos durante la guerra del Peloponeso.

(25) El que arrojó el escudo.

TRIGEO.-Y si algún fabricante de lanzas o revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebadal

HERMES.-Y si alguno, que ambicione ser general, se niega a ayudarnos, dispuesto a pasarse al enemigo como un esclavo...

TRIGEO.-... que lo aten sobre la rueda y que lo azoten.

HERMES.-¡Y que todas las felicidades vengan sobre nosotros. lé, peán, ié...

TRIGEO.-Suprime el peán (26); basta con ié.

HERMES.-lé, ié... Ya no digo más que ¡¡é!!

TRIGEO.-¡En honor de Hermes, de las Gracias, de las Horas, de Afrodita, del Deseo!

HERMES.-¿Y no en el de Ares?

TRIGEO.-No.

HERMES.-¿Ni tampoco de Enialo? (27).

TRIGEO.-Tampoco.

HERMES.-Ahora tended los músculos y tirad de los cables.

EL CORO.-¡Oh, iza!

HERMES.-¡Venga más, más!

EL CORO.-¡Oh iza, oh iza!

TRIGEO.-Pero no todos tiran a la vez. ¡Tirad todos a una! Estáis fingiendo que trabajáis. ¡Bien que lo sentiréis, estupidos beocios! (28).

HERMES.-Adelante, pues.

TRIGEO.-¡A la tarea!

EL CORO.- (A *Hermes* y a *Trigeo*.) Ea, tirad vosotros también.

TRIGEO.-Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

EL CORO.-Entonces, ¿cómo es que no adelanta la obra?

TRIGEO.-¡Eh, Lámaco! Nos estás estorbando ahí metido entre nuestras piernas. No tenemos ninguna necesidad de tus aspavientos. Los argivos también han dejado de tirar hace rato. Se burlan de los que trabajan, lo que no les impide recibir a manos llenas los subsidios.

HERMES.-Pero los laconios, amigo mío, tiran con toda su energía.

TRIGEO.-Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadón, pero los metalúrgicos se lo estorban.

HERMES.-Tampoco los megarenses hacen nada de provecho aunque tiran con un rictus de perritos voraces.

TRIGEO.-Es que se mueren de hambre.

HERMES.-No adelantamos nada, amigos: reunamos nuestros esfuerzos y tiremos a una.

EL CORO.-¡Oh, iza!

HERMES.-¡Más fuerte!

EL CORO.-¡Oh, iza!

HERMES.-¡Más, Más!

EL CORO.-Algo adelantemos.

TRIGEO.-¡Esto es tremendo! Unos tiran a un lado, y los otros al contrario. ¡Váis a recibir una tanda de palos, señores argivos!

HERMES.-¿Venga, pues! ¡Vamos, iza!

TRIGEO.-¡Oh, iza!

EL CORO.-Hay mucho malintencionado entre nosotros.

TRIGEO.-Vosotros, al menos, los que deseáis ardientemente la paz, tirad con fuerza.

EL CORO.-Pero hay alguno que lo impide.

HERMES.-¡Idos al infierno, megarenses! La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en untarla con aros. Y vosotros atenienses, no tiréis ya de ese lado; está visto que sólo podéis ocuparos de procesos. Pero si queréis seguir tirando de ese lado, retiraos un poco hacia el mar.

EL CORIFEO .-Vamos, amigos, tiremos nosotros solos, los labradores.

HERMES.-Es evidente que con vosotros el trabajo marcha mucho mejor, amigos míos.

EL CORIFEO.-Dice que la cosa marcha; vamos, valor todo el mundo.

TRIGEO-Sólo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

EL CORO.-¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo!

HERMES.-¡Ya nos acercamos! No hay que ceder.

EL CORO.-¡Animo! ¡Animo! ¡Venga, venga, todos a una!

HERMES.-¡Ya está!

(La Paz sale de la caverna acompañada de Opora, diosa de las cosechas y de Teoría, diosa de las fiestas).

TRIGEO.-¡Oh, tú, Soberana, dispensadora de los racimos! ¿En qué términos podría dirigirte mi saludo? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes a diez mil ánforas (29). No tengo ninguna en casa. Salud, Opora y tú también, Teoría, la del bello rostro, ¡oh Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu aliento! ¡Qué bálsamo para el corazón! Tan suave como que está compuesto de armisticio y de esencia perfumada.

HERMES.-¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

TRIGEO.-¡Qué horror la mochila de un soldado! Apesta como los eructos de un devorador de cebollas, en tanto que Ella exhala el aroma de los frutos, de la buena mesa, de las Dionisias, de las flautas, de las tragedias, de los coros de Sófocles, de los de los tordos, de los versitos de Eurípides...

HERMES.-¡Desdichado! No la calumnies. ¿Cómo quieres que a Ella le agrade ese fabricante de sutilezas y sofismas?

TRIGEO. -... de la hiedra, del filtro para el vino, de los corderillos que balan, de los senos de las mujeres que se persiguen en los campos, de las sirvientas desmelenadas, del ánfora volcada y de otro montón de cosas buenas.

HERMES.-Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se ríen de todo corazón.

TRIGEO.-Y eso aunque todas sin excepción aún tienen los ojos a la funerala y estén cubiertas de chichones.

HERMES.-Echa un vistazo sobre los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

TRIGEO-¡Buen espectáculo!

HERMES.-Muy bueno; ¿ves allí al fabricante de penachos cómo se está tirando de los pelos?

TRIGEO.-Sí; pero el que hace azadones se ríe en las narices del fabricante de espadas.

HERMES.-¿Mira cómo se regocija ese otro fabricante de hoces!

TRIGEO.-Y cómo le hace burla al fabricante de lanzas.

HERMES.-Ea, díles a los labradores que pueden retirarse.

TRIGEO.-Aviso a la población, vuelvan cuanto antes a los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas; todo respira aquí ahora el viejo aroma de la paz. Vuelvan, pues, todos a las rústicas faenas, después de entonar un jubiloso canto.

EL CORIFEO.-¡Oh día deseado por los hombres de bien y los campesinos! ¡Con qué placer volveré a ver mis viñas y a saludar, después de tanto tiempo, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.-Invoquemos antes, amigos míos, a la diosa que nos ha libertado de gorgonas y penachos, y corramos después a nuestros campos, provistos de un sabroso almuerzo.

HERMES.-¡Oh Poseidón, cómo alegra la vista ese batallón de labradores, apretados como la masa de una torta o los convidados en un banquete público!

TRIGEO.-¡Palabra de honor! La guadaña reluce espléndidamente cuando ha trabajado con provecho y las hoces brillan a los rayos del sol. ¡Qué surcos tan rectos va a trazar esa turba feliz! Yo también deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos míos, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos a la Diosa.

EL CORO.-¡Ave, ave, deidad querida; tu retorno llena de regocijo nuestras almas! Lejos de tí me abrumaba el dolor, me consumía el ardiente afán de volver a mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú, el único sostén de los que viven cultivando la tierra, Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y las jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas y sonrían a tu llegada.

EL CORIFEO.- (Dirigiéndose a Hermes.) Y tú, el más benévolo de los dioses, dínos dónde ha estado encerrada tanto tiempo.

HERMES.-Si queréis saber cómo había desaparecido, escuchad bien mis palabras, oh prudentes labriegos. La desgracia de Fidias (30) fue la primera causa; seguidamente, Perieles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el peligro personal era prenderle fuego a la ciudad. Su decreto contra Megara fué la pequeña chispa que produjo la vasta conflagración de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas a todos los griegos, a los de aquí y a los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron a su pesar nuestras cepas; la tinaja, bruscamente removida, chocó contra la tinaja; nadie podía ya contener el mal, y la paz desapareció.

(26) *La palabra peán es homónima de una forma de verbo griego que significa «pegar.»*

(27) *Sobrenombre de Ares en Homero.*

(28) *Dándoles a entender que no querían la Paz.*

(29) *Es decir, que expresen la abundancia de vinos que con la Paz se van a recoger.*

(30) *El célebre escultor Fidias, amigo de Pericles, recibió el encargo de hacer la estatua de Atenea siendo acusado luego de haber sustraído parte del oro que al efecto se le dio. Condenado al destierro se retiró a Elis, donde hizo la estatua de Zeus Olímpico. Pericles, temeroso de igual suerte y cómplice tal vez del artista, para distraer la atención pública del asunto hizo decretar la guerra contra Megara.*

TRIGEO.-He aquí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; a nadie había yo oído decir que Fidias estuviese relacionado con la Paz.

EL CORIFEO.-Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura a su parentesco con ese ilustre artista. ¡Cuántas cosas ignoramos!

HERMES.-Entonces, conociendo las ciudades sometidas a vuestro mando, que, exasperados unos contra otros, estábais próximos a despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse de los pagos de los tributos y ganaron a fuerza de oro a los lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciativos de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente a la paz y se declararon por la guerra. La fuente de sus ganancias lo fue de ruina para los pobres labradores; pues bien pronto vuestras trirremes fueron, en represalias, a comerse sus higos.

TRIGEO.-Muy bien hecho. También ellos me cortaron a mí una higuera de higos negros que yo mismo había plantado y cultivado.

EL CORIFEO.-Sí, muy bien; a mí también me rompieron de una pedrada un jarrón de seis medianas de capacidad.

HERMES.-Los trabajadores del campo, replegados después en masa en la ciudad, se dejaron embaucar como los otros; echaban de menos, es cierto, sus uvas y sus hijos; pero, en cambio, oían a los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los indigentes, reducidos a la mayor miseria, ahuyentaron a la Paz a fuerza de clamores y golpes de hoz cada vez que impulsada por su amor a nuestro país, apareció entre nosotros; vejaban a los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazábais rabiosamente, pues la ciudad, pálida de hambre y de miedo, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, mientras Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor (31).

TRIGEO.-Basta, basta, mi señor Hermes. No pronuncies su nombre; deja a ese individuo donde está, bajo tierra. Ya no es nuestro, sino tuyo (32): por consiguiente cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla, charlatán, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. (A la Paz.) Pero dime, oh Soberana, por qué guardas silencio.

HERMES.-No conseguirás que revele a los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.-Pues que te diga a tí siquiera en voz baja algunas palabras.

HERMES.-Dime, pues, querida amiga, qué piensas de ellos. Habla, mujer, la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. (*Supone que la Paz le habla al oído.*) Esas son tus quejas; comprendo. (*A los espectadores.*) Oíd vosotros sus acusaciones.

Dice que cuando después de los sucesos de Pilos se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados la rechazasteis tres veces en la Asamblea.

TRIGEO.-Es verdad, cometimos esa falta; pero perdónanos: teníamos la cabeza forrada de cuero (33).

HERMES.-Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme: ¿Quién era en Atenas el espíritu peor dispuesto contra ella y, por el contrario, qué otro hacía más contra la guerra?

TRIGEO.-Su más fiel amigo era, sin duda alguna, Cleónimo.

HERMES.-¿Cuál era, pues, a tu juicio, la actitud de Cleónimo durante la guerra?

TRIGEO.-Muy intrépida, sólo que no es hijo de quien se decía, pues en la batalla probaba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto (34).

HERMES.-Escucha lo que ahora acaba de preguntarme. ¿Quién es el orador que, en el momento actual, domina en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.-El que ahora domina allí es Hipérbolo (35), (*A la Paz.*) ¿Pero qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza?

(31) *Alusión a Cleón.*

(32) *Una de las misiones de Hermes consistía en llevar al infierno las almas de los difuntos.*

(33) *Alusión a la influencia omnipotente de Cleón en aquella época.*

(34) *Juego de palabras basado en la semejanza de que pierde sus armas e hijo supuesto.*

(35) *Demagogo, heredero de la influencia de Cleón y objeto de los continuos ataques de Aristófanes.*

HERMES.-Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya designado un jefe tan detestable.

TRIGEO.-Pues bien; ya no lo emplearemos más; pero es que el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre en espera de otro mejor y a manera de taparrabos.

HERMES.-Me pregunta ahora la Paz qué ventajas podrá traerle eso a la ciudad.

TRIGEO.-Seremos más reflexivos.

HERMES.-¿Y cómo?

TRIGEO.-Porque es fabricante de linternas. Antes, en política íbamos a tientas y en la oscuridad; ahora todo lo resolveremos a plena luz.

HERMES.-¡Oh! ¡Oh! !Lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.-¿Sobre qué?

HERMES.-Sobre mil antiguallas que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.-Está muy bien; pero le ha ocurrido una cosa extraordinaria.

HERMES.-¿Cuál?

TRIGEO.-Pues que Sófocles se ha convertido en Simónides (36).

HERMES.-¡En Simónides! ¿Cómo es eso?

TRIGEO.-Achacoso y viejo, por ganarse un óbolo sería capaz de navegar sobre un cesto.

HERMES.-Y el sabio Cratino (37), ¿vive todavía?

TRIGEO.-Murió cuando la invasión de los lacedemonios.

HERMES.-¿Y cómo murió?

TRIGEO.- De pasmo; no pudo resistir la pena que le produjo ver romperse un tonel de vino. ¡Cuántas otras desgracias han afligido a esta ciudad! Así es que en adelante no te dejaremos partir, oh Soberana.

HERMES.-Pues bien, en ese supuesto, te entrego a Opora por mujer; véte a vivir con ella al campo, y cultiva tu viña.

TRIGEO.-Acércate, amada mía, y dame un dulce beso. Dime poderoso Hermes ¿me vendrá algún daño de holgarme con Opora después de tan larga abstinencia?

HERMES.-No, a condición de que te tomes enseguida una infusión de poleo. Pero, ante todo, acompaña a Teoría al Consejo de que antes formaba parte.

TRIGEO.-Dichoso tú, oh Consejo, que posees una Teoría. ¡Cuánta salsa absorberás en estos tres días. ¡Qué de carnes y mondongos cocidos no comerás! Adiós pues, mi querido Hermes.

HERMES.-¡Adiós, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.-¡Escarabajo mío, volemos, volemos a casa!

HERMES.-Pero si no está aquí, amigo mío!

TRIGEO.-¿A dónde se fue?

HERMES.-«Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo»

TRIGEO.-Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

HERMES.-Comerá la ambrosía de Ganimedes.

TRIGEO.-¿Y cómo voy a poder ahora realizar mi descenso?

HERMES.-No tengas miedo, lo arreglaremos; acércate aquí... junto a la diosa.

TRIGEO.- *(A las dos compañeras de la Paz.)* Venid aquí, muchachas, seguidme rápidas; son muchos los hombres que os esperan enardecidos y con la verga en alto.

EL CORIFEO.-Véte contento. Nosotros, entre tanto, encomendamos a nuestros servidores la custodia de estos objetos, pues no hay lugar menos seguro que el teatro; alrededor de él andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasión de atrapar algo. *(A los Criados.)* Guardadnos bien todo eso, mientras nosotros le explicamos al público el objeto de esta obra y la intención que nos anima. Merecería ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose a los espectadores, se elogiase a sí propio en los anapestos (38). Pero si es justo, ¡oh hija de Zeus! el tributar todo linaje de honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado a sus rivales a suprimir sus gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena a aquellos Heracles, panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, sólo para que un compañero, burlándose de sus lacerías, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado a tu piel? ¿Acaso un puerco-espín ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?»

Suprimiendo estos insultos e innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido a un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos y chistes no vulgares. Jamás sacó a la escena particulares oscuros ni mujeres; antes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fui el primero que atacué audazmente a aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamían la cabeza, de voz estruendosa como la de destructor remolino, de olor a foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lamias y camellos (39). La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí a su encuentro y peleé por vosotros y por las islas. Motivo es éste para que premiéis mis servicios y no os olvidéis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo no he recorrido las palestras seduciendo a los jóvenes, sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, después de haber molestado a pocos, deleitando a los más y realizar cumplidamente mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse a mi favor, y hasta los calvos deben, por propio interés, contribuir a mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán en la mesa y en los festines: «Llévale esto al calvo; dale esta confitura al calvo; no neguéis nada a ese nobilísimo poeta ni a su brillante frente (40).»

(36) *Simónides fue el primer poeta que hizo pagar sus versos.*

(37) *Poeta cómico.*

(38) *Ya se ha dicho que el anapesto es el metro empleado en la Parábasis, que el Coro ha empezado ahora.*

(39) *Alusión a Cleón.*

(40) *Aristófanes era calvo.*

EL PRIMER SEMICORO.-¡Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo a presidir las danzas, a celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados! Estos son tus placeres. Si Carcino viene y te suplica que bailes con sus hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello, a modo de codornices domésticas; tan enanos como cagarrutas de cabra; en fin, poetas de pura tramoya (41). Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fue estrangulada de noche por una comadreja (42).

EL SEGUNDO SEMICORO.-Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuan, do la primaveral golondrina gorjea entre el follaje: y Morsino y Melantio no pueden obtener un Coro; Melantio me desgarró los oídos con su destemplada voz cuando consiguieron su Coro trágico él y su hermano, dos glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, gozadores de viejas, impuros, que apestan a chivo, y son el azote de los peces. ¡Oh Musa!, envuélvelos en un inmenso escupitajo y ven a celebrar la fiesta conmigo.

(La escena representa otra vez la Tierra.)

TRIGEO.- *(Acompañado de Opora y de Teoría.)* ¿Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo las piernas magulladas! ¡Qué pequeñitos me parecíais desde allá arriba; cierto que mirados desde el cielo parecíais bastante malos; pero desde aquí, mucho peores!

UN SERVIDOR.-¿Ya de regreso, señor?

TRIGEO.-Es, al menos lo que dicen.

EL SERVIDOR.-¿Y qué te sucedió?

TRIGEO.-Me duelen las piernas; ¡el camino es tan largo!

EL SERVIDOR.-¿Y podrías decirme...?

TRIGEO.-¿Qué?

EL SERVIDOR.-¿Si has visto otros hombres vagando por las regiones del cielo.

TRIGEO.-No; aparte de dos o tres almas de poetas ditirámicos (43).

EL SERVIDOR. ¿Qué hacían?

TRIGEO.-Trataban de atrapar al vuelo algunos preludios, esos preludios «que flotan por doquiera en la limpidez del etéreo». (44)

EL SERVIDOR.—¿Y averiguaste si es verdad, como se dice, que después de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.-Es absolutamente exacto.

EL SERVIDOR.-¿Y qué estrella es allá Ion de QUIOS? (45).

(41) Jenocles, uno de los hijos de Carcino, que compuso tragedias, abusaba en éstas de la maquinaria, fiando en recursos extraños al arte el éxito de sus dramas.

(42) *Aristófanes alude, tal vez, a alguna pieza de Jenocles titulada El Ratón.*

(43) *Aristófanes censura la ampulosidad e hinchazón de estilo de los autores de ditirambos.*

(44) *Parodia del estilo ditirámico.*

(45) *Poeta ditirámico.*

TRIGEO.-Aquella precisamente que antaño designó él en uno de sus poemas con el nombre de Estrella matutina. En cuanto apareció en el cielo, todos empezaron a llamarle con ese mismo nombre.

EL SERVIDOR.-¿Quiénes son esas clases de estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.-Son estrellas de los ricos que regresan de cenar, llevando encendidas linternas. Pero concluyamos: llévate cuanto antes a casa a esa joven (*por Opora*); limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Mientras tanto, devolveré esta otra (*por Teoría*) al Consejo.

EL SERVIDOR.-¿De dónde las traes?

TRIGEO.-¿De dónde? Del cielo.

EL SERVIDOR.-Pues no doy un óbolo por los dioses, si ahora se dedican al oficio de proxenetas como nosotros los mortales.

TRIGEO.-No todos lo son aunque haya algunos que vitan de ese oficio. Y vámonos ya.

EL SERVIDOR.-¡Ah! dime: ¿hay que darle de comer?

TRIGEO.-Nada; no querrá comer pan ni pasteles, pues entre los dioses su régimen alimenticio consistía en chupar ambrosía.

EL SERVIDOR.-Habré de prepararle, pues, algo que pueda chupar (*Se lleva a Opora.*)

EL CORO.-A mi ver, ese buen hombre está ahora muy contento de lo que hace.

TRIGEO.-¿Qué diréis cuando me veáis casado y en todo mi esplendor?

EL CORO.-Rejuvenecido por el amor y perfumado con exquisitas esencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

TRIGEO.-¡Ya lo creo! ¿Y qué diréis cuando, acostado con ella, le acaricie los pechos?

CORO.-Nos parecerás más feliz que todos esos trompos de Carcino.

TRIGEO.-Y es muy justo. ¿No merecería esta recompensa el haber salvado a los griegos, montado en mi escarabajo? Gracias a mí, todos pueden vivir en el campo y gozar en paz del amor y del sueño.

EL SERVIDOR.- (*Que regresa.*) La mujercita ha tomado el baño y tiene el trasero de lo más limpio; la torta está cocida, amasado el sésamo (46), y preparado todo lo demás; sólo falta el galán.

TRIGEO.-Pero antes he de apresurarme a llevar a Teoría al consejo.

El SERVIDOR.-Pero ¿qué dices? ¿De quién se trata?

TRIGEO.-De aquella misma Teoría con la cual fuimos una vez a Brauron (47) a beber y a regocijarnos. Puedes creer que me ha costado mucho trabajo hacerme con ella.

EL SERVIDOR.-¡Oh, patrón, qué placeres va a tener, con tales posaderas, en esas fiestas quincenales!

TRIGEO.—Desde luego; pero veamos ¿hay alguien entre vosotros que sea de fiar? ¿Quién de vosotros podía encargarse de escoltar a esta joven y de conducirla hasta el Consejo? (*Al Servidor.*) ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

El SERVIDOR.-El ...galán. Reservo un puesto para los juegos del istmo (48).

TRIGEO.-Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de escoltarla? (*A Teoría.*) Ven acá pequeña. Te llevaré en medio de ellos.

El SERVIDOR.-Allá hay uno que hace señas.

TRIGEO.-¿Quién?

El SERVIDOR.-Arifrades desea ardientemente que se la lleves.

TRIGEO.-No, ese no; se precipitará sobre ella para lamerle toda la crema. (*A Teoría.*) En fin, tú, para empezar, deja caer todos tus velos. (*Conduce a Teoría ante las gradas reservadas a los miembros del Consejo.*) Señores, Consejeros y Pritáneos, os presento a Teoría. Ya véis todos los bienes que os traigo al entregársela. Podéis ponerle las piernas en el aire y proceder a los preliminares. Echádle un vistazo a esta cocina.

EL SERVIDOR.-¡Soberbia! ¡estupenda! ¡Y con el fogón bien ennegrecido por el hollín! Antes de la guerra, ahí era donde los Consejeros colocaban sus utensilios.

TRIGEO.-Además, para mañana mismo podéis organizar con ella una justa excelente con un programa de luchas vientre a tierra, carreras a cuatro patas, ejercicios de costa, dilo, flexiones de tronco, rodilla en tierra y, para terminar el pancracio en el que, ligeramente frotados con aceite, podéis sacudirle un buen vapuleo. Al otro día organizaréis, si os place, una carrera de caballos, con los jinetes pegados unos con otros y los aparejos revueltos entre sí, jadeantes y sin aliento, mientras que los aurigas, caídos de sus carros en los virajes, morderán el polvo antes de la meta. Vamos, Pritáneos, recibid a Teoría. Ved la calurosa acogida que le hace ese Pritáneo. No sería lo mismo si tuvieras que presentar gratis un asunto ante el Consejo (49). Hubieras invocado unas vacaciones.

El CORO.-Un hombre como tú es utilísimo a la sociedad.

TRIGEO.-Cuando vendimiéis, aún conoceréis, mejor lo que valgo.

EL CORO.-Ya lo has demostrado bastante; eres el salvador de la humanidad.

TRIGEO.-Lo repetirás cuando bebas el vino nuevo.

EL CORO.-Siempre te creeremos el más grande, después de los dioses.

TRIGEO.-Mucho me debéis a mí, Trigeo el Atmonense, pues he desembarazado de terribles miserias a la población rústica y urbana y he domesticado a Hipérbolo.

EL SERVIDOR.-Dinos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.-Nada, sino celebrar la instalación de la diosa sacrificándole un buen cocido.

EL SERVIDOR.-¿Un cocidito como para un pequeño e insignificante Hermes?

TRIGEO.-Pues ¿qué queréis? ¿Un buey bien cebado? (50)

(46) Planta que, por su abundancia de semillas, era tenida en Grecia como emblema nupcial. A los recién casados se les coronaba con hojas de sésamo y se les ofrecía un panecillo hecho con su harina.

(47) Demo del Atica donde cada cinco años se celebraban fiestas en honor de Artemis.

(48) Alusión obscena, apenas velada por las palabras «galán» e «istmo».

(49) Eran los Pritáneos los que recibían las peticiones de audiencia ante el Consejo. Solían aceptar regalos de los solicitantes.

(50) Toda esta escena se basa en juegos de palabras que oscurecen el sentido de la versión. La voz buey tiene en griego una resonancia de la voz socorro y ésta alude aquí a los socorros militares derivados de la guerra.

EL SERVIDOR.- ¡Un buey! No, de ningún modo; por si aún teníamos que correr al matadero.

TRIGEO.-¿Entonces un cerdo grande y gordo?

EL SERVIDOR: No, no. TRIGEO.-¿Por qué?

EL SERVIDOR.-Porque arriesga inspirarle groserías a Teógenes.

TRIGEO.-¿Qué animal te parece, pues, el indicado?

EL SERVIDOR.-Una oi (51).

TRIGEO.-¿Una oi?

EL SERVIDOR. Perfectamente.

TRIGEO.-Pero esa es una palabra jonia (52).

EL SERVIDOR.-Y que nos viene al pelo, porque, si en la Asamblea algún orador se pone a reclamar la guerra, el auditorio, espantado, gritará: ¡Oii! ¡Oii!

TRIGEO.-Pues tienes razón.

EL SERVIDOR.-Y habrá paz. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más comprensivos con los aliados.

TRIGEO.-Ea, traed cuanto antes la oveja; yo prepararé el altar para sacrificarla.

EL CORO.-¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Con qué oportunidad se organizan las cosas!

TRIGEO.-Nada más evidente: ahí tenéis un altar alzado ante la puerta.

EL CORO.-Apresurémonos ahora que los dioses hacen que sople un viento furioso contra

la guerra y que en la hora actual la providencia trabaja manifiestamente en nuestro favor.

TRIGEO.-Ahí está la cesta con la cebada sagrada, la guirnalda y el cuchillo; también el fuego; de modo que sólo falta la oveja.

EL CORO.-Apresuráos, apresuráos, porque si os ve Quiris vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veáis obligados a taparle la boca con algo para premiar sus fatigas.

TRIGEO.- *(Al servidor.)* Anda, coge la cesta y el agua lustral y da una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL SERVIDOR.-Ya he dado la vuelta; a sus órdenes.

TRIGEO.-Ahora sumerjamos este tizón en el agua. *(Rociando a la víctima y dirigiéndose a ella.)* Reánimate pronto. *(Al servidor.)* Tú, pásame la cebada y preséntame el agua lustral con la que te purificarás tú mismo las manos. En fin, échales granos a los espectadores.

EL SERVIDOR.-Ya está.

TRIGEO.-¿Terminaste la distribución?

EL SERVIDOR.-Sí, por Hermes ninguno de los espectadores ha dejado de recibir su correspondiente cebada.

TRIGEO.-Pero las mujeres no la han recibido.

EL SERVIDOR.-Ya se la darán sus maridos esta noche (53).

TRIGEO.-Está bien; elevemos ahora nuestras preces. ¿Qué hay aquí? ¿Hay mucha gente honrada?

EL SERVIDOR.-Aguarda a que les dé a éstos; son muchos y buenos. *(Rocía de agua a los espectadores).*

TRIGEO.-¿Dices que son honrados?

EL SERVIDOR.-¿Cómo no, si a pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.-Anda, no perdamos más tiempo, oremos. ¡Oh santa de las santas. Paz venerada, patrona de los corazones, reina de las nupcias, acepta nuestro sacrificio!

EL SERVIDOR.-Acéptalo, por Zeus, ¡oh, la más honrada de las diosas! Tú no hablas como esas mujeres que engañan a sus maridos; esas, digo, que miran por la puerta entreabierta y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; después, si se aleja, vuelven a mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.-No, por Zeus; muéstrate al contrario, como una mujer honesta, sin rebozo a tus adoradores, que hace trece años nos consumimos lejos de tí. Pon término a las luchas y tumultos, y hazte acreedora al nombre de Lisímaca(54): corrige esa suspicacia y charlatanería que engendra nuestras mutuas calumnias; une de nuevo a los griegos con los dulces vínculos de la amistad y predisponlos a la benignidad y a la indulgencia; haz, en fin, que en nuestro mercado abunden las mejores mercancías, ristras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan a ella los beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del

Copais y, amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Morico, Teleas y Glaucetes y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como en su Medea: «¡Yo muero! ¡Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas! (55), y que todos se rían de su desgracia. Concédenos, Diosa venerada lo que te pedimos. (*Al servidor.*) Coge el cuchillo y arréglatelas para degollar a la oveja como un hábil cocinero.

(51) *Oi* significa oveja en dialecto jonio.

(52) Para comprender este pasaje es preciso tener presente que la palabra *oi*, oveja, la pronunciaban los jonios deshaciendo el diptongo de lo que resultaba la exclamación de disgusto a que después se alude.

(53) Para comprender la alusión hay que saber que la palabra griega que significa cebada designa igualmente al miembro viril.

(54) Nombre que significa: poner fin a los combates.

(55) Las anguilas solían aderezarse con acelgas.

EL SERVIDOR.-Pero eso no es lícito.

TRIGEO.-¿Por qué?

EL SERVIDOR.-Me imagino que la Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar.

TRIGEO.-Pues llévate adentro la víctima para inmolarla en el interior. Corta las dos piernas y tráelas aquí; y que el resto del animal quede para el corega. (*El servidorentra con la oveja*).

EL CORO.-Tú, que permaneces aquí, reúne pronto las astillas y todo lo necesario para la ceremonia.

TRIGEO.-¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.-¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No prevés todo lo que un hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.-En todo caso el humo de las astillas sofocarían al propio Estilbides. Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

EL CORO.-¿Quién no ensalzará a un hombre que, arrostrando infinitos peligros ha salvado a nuestra sagrada ciudad? Jamás dejará de ser admirado por todo el mundo.

EL ESCLAVO.- (*De vuelta.*) Tus órdenes están cumplidas. Toma las piernas y ponlas sobre el fuego,, voy a buscar ahora las tripas y la torta.

TRIGEO.-Eso corre de mi cuenta; pero pudiste volver antes.

EL SERVIDOR.-Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.-Asalo bien todo. Pero ahí se acerca alguien que viene con una corona de

laureles sobre la cabeza.

EL SERVIDOR.-¿Quién puede ser ese?

TRIGEO.-Tiene aire de charlatán.

EL SERVIDOR.-¿Un adivino quizás?

TRIGEO.-Ni por asomo, muchacho. Es nada menos que Hiérocles, el que dice sus Oráculos en Orea (56). ¿Qué querrá decirnos?

EL SERVIDOR.-¿Qué querrá decirnos?

TRIGEO.-Estoy cierto de que viene para oponerse a la Paz.

EL SERVIDOR.-O es que le atrae el olor del asado.

TRIGEO.-Hagamos como que no le vemos.

EL SERVIDOR.-Tienes razón.

HIÉROCLES.-¿Qué sacrificio es éste? ¿A qué dios lo ofrecéis?

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) Tú ocúpate de asar sin decir nada; y sobre todo, no toques los riñones.

HIÉROCLES. Pero ¿no me diréis a qué dios sacrificáis?

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) El rabo parece bueno.

EL SERVIDOR.-Excelente, ¡oh, Paz venerada y querida!

HIÉROCLES.- Vamos, empieza y dame las primicias.

TRIGEO.-Hay que esperar a que esté bien asado.

HIÉROCLES.-Pero estos trozos ya están.

TRIGEO.-No sé quien pueda ser; pero sí que te metes donde no te importa. (*Al Servidor.*) Ya puedes cortar.

HIÉROCLES.-¿Dónde está la mesa?

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) Trae el vino de las libaciones.

HIÉROCLES.-La lengua se corta aparte.

TRIGEO.-Lo sabemos; y tú, ¿sabes lo que debías hacer?

HIÉROCLES.- Habla y lo sabré.

TRIGEO.-Pues no abras más la boca ni nos dirijas la palabra. Estamos ofreciéndole un sacrificio a la Paz.

HIÉROCLES.- (57) *Ingenuos y pobres mortales de débiles meninges.*

TRIGEO.-¡Qué todo eso recaiga sobre tu cabeza!

HIÉROCLES.- *Que sin comprender los designios de los dioses habéis firmado la paz, hombres, con monos en quienes brilla una mirada artera.*

TRIGEO.-! Ja! ¡Ja! ¡Ja! HIÉROCLES.-¿De que te ríes?

TRIGEO.-Los «monos en quienes brilla una mirada artera», me divierten.

HIÉROCLES.- *Estúpidas palomas, que os fijáis de los zorros de falso corazón y pensamientos falsos.*

TRIGEO.-¡Plegue al cielo, imbécil, charlatán, que tus pulmones se asen como esto!

HIÉROCLES.- *Si las Ninfas no engañaron a Bacis
si los mortales no fueron engañados por Bacis,
ni Bacis por las Ninfas...*

TRIGEO.-¡Muere y revienta antes que seguir con tus idioteces;

HIÉROCLES.- *Mas no sonaba aún la hora de la paz
pues antes era preciso...*

TRIGEO.- (Al Servidor.) Hay que echarles sal a esos trozos de carne.

HIÉROCLES.- *Los dioses sólo harán cesar las batallas
cuando lobos y corderos sellen sus esponsales.*

TRIGEO.-¿Cómo quieres, maldito animal, que un lobo pueda casarse jamás con una cordera?

HIÉROCLES.- *En tanto que se vea correr a la fétida chinche
y que el jilguero vacíe los ojos de sus crías
las ciudades no podrán hacer la paz entre sí.*

TRIGEO.-Pues ¿qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quien había de llorar más, cuando podíamos uniéndonos por un tratado compartir la hegemonía sobre Grecia?

HIÉROCLES.- *Nunca conseguirás que el cangrejo marche en línea recta.*

TRIGEO.-En adelante, tú ya no cenaras en el Pritáneo (58), ni podrás dedicarte a los oráculos.

HIÉROCLES.- *Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.*

TRIGEO.-¿Y tú acabarás alguna vez de engañar a los atenienses?

HIÉROCLES.-¿En virtud de qué oráculo estáis asando esas piernas para los dioses?

TRIGEO.-Eri virtud de este famoso oráculo expresado nada menos que por Homero:

*La negra nube de la odiosa guerra
Disipamos así, y en dulce abrazo
Estrechando a la Paz, cien sacrificios
Le ofrecimos gustosos.*

*Cuando el fuego Devoró de las víctimas las piernas
Nosotros sus entrañas consumimos*

E hicimos libaciones: dirigía

La fiesta yo: mas nadie presentaba al adivino brillante copa (59).

HIÉROCLES.-Eso nada tiene que ver conmigo; la Sibila nunca habló así.

TRIGEO.-También el sabio Homero, por Zeus, dijo muy bien:

Que tú casa, ni hogar, ni patria tiene

El que las guerras intestinas ama

Siempre dañosas.

HIÉROCLES.- *Ten cuidado no te arrebate el milano*

la carne con una de las suyas...

TRIGEO.-¡Cuidado, tú! Que este oráculo funesto no puede referirse más que a las tripas. Echame antes una libación y después me traerás una porción de ellas.

HIÉROCLES.-Si os parece, voy a servirme yo mismo.

TRIGEO.-¡La libación, la libación!

HIÉROCLES.-Echame a mí también vino y dame una porción de tripas.

TRIGEO.-Sí, pero eso no place a los dioses inmortales, sino que tú te retires mientras hagamos nosotros las libaciones. ¡Oh veneranda Paz, permanece a nuestro lado toda la vida!

HIÉROCLES.-Dadme la lengua.

TRIGEO.-Llévate la tuya.

EL SERVIDOR.-¡Libación!

TRIGEO.- *(Dándole al Servidor un trozo de carne.)* Toma esto, además de las libaciones.

HIÉROCLES.-Nadie me dará unas pocas tripas?

TRIGEO.-No; nada podremos darte hasta que el lobo se case con la cordera.

HIÉROCLES.-¡Por favor! Te lo pido de rodillas.

TRIGEO.-Tus ruegos son inútiles, amigo mío; no lograrás suavizar «al áspero erizo». Ea, señores espectadores, acompañadnos a comer estas sabrosas tripas.

HIÉROCLES.-¿Y yo?

TRIGEO.-Cómete a la Sibila.

HIÉROCLES.-Por la Tierra, no os las comeréis vosotros solos; si no me dáis os las quitaré; pertenecen a la comunidad.

TRIGEO .- *(Al Servidor)* Sacúdele, sacúdele a esa especie de Bacis.

HIÉROCLES.-¡Sed testigos!

TRIGEO.-De que eres un glotón y un impostor. ¡Duro con él! ¡Echalo de aquí a palos!

EL SERVIDOR.-Dale tú, mientras voy a quitarle las pieles de las víctimas que nos ha

escamoteado.

TRIGEO.-Suelta esas pieles, adivino infernal. ¿Me oyes? ¿Qué especie de cuervo es éste que nos ha venido de Orea? Ea pronto, emprende el vuelo hacia Elimnio (60).

(56) Ciudad de Eubea, cuyos habitantes eran partidarios de la guerra. Hiérocles era un adivino poco perspicaz, criticado por su arrogancia.

(57) Todo lo que está en cursiva es una parodia.

(58) Los adivinos, especialmente en tiempo de guerra, eran sostenidos en el Pritáneo a cuenta de la nación.

(59) El oráculo recitado por Trigeo está formado de fragmentos tomados de La Iliada y de La Odisea.

(60) Al parecer, templo de Eubea.

EL CORIFEO.-¡Qué placer, qué placer verse libre de cascos, quesos y cebollas!

Los combates para quien los quiera; a mí sólo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar, donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y darle un tiento a Tratta (61) mientras se baña mi esposa. Después de hecha la siembra, cuando la riega Zeus con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino:

“Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comarquida? Yo quisiera beber, mientras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas y ponlas a cocer, y danos higos secos. Que Sira haga volver a Manes del campo; hoy no es posible podar las vides ni arar la tierra que está sumamente húmeda.

Que me traigan el tordo y los dos pinzones. También debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos y dale el otro a mi padre. Pide a Edúnada unas ramas de mirto con sus bayas, y, ya que te coge de camino, dile a Carinades que venga a beber con nosotros, mientras el cielo benéfico fecunda los sembrados.

EL CORO.-Cuando la cigarra entona su dulce cantinela (62) me gusta ver si las uvas de Lemnos empiezan a madurar, pues son las más tempranas; y no menos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estación.» Después bebo una infusión de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que...

EL CORIFEO.-.. que viendo a uno de esos taxiarcos (63), aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sardes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafrán cicense. Y después huye veloz el primero, como un gallo agitando sus amarillas crestas, mientras yo monto mi guardia. Cuando están en Atenas estos valentones hacen cosas insufribles: inscriben a unos en las listas y borran a otros dos y tres veces, según su capricho. «Mañana es la marcha», oye decir a lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luego, al

pararse delante de la estatua de Pandion (64), ve su nombre inscrito en la lista; se aturde y echa a correr llorando. Así nos trataban a los pobres campesinos. A los ciudadanos ya les tienen más consideraciones. ¡Cobardes y aborrecidos de los dioses y los hombres! Pero si el cielo lo permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

TRIGEO.-¡ Oh!, ¡Oh! Cuánta gente para el banquete de boda! (*Al Servidor*) Limpia las mesas con este penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.- (*Que acaba de entrar.*) ¡Trigeo! ¿Dónde está Trigeo?

EL FABRICANTE DE HOCES.-¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no había quien diese un óbolo por una hoz; ahora, vendo las que quiero a cinco dracmas. Este amigo vende a tres los toneles. para el campo. Vamos, Trigeo, escoge entre estas hoces y todo lo demás cuanto quieras, y llévatelo gratis. Todo esto que vendemos y que nos produce buenas ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.-Bueno, bueno; dejadlo ahí todo y entrad a cenar cuanto antes. Ahí se acerca un mercader de armas con cara de duelo.

UN ARMERO.- (*Seguido de otros especialistas de efectos militares*) ¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente!

TRIGEO.-¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos de plumas en la cabeza?

EL ARMERO.-Nos has quitado el trabajo y la subsistencia a mí y a este otro, fabricante de lanzas.

TRIGEO.-Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL ARMERO.-¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.-¡Que cuánto ofrezco? Me da vergüenza decirlo. Pero como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos, y me servirán para limpiar esta mesa.

EL ARMERO.-Vengan los higos; (*Al fabricante de cascos*) más vale poco que nada.

TRIGEO.-Vete al infierno con tus penachos: tienen lacia la cerda; no valen un pito. No te daré ni un higo por todos ellos.

EL ARMERO.-¿Y esta coraza, tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero? ¿Qué voy a hacer con ella? ¡Pobre de mí!

TRIGEO.-No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio: será un bacín elegantísimo.

EL ARMERO. No te burles de mí y de mis mercancías.

TRIGEO-Con ella... y tres buenas piedras donde apoyarse, ¿no tendremos cuanto hace falta para el caso?

EL ARMERO.-Pero ¿cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.-Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL ARMERO.-¡Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO.-Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos (65)

(61) Nombre de esclava.

(62) El canto o estridulación de la cigarra era muy agradable para los griegos.

(63) El taxiarco venía a ser una especie de jefe de división.

(64) Una de las doce estatuas en cuyo pedestal se fijaban las listas de los ciudadanos que debían tomar las armas.

(65) Alusión a los trierarcas, que mandaban cerrar varios agujeros en las naves para beneficiarse con el sueldo de los correspondientes remeros suprimidas.

EL ARMERO.-¿Y te atreverás a usar un bacín de mil dracmas?

TRIGEO.-¿Quién lo duda, miserable? ¿Crees que ni por diez mil vendería yo mi trasero?

EL ARMERO.-Pues bien, venga el dinero.

TRIGEO.-Ay, querido, lo siento; pero tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no puedo comprártela.

EL ARMERO.-¿Y qué voy a hacer con esta trompeta, que me cuesta a mí sesenta dracmas?

TRIGEO.-Echa plomo en su cavidad; sujeta en lo alto una varilla algo larga, y tendrás un cóbato en equilibrio (66).

EL ARMERO.-¡Ay! Te burlas de mí.

TRIGEO.-Otra idea. Echale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir a tu personal.

EL ARMERO.-¡Perra suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascos, ¿quién me los comprará ahora?

TRIGEO.-Vete a vendérselos a los egipcios: son los únicos para medir sirmea (67).

EL ARMERO.-¡Ay, mi buen fabricante de cascos, qué desgraciada es nuestra suerte!

TRIGEO.-La suya no lo es.

EL ARMERO.-Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascos?

TRIGEO.-Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL ARMERO.-Vamos, señor fabricante de lanzas.

TRIGEO.-No, no; a este le voy a comprar esas picas.

EL ARMERO.-¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.-Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré a un dracma el ciento.

EL ARMERO.-Este hombre se burla de nosotros; vámonos, amigo.

TRIGEO.-Muy bien hecho; pues ya salen a orinar los hijos de los convidados, y, si no me engaño, a preludiar sus cantos. Eh, muchacho: si piensas cantar, ensáyate antes delante de mí.

NIÑO PRIMERO.- *Celebremos ahora*

Los valientes guerreros...

TRIGEO.-Maldita criatura, deja de cantarles a los valientes guerreros ahora que estamos en paz. Eres un truhancete mal educado.

NIÑO PRIMERO.- *Con furia aterradora*

Acométense fieros;

Se aplastan sus combados Escudos.

TRIGEO.-¡Escudos! ¿Quieres no hablar más de escudos?

NIÑO PRIMERO.- *...Alaridos*

De triunfo alborozados

Se escuchan, y gemidos...

TRIGEO.-¡Gemidos! Por Dionysos, me parece que quien va a gemir aquí eres tú, si continúas con tus gemidos y tus escudos combados.

NIÑO PRIMERO.-Pues ¿qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.- *Se comían de buey sendos tasajos.*

O cosas por el estilo.

Disponían alegres el banquete

Y cuantos platos hay apetecibles.

NIÑO PRIMERO.- *Se comían de buey sendos tasajos;*

Los sudorosos brutos denuncian

Hartos de pelear..."

TRIGEO.-Eso es: Hartos de pelear, se pusieron a comer. Canta, canta lo que comieron después de hartarse.

NIÑO PRIMERO.- *Después de terminada la comida,*

acorázanse el vientre...

TRIGEO.-Con buen vino, ¿verdad?

NIÑO PRIMERO.- *De las torres*

Se precipitan.

Alarido inmenso

Surca entonces...

TRIGEO.-Que Zeus te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

NIÑO PRIMERO.-¿Yo?

TRIGEO.-Sí, tú.

NIÑO PRIMERO.-De Lámaco.

TRIGEO.-¡Oh! ¡Oh! Ya se me figuraba que debías de ser hijo de algún aficionado a combates y heridas; de algún Boulómaco o Clausímaco. Largo de aquí.

Vete a entonar tus canciones a los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo?

(Dirigiéndose al Niño Segundo.) Ven acá; canta algo antes de entrar en casa. Estoy seguro de que tus cantares no serán tan belicosos, ya que tu padre es tan prudente.

NIÑO SEGUNDO.- *Un habitante de Sais*

ostenta el brillante escudo,

que abandoné a pesar mío

junto a un florecido arbusto (68).

TRIGEO.-Dime, joven macho, y eso, ¿lo cantas por tu padre?

NIÑO SEGUNDO.- *Salvé mi vida...*

TRIGEO. ... deshonrando tu linaje. Pero entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedáis al festín ya no tenéis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzaos sobre todos los platos y comed a dos carrillos. ¿Para qué sirven, si no es para comer, los buenos dientes?

EL CORIFEO.-Eso queda a nuestro cargo; nos has dado un buen consejo. ¡Vamos! Los que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los días se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, si no, tal vez sintáis mañana no haberlo hecho.

TRIGEO.-Silencio, silencio, va a presentarse la novia: coged las antorchas (69): que todo el pueblo se regocije y baile. Cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado a Hipérbole, llevaremos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar y pediremos a los dioses que otorguen a los griegos oro en abundancia, y a nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida. Ven, amiga, al campo. Te ha llegado la hora, gentil mujercita, de embellecer mi lecho.

EL CORIFEO.-Eres digno de los bienes que ahora posees. ¡Himeneo, oh himeneo!
¡Himen, oh himeneo!

TRIGEO.-¿Qué le haremos?

EL CORO.-¿Qué le haremos?

TRIGEO.-La vendimiaremos.

EL CORO.-La vendimiaremos.

EL CORIFEO.-Pues bien, amigos, los de la primera fila alcemos al novio y llevémosle en triunfo. ¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo!

TRIGEO.-Ya no hay duda; viviréis felices y sin disgustos, cosechando vuestros higos. ¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo!

EL CORIFEO.-Grande y gorda es la del marido; breve y suave la de la mujer.

TRIGEO.- *(Al Coro.)* Espera para hablar a haber comido y bebido a placer.

¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo! *(A los espectadores.)* Y vosotros, si queréis seguirme, comeréis pasteles.

(66) Especie de juego

(67) Planta purgante que se criaba en Egipto

(68) Versos de Arquíloco, que huyó en un combate arrojando su escudo y después celebró él mismo su hazaña. Cleónimo hizo lo mismo.

(69) Las antorchas nupciales

Las aves

PERSONAJES:

EVELPIDES.

PISTETERO.

ABUBILLA.

UN PARRICIDA.

EL CORO DE LAS AVES.

UN SACERDOTE.

UN POETA.

UN INSPECTOR.

UN VENDEDOR.

MENSAJERO PRIMERO.

MENSAJERO SEGUNDO.

IRIS.

UN HERALDO.

UN PARRICIDA.

CINESIAS, poeta ditriámbico.

UN SICOFANTE.

PROMETEO.

POESEIDÓN.

TRIBADO.

HERACLES.

País agreste, lleno de zarzales y peñascos. Al fondo, una selva; a un lado una roca, morada de Abubilla.

En escenas

EVÉLPIDES, *llevando un grajo sobre el puño.*

PISTETERO, *llevando igualmente una corneja; y los dos en busca del reino de las Aves.*

EVÉLPIDES.- *(Al grajo que le sirve de guía.)* ¿Me dices que vaya en línea recta hacia aquel árbol?

PISTETERO .- *(A la corneja que trae en la mano.)* !Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

EVÉLPIDES.- Pero infeliz la qué andar errantes en todos sentidos? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

PISTETERO .- ¡Qué imbécil he sido al dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios.

EVÉLPIDES .- ¿Mayor dicha que la de llevar de guía a este grajo, que me ha destrozado hasta las uñas de los pies?

PISTETERO .- Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

EVÉLPIDES .- ¿No podrías tú averiguar desde aquí dónde cae nuestra patria?

PISTETERO .- No, por cierto; ni Execéstides (1) la suya.

EVÉLPIDES .- ¡Ay!

PISTETERO .- Tú, amigo mío, sigue esa senda.

EVÉLPIDES .- ¡Terrible engaño el que nos ha hecho Filócrates, ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos guiarían mejor que ninguna otra a la morada de Tereo (2), la Abubilla, que fue transformado en pájaro, y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides, por un óbolo, y por tres aquella corneja, que sólo saben darnos picotazos.

(Al grajo.) ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

PISTETERO .- Ni senda tampoco, por Zeus.

EVÉLPIDES .- ¿No dice nada tu corneja sobre el camino que hay que seguir?

PISTETERO .- Sigue graznando, por Zeus, las mismas cosas que antes.

EVÉLPIDES .- Pero, en fin, ¿qué dice a propósito del camino?

PISTETERO .- ¿Qué ha de decir, sino que a fuerza de roer acabará por comérseme los dedos?

EVÉLPIDES.-¡Esto es insoportable! Queremos irnos a los cuervos (3), ponemos para conseguirlo cuanto está en nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habéis de saber, oyentes míos, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige a Saccas: éste, que no es ciudadano, se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos a toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos a una ciudad tan célebre y afortunada, siempre abierta a todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras sólo cantan uno o dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado a emprender este viaje y a buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto, un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. T es el objeto con que nos dirigimos a Tereo la Abubilla para preguntarle si en las comarcas que ha recorrido viajando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

(1) *Extranjero que quería pasar por ateniense.*

(2) *Rey legendario de Tracia, cambiado en abubilla tras de haber intentado seducir a su cuñada Filomela.*

(3) *«irse al infierno» o «al diablo».*

PISTETERO.-¡Eh, tú!

EVÉLPIDES.-¿Qué hay?

PISTETERO.-Ya hace unos momentos que la corneja me indica que hay que subir un poco.

EVÉLPIDES.-También mi grajo mira con el pico abierto en la misma dirección, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede menos de haber aves por aquí. Pronto lo sabremos haciendo ruido.

PISTETERO. ¿Sabes lo que has de hacer? Dale con el pie a la roca.

EVÉLPIDES.-Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

PISTETERO.-O mejor, coge esa piedra y llama.

EVÉLPIDES.-¡Habrá que hacerlo, claro está! ¡Esclavo! ¡Esclavo!

PISTETERO. Pero ¿qué haces? Para llamar a la Abubilla, gritas: ¡Esclavo! ¡Esclavo! En vez de esclavo debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi! (4).

EVÉLPIDES.-¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epa poi!

Un criado de Abubilla, Pistetero y Evélpides.

EL CRIADO.-(*Representando a un pájaro.*) ¿Quién va? ¿Quién llama a mi dueño?

EVÉLPIDES.-¡Apolo nos asista! ¡Qué enorme pico! (5).

EL CRIADO.-¡Horror! ¡Son cazadores)

EVÉLPIDES. Me causa un miedo indecible.

EL CRIADO.-¡Moriréis!

EVÉLPIDES.-Pero si no somos hombres.

EL CRIADO.-¿Pues qué sois?

EVÉLPIDES.-Yo soy el Tímido, ave de Libia.

EL CRIADO.-¡A otro con esas!

EVÉLPIDES.-Pregúntaselo a toda la caca que llevo en los pies.

EL CRIADO.-Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

PISTETERO.-El Ensuciado, ave de Fasos.

EVÉLPIDES.-Y tú, ¿qué clase de animal eres, en nombre de los dioses?

(4) Grito que imita al de la abubilla.

(5) Los actores salían con máscaras y trajes imitando a las aves que representaban.

EL CRIADO.-YO soy un pájaro doméstico.

EVÉLPIDES.-¿Te ha domesticado algún gallo?

EL CRIADO.-No; pero cuando mi dueño quedó convertido en abubilla quiso que yo también me transformase en pájaro, para tener quien le siguiese y sirviese.

EVÉLPIDES.-¿Pero es que las aves necesitan criados?

EL CRIADO.-Este sí, tal vez porque fué antes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero, yo cojo una escudilla y corro a por anchoas; cuando quiere comer puré como se necesitan una cuchara y una olla, corro a por la cuchara.

EVÉLPIDES.-Por las señas, este pájaro es un recadero. ¿Sabes lo que has de hacer, recadero? Llamar a tu señor.

EL CRIADO.-Acaba de dormirse, después de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

EVÉLPIDES.-No importa, despiértale.

EL CRIADO.-Estoy seguro de que se va a enfadar; pero lo haré por complaceros.

PISTETERO.- *(Por el pájaro-criado.)* Que el cielo te confunda, ¡pues no me has dado mal susto!

EVÉLPIDES.-¡Oh desgracia! ¡De miedo se me ha escapado el grajo!

PISTETERO.-¡Grandísimo cobarde! Has dejado escapar el grajo por miedo.

EVÉLPIDES.-Y tú, ¿no has dejado marchar la corneja al caer?

PISTETERO. Yo no, por Zeus, no.

EVÉLPIDES.-Pues, ¿dónde está?

PISTETERO.-Voló.

EVÉLPIDES.-¿Y no se te ha escapad ? ¡Vaya un valiente!

ABUBILLA .-(Desde dentro.) Abre a selva para que salgas (6).

EVÉLPIDES.-Por Heracles ¿qué animal es éste? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta!
¿visitantes? ¿son estos visitantes?

EVÉLPIDES.-Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

ABUBILLA.-¿Acaso os burláis de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que antes he sido hombre.

EVÉLPIDES. No nos burlamos de tí.

ABUBILLA.-¿Pues de quién?

PISTETERO.-Es tu pico lo que nos da risa.

ABUBILLA.-Esas son, sin embargo, las injurias con que me cubre Sófocles, en sus tragedias a mí, Tereo.

EVÉLPIDES.-Pero Zeres Tereo, o un ave, o un pavo real?

ABUBILLA.-Soy un ave.

EVÉLPIDES.-¿Y las alas?

ABUBILLA.-Se me han caído.

EVÉLPIDES.-¿Alguna enfermedad?

ABUBILLA.-No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen después nuevas plumas. Y vosotros, ¿qué sois?

EVÉLPIDES.-¿Nosotros? Dos mortales.

ABUBILLA.-¿De qué país?

EVÉLPIDES.-Del de las bellas trirremes.

ABUBILLA.-¿Seréis acaso jueces

EVÉLPIDES.-Nada de eso: somos antijueces.

ABUBILLA.-¿Se siembra ese grano en vuestro país?

EVÉLPIDES.-Rebuscando en todo el campo, aún se encuentra un poco.

ABUBILLA.-¿Y qué os trae por aquí?

EVÉLPIDES.-El deseo de hablarte.

ABUBILLA.-¿Para qué?

EVÉLPIDES.-Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros, y en otro tiempo te gustaba no pagarlas, como a nosotros; después, cuando fuiste

transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste a reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae a tí para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

(6) Los nombres griegos de selva y puerta sólo difieren en una letra.

ABUBILLA.-¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao? (7)

EVÉLPIDES.-Más grande, no; pero sí algo más cómoda.

ABUBILLA.-Claro está que tratas de vivir bajo un régimen aristocrático.

EVÉLPIDES.-¿Yo? En absoluto; detesto al hijo de Escelio (8).

ABUBILLA.-¿Pues en qué ciudad quisierais vivir?

EVÉLPIDES.-En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana a mi puerta un amigo y decirme: “Te ruego por Zeus olímpico que al salir del baño vengáis a mi casa tú y tus hijos, pues voy a dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltar! ¡Cómo no vengas, no tienes que poner los pies en mi casa hasta que me abandone la fortuna!

ABUBILLA.-Vamos, veo que tienes afición a las desgracias. ¿Y tú?

PISTETERO.-Tengo los mismos gustos.

ABUBILLA.-¿Cuáles?

PISTETERO.-Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvía del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle los testículos. ¿Quién dirá que eres amigo mío?»

ABUBILLA.-¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo, hay una ciudad, afortunada como la que deseáis.

EVÉLPIDES.-¡Ah! No me hables de ciudades marítimas; el mejor día amanecería la galera de Salamina (9) trayendo un alguacil. ¿No puede indicarnos alguna ciudad helénica?

(7) Es decir, que la de Atenas.

(8) El hijo de Escelio, político oligarca se llamaba Aristócratas.

(9) Galera que sólo se empleaba en las necesidades más apremiantes. Destinábase principalmente a traer a Atenas los ciudadanos fugitivos que habían de ser juzgados.

EVÉLPIDES.-¡Por todos os dioses! Aunque no he visto a Lepreo, lo aborrezco a causa de Melantio (10).

ABUBILLA.-Hay también en Locrida la ciudad de Opuncio, donde podréis vivir muy bien.

EVÉLPIDES.-NO quisiera ser Opuncio (11) ni por un talento de oro. Pero ¿qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

ABUBILLA.-La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir del monedero.

EVÉLPIDES.-Lo que representa reducir considerablemente la corrupción.

ABUBILLA.-Picoteamos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

EVÉLPIDES. ¿De modo que vivís como recién casados? (12)

PISTETERO.-¡Oh! ¡Oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido para la gente alada! Seríais omnipotentes si me obedecierais.

ABUBILLA.-¡Obedecerte! ¿En qué?

PISTETERO.-Lo primero, en no andar revoloteando por todas partes con el pico abierto: es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos a uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos a preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Teleas responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza a pájaros: no se está quieto un momento.

ABUBILLA.-Tienes razón, por Dionysos. ¿Qué hemos de hacer?

PISTETERO.-Fundad una ciudad.

ABUBILLA.-¿Y qué ciudad podríamos fundar nosotras, las aves?

PISTETERO.-En verdad que es bien necia tu pregunta. Mira a tus pies.

ABUBILLA.-Ya miro.

PISTETERO.-Mira ahora hacia arriba.

(10) Poeta trágico, que padecía de lepra.

(11) Es decir, tuerto; porque Opuncio, contemporáneo de Aristófanes, tenía este defecto.

(12) Los recién casados se coronaban de esas plantas y comían tortas de sésamo.

ABUBILLA.-Ya miro.

PISTETERO.-Ahora vuelve la cabeza a un lado y a otro.

ABUBILLA. ¿Qué voy a sacar, por Zeus, de retorcerme así el pescuezo?

PISTETERO.-¿Has visto algo?

ABUBILLA.-Sí; las nubes y el cielo.

PISTETERO.-¿No es ese el polo de las aves?

ABUBILLA.-¿El polo? ¿Qué es eso de polo?

PISTETERO.-Como si dijéramos el país; se llama polo (13). Porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundáis en él una ciudad y la rodeáis de murallas, en vez de polo se llamará población (14):entonces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre los saltamontes y haréis morir a los dioses de un hambre como la de Melos (15).

ABUBILLA.-¿Cómo?

PISTETERO.-El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo modo que cuando nosotros queremos ir a Delfos pedimos permiso a los beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios a los dioses, si éstos no os pagan tributo, podréis impedir que el humo de las Víctimas atraviese Vuestra ciudad y Vuestro espacio.

ABUBILLA.-¡Oh! ¡Oh! Por la Tierra, las Nubes, Los Lazos y las Redes, que jamás he oído una idea más ingeniosa. Estoy dispuesto a fundar contigo esa ciudad, si los demás pájaros comparten mi opinión.

PISTETERO.-¿Quién podrá exponerles el proyecto?

ABUBILLA.-Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado a hablar.

PISTETERO.-¿Cómo les Vas a convocar?

(13) Polo, de griego, girar.

(14) Las palabras polo y población son muy parecidas en griego.

(15) Frase comente en tiempo de Aristófanes, para expresar una necesidad extremada. Su origen fué el hambre horrible que sufrieron los habitantes de Melos durante el asedio de los atenienses, en el año diez y seis de la guerra.

ABUBILLA.-Muy fácilmente. Voy a entrar en esa espesura, despertaré a mi dulce ruiseñor y les llamaremos; en cuanto oigan nuestra Voz acudirán sin detenerse.

PISTETERO.-¡Oh tú, el más querido de los pájaros, no te quedes ahí plantado! Te lo suplico, intérnate pronto en la espesura y despierta a Filomena (16).

ABUBILLA.-(Llamando a Filomena) Despierta, dulce compañera de mi Vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu divina garganta cuando con melodiosa y pura Voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Zeus, junto al que Febo, de áurea cabellera, responde con los acordes de su lira de marfil a tus plañideras endechas y reúne los coros de los dioses y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso (17).

(Se oye una flauta dentro)

PISTETERO.-¡Zeus soberano! ¡Qué garganta la de ese pajarito! Ha llenado de miel toda la espesura.

EVÉLPIDES.-¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.-¿Qué hay?

EVÉLPIDES.-¿No callarás?

PISTETERO.-¿Por qué?

EVÉLPIDES.-Abubilla se prepara a cantar a su Vez.

ABUBILLA.-Esopopoi, popoi, popopopoi... Venid, Venid; Venid, Venid, alados compañeros. Todos cuantos taláis las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogéis y devoráis los granos de cebada, catervas infinitas de rápido Vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; Vosotros, los que posados en un terrón os complacéis en gorjear débilmente entre los surcos: tío, tío, tío, tío, tío; tío; tío; tío; los que en los jardines saltáis sobre las hiedras o en las montañas picoteáis el madroño u la silvestre aceituna, acudid a mi voz: trioto, trioto, toto brix.

Vosotros también, los que devoráis punzadores mosquitos en los Valles pantanosos; los que pobláis los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maratón; francolines de matizadas alas; aves que revoloteáis con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, Venid a escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha Venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea, que pretende realizar audaces proyectos. Venid todos a deliberar aquí.

Torotorotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

(16) La dulce compañera de Tereo Abubilla, metamorfoseada también en pájaro.

(17) Parodia de ciertos pasajes de Sófocles y Eurípides, en que se pondera el canto del ruiseñor.

(Pistetero, Evélpides, Abubilla, Coro de Aves)

PISTETERO.-¿Ves algún pájaro?

EVÉLPIDES.-Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca abierta.

PISTETERO.-Me parece que ha sido inútil que Abubilla imitando al pardal (18), se haya metido en el bosque como a empollar huevos.

UN AVE .-*(De la familia de las zancudas.)* Torotix, torotix.

PISTETERO.-¡Ah! muchacho, ya Viere alguna.

EVÉLPIDES.-Ya la ves, sí, por Zeus, pero ¿cuál? ¿Será acaso el pavo real? (19).

PISTETERO.-Este nos lo dirá *(Por Abubilla.)* ¿Qué ave es ésa?

ABUBILLA.-No es de esas aves domésticas que veis todos los días; es un ave acuática.

PISTETERO.-!Qué hermoso color de púrpura fenicia;

ABUBILLA.-Es verdad; por eso se llama el fenicóptero (20).

EVÉLPIDES.-¡Eh! ¡Eh! ¡Tú!

(18) Pájaro que hace su nido en los agujeros de las peñas.

(19) En tiempo de Aristófanes los pavos reales eran muy poco conocidos en Atenas y se enseñaban por dinero, como animales raros.

(20) Es decir, flamenco.

PISTETERO.-¿Por qué grita?

EVÉLPIDES.-Ahí viene otra.

PISTETERO.-Cierto; y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave montañesa, de aspecto tan solemne como estúpido?

ABUBILLA.-Se llama el pájaro meda.

PISTETERO.-¡El Meda? ¿Y cómo, gran Heracles, siendo de Media ha podido venir sin camello?

EVÉLPIDES.-Ahí se presenta otra con una buena cresta.

PISTETERO.-¿Qué prodigio es éste? No eres tú la única abubilla, puesto que hay esa otra.

ABUBILLA.-Esa abubilla es hija de Filocles, hijo de una Abubilla y yo soy su abuela, como si dijéramos Hipónico de Calas y Calias de Hipónico (21).

PISTETERO.-¿Luego Calias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas! (22).

ABUBILLA.-Es generoso; por eso los sicofantes le despluman y las pájaras le arrancan las alas.

PISTETERO.-¡Oh, Poseidón! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ése?

ABUBILLA.-El glotón.

PISTETERO.-¿Hay, pues, otro glotón además de Cleónimo?

EVÉLPIDES.-Pero si es Cleónimo ¿cómo ha podido conservar la cresta? (23)

PISTETERO.-¿Qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves a disputar el premio del doble estadio? (24)

ABUBILLA.-Son como los carios, que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

(21) Con frecuencia en Atenas al nieto le daban el nombre de su abuelo. La Abubilla, es, pues, la abuela del ave en cuestión. Pero el texto griego dice «abuelo» puesto que epops (la abubilla) es masculino en griego. En cuanto a Filocles, éste era un poeta trágico de gran fealdad, autor de una tragedia titulada Terco y que no era sino un plagia de la obra de Sófocles de igual título.

(22) Personaje que se había arruinado por mala conducta.

(23) Nueva alusión, tan reiterada en Aristófanes, a la cobardía de Cleónimo.

(24) Los que corrían en el diaulo o doble estadio llevaban un penacho.

PISTETERO.-¡Oh, Poseidón! ¡Mira, mira cuántas aves agoreras se reúnen!

EVÉLPIDES.-¡Soberano Apolo! ¡Qué invasión! ¡Oh! ¡Oh! Sus alas no dejan ver la boca de la escena.

PISTETERO.-Esa es la perdiz; aquél, el francolín; ése, el penélope; el otro, el alción.

EVÉLPIDES.-¿Y aquel que viene detrás del alción?

PISTETERO.-¿Ese? El rapista.

EVÉLPIDES.-¿Cómo? ¿El barbero es pájaro? Un pájaro rapista **PISTETERO.**-¿Pues no lo es Espórgilo, y de los de cuenta? (25) Ahí viene la lechuza.

EVÉLPIDES.-¿Qué dices? ¿Quién trae una lechuza a Atenas? (26)

PISTETERO.-Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra; el eleos, la hipatimis, la paloma, el nerto; el azor; la torcaz; el cuco, el eritropo, la ceclepiris, el porfirión, el cernícalo; el somormujo, la ampelis, el quebrantahuesos, el pico.

EVÉLPIDES.-¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas aves! ¡Cuántos mirlos! ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero ¿qué nos amenazan? ¡Ay! ¡Cómo abren los picos y nos miran!

PISTETERO.-Eso me parece.

EL CORIFEO.-Po po po po po ¿por dónde anda el que me llamó? ¿Dónde se encuentra?

ABUBILLA.-Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono a los amigos.

EL CORO.-Ti ti ti ti ti ti ¿tienes algo bueno que decirme?

ABUBILLA.-Un asunto de interés común, seguro, justo, agradable, útil. Dos lógicos sutiles han venido a buscarme.

EL CORO.-¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

ABUBILLA.-Digo que dos ancianos han venido del país de los hombres a proponernos una empresa prodigiosa.

(25) Barbero de Atenas, cuyo establecimiento gozaba de mala fama.

(26) Frase proverbial, equivalente a «llevar agua al río».

EL CORIFEO.-! Oh, tú que perpetraste el mayor crimen de que he oído hablar en mi vida! ¿Qué es lo que estás diciendo?

ABUBILLA.-NO te asustes de mis palabras.

EL CORIFEO.-¿Qué has hecho?

ABUBILLA.-Acoger a dos hombres que desean vivir con nosotros.

EL CORIFEO.-¿Y te has atrevido?

ABUBILLA.-Sí; y me encanta haberlo hecho.

EL CORIFEO.-¿Y están ya entre nosotros?

ABUBILLA.-Como yo lo estoy.

EL CORO.-¡Ay, ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traición más negra! Nuestro amigo, el que compartía con nosotros el fruto de los campos ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraído a una trampa, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luego cuenta de tus actos; pero primero castigemos a esos hombres. ¡Ea! ¡A despedazarlos!

PISTETERO.-¡Ahora sí que estamos perdidos!

EVÉLPIDES.-Tú sólo tienes la culpa de lo que nos pasa. ¿Para qué me trajiste?

PISTETERO.-Para tenerte a mi lado.

EVÉLPIDES.-Mejor dirás que para hacerme llorar todas las lágrimas de los ojos.

PISTETERO.-No delires; ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos (27).

EL CORO.-¡Io! ¡Io! ¡Sus al enemigo; ¡Hiérole mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas a esos hombres; que paguen su culpa y den alimento a nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso.

EL CORIFEO.-¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha.

(27) Alusión a los trágicos, que hacían derramar lágrimas a Edipo después de haberse arrancado los ojos.

EVÉLPIDES.-Llegó el momento supremo. ¿A dónde huir, pobre de mí?

PISTETERO.-! Eh! Firme en tu puesto.

EVÉLPIDES.-¿Para que me hagan trizas?

PISTETERO.-Pues ¿cómo piensas escaparte?

EVÉLPIDES.-No lo sé.

PISTETERO.-Pues yo te digo: es preciso resistir a pie firme y batirse con las ollas en la mano.

EVÉLPIDES.-¿De qué nos servirán las ollas?

PISTETERO.-La lechuza no nos atacará (28).

EVÉLPIDES.-¿Y contra esas de uñas tan ganchudas?

PISTETERO.-Coge el asador y ponlo en ristre.

EVÉLPIDES.-¿Y para proteger los ojos?

PISTETERO.-Defiéndelos con un plato o con la vinagrera.

EVÉLPIDES.-¡Qué ingenio! ¡Qué habilidad, digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nicias (29).

EL CORIFEO.-¡Eleleleu! Adelante (30) y con el pico bajo: no vaciléis. Picad, desgarrad, herid, arrancad; romped primero la olla.

ABUBILLA.-Deteneos y decidme: ¿por qué, crueles, queréis matar y despedazar a dos hombres que ningún mal os han hecho, y que son, además, de la misma tribu y familia que mi esposa?

EL CORIFEO.-Pues qué, ¿se perdona a los lobos? ¿No son nuestros más feroces enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

ABUBILLA.-Si la naturaleza los hizo enemigos, su intención les hace amigos, y vienen aquí a darnos un consejo útil.

EL CORIFEO.-¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

ABUBILLA.-Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás aprenderíamos a ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga a serlo; las ciudades, en un principio, aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, a rodearse de altas murallas y a construir grandes naves, y con esta lección, a defender hijos, casas y haciendas.

(28) Porque los reconocerá como atenienses.

(29) Las estratagemas empleadas recientemente por Nicias en el sitio de Melos le habían dado celebridad.

EL CORIFEO.-Sea; me parece que podrá ser útil el oírles antes; puede recibirse alguna buena lección de un enemigo.

PISTETERO.-Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

ABUBILLA.-Es muy justo; debéis de estarme agradecidos.

PISTETERO.-Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo

la olla y los platos; ahora, con la lanza terciada, digo, con el asador, paseémonos dentro del campamento, junto a la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

EVÉLPIDES.-Tienes razón. Y si morimos, ¿en qué punto del globo nos enterrarán?

EVELPIDES.-En el Cerámico. Para que nos entierren por cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto a Orneas (31).

EL CORIFEO.-¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

ABUBILLA.-Son dos extranjeros de la sabia Hélade.

EL CORIFEO.-¿Qué buen viento les trae a la morada de las aves?

ABUBILLA.-La afición a vuestra vida y costumbres y el deseo de compartirlas y vivir con nosotros.

EL CORIFEO.-¡Será verdad! ¿Y cuáles son sus proyectos?

ABUBILLA.-Increíbles, inauditos.

EL CORIFEO.-¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, o esperan que viviendo con nosotros podrán vencer a su enemigo y favorecer a sus amigos?

ABUBILLA.-Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible e increíble, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

EL CORIFEO.-¿Estarán locos?

ABUBILLA.-Su discreción no es para dicha.

EL CORIFEO.-¿Tienen talento?

ABUBILLA.-Son dos zorros redomados la astucia personificada, gente muy corrida e ingeniosa.

EL CORIFEO.-Diles, diles que vengan a hablarnos. Sin más que oír tus palabras, ya vuelo de gozo.

ABUBILLA. -(Dirigiéndose a los criados.) Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar, bajo la protección de los dioses domésticos. (*A Pistetero.*) Expón y demuestra a la Asamblea el objeto para el que ha sido convocada.

PISTETERO.-No, por Apolo; nada diré mientras no prometan, como aquel mono armero a su mujer, no morderme, ni desgarrarme, ni taladrarme el...

EL CORIFEO.-Nada temas.

PISTETERO.-Ni los ojos.

EL CORIFEO.-Lo prometo.

PISTETERO.-Júralo.

EL CORIFEO.-Lo juro, a condición de que estén de mi parte todos los jueces y espectadores.

PISTETERO.-Convenido.

EL CORIFEO.-Y si no lo cumplo, que gane por un solo voto.

PISTETERO.-¿Pueblos, escuchad! Que los hoplitas recojan sus armas y vuelvan a sus hogares e infórmense de las órdenes que se fijen en los tablones (32).

EL CORO.-El hombre es un ser siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algún proyecto que te parezca útil, o un medio de aumentar mi poder que a mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo.

(30) ¡Eleleleu!, grito de guerra.

(31) Ciudad del Peloponeso, entre Corinto y Sicione, cuyo nombre significa pájaro. Poco antes de la representación de Las Aves, los atenienses habían sido derrotados en sus inmediaciones.

(32) Fórmula empleada para la promulgación de las leyes.

EL CORIFEO.-Manifiesta confiadamente los proyectos que te han traído aquí, pues bajo ningún pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

PISTETERO.-No deseo otra cosa; la masa de mi discurso está ya dispuesta, y sólo me falta amasarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

EVÉLPIDES.-¿Pero es que vamos a cenar? (33).

PISTETERO.-No, por Zeus; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos.

(Dirigiéndose al Coro.) Sufro tanto por vosotros, que en otro tiempo fuisteis reyes...

EL CORIFEO.-¿Nosotros reyes? ¿De quién?

PISTETERO.-Reyes de todo cuanto existe: de mí, en primer lugar; de éste; del mismo Zeus, porque sois anteriores a Cronos, a los Titanes y a la Tierra.

CORO.-¿A la Tierra?

PISTETERO.-Sí, por Apolo.

ABUBILLA.-He ahí, por Zeus, algo que yo ignoraba.

PISTETERO.-Es que sois ignorantes y descuidados y no habéis manoseado a Esopo. Esopo dice que la alondra nació antes que todos los seres y que la misma Tierra; su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra aún no existía; permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

EVÉLPIDES.-Por eso el padre de la alondra yace ahora en Céfale (34).

PISTETERO.-De modo que si las aves son anteriores a la Tierra y a los dioses, a ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad.

EVÉLPIDES.-Sí, por Apolo; procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Zeus no devolverá así como así su cetro al pito real.

33 Los preparativos para pronunciar un discurso y ponerse a la mesa eran muy parecidos.

34 Nombre de un demo del Atica, que significa cabeza.

PISTETERO.-Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Empezaré por citaros al gallo, que reinó sobre todos los persas antes que todos sus monarcas, antes que Darío y Megabises; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

EVÉLPIDES.-¡Ah, comprendo! Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el Gran Rey, con la tiara recta sobre la cabeza.

PISTETERO.-Fué tan grande su poder y tan respetada su autoridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos y fabricantes de liras y de escudos.

EVÉLPIDES.-Pregúntamelo a mí; precisamente un gallo tuvo la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado a un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre a un niño, bebí algo y empecé a dormir; en esto, y antes de que los demás convidados se sentasen a la mesa, se le ocurre cantar a un gallo; creyendo que era de día, marchó en dirección a Alimunte (35): apenas salgo extramuros, un ladrón me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy a pedir socorro; pero era tarde; ya había desaparecido con mi manto.

PISTETERO.-El milano fue antiguamente jefe y rey de los helenos.

EL CORIFEO.-¿De los helenos?

PISTETERO.-Durante su reinado él fue quién les enseñó a arrodillarse a la vista de los milanos.

EVÉLPIDES.-Sí, por Dionysos; un día que me prosterné en presencia de uno de ellos, me eché al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo (36), por lo cual volví a casa con mi saco vacío (37).

(35) Demo del Atica.

(36) De los que llevaban en la boca, según costumbre muy generalizada.

(37) Sin duda, el saco que llevaba para comprar la harina con el óbolo pagado.

PISTETERO.-El cuco fue rey de Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba ¡cu-cu! todos los fenicios iban al campo a segar el trigo y la cebada.

EVÉLPIDES.-De ahí, sin duda, viene el proverbio: ¡Cu cu!, los circuncidados, al campo (38).

PISTETERO.- Tan grande fué el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades griegas, Agamenón y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

EVÉLPIDES.-No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Príamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente a Lisícrates (39) y los regalos con que se deja sobornar.

PISTETERO.-Pero oíd la prueba más contundente: Zeus, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza, y Apolo, su ministro un azor.

EVÉLPIDES.-¡Es verdad, por la venerable Deméter! Mas ¿para qué llevan esas aves?

PISTETERO.-Para que en los sacrificios, cuando según el rito, se ofrecen las entrañas a los dioses, las aves reciban su parte antes que Zeus. Entonces ningún hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves.

EVÉLPIDES.-Lampón aún jura por el ganso, cuando quiere engañar (40).

PISTETERO.-¡En tanta estima y veneración tenían entonces a los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como a los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden a granel después de cogidos, y ¡oh, colmo de ignominia!, los compradores Os tantean para ver si estáis gordos. ¡Y si se contentasen al menos con asaros! Pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros condimentos dulces y crasos y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente, como si fué seis carnes corrompidas.

(38) Los egipcios y fenicios practicaban la circuncisión.

(39) General ateniense, ambicioso y venal.

(40) Lampón era un adivino. En griego sólo hay una letra de diferencia entre el nombre de Zeus y la voz de ganso.

EL CORO.-Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, lejos de transmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos; Pero, sin duda, algún numen propicio te envía para que me salves; a tí me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dinos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si no reconquistásemos por cualquier medio nuestra soberanía.

PISTETERO.-Opino primeramente que todas las aves se reúnan en una sola ciudad, y

que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

ABUBILLA.-¡Oh!, Cebrión; ¡oh!, Porfirión (41), ¡qué terrible plaza fuerte!

PISTETERO.-Cuando hayáis construido esa muralla, reclamaréis el mando a Zeus; y si se obstina en no acceder declaradle una guerra sagrada y prohibida a los dioses que atraviesen como antes vuestros dominios y que desciendan a la tierra, enardecidos por su adúltero amor a las Alcmenas, Alopes y Semeles; y si se presentan, hay que ponerles un anillo alrededor del glande para que no puedan unirse a ellas. Enviad en seguida otro alado embajador a los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, a ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y después a los dioses, y que deberán agregar a cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican a Afrodita, ofrecerán al mismo tiempo cebada a la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Poseidón, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey a Heracles, tortas con miel a la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Zeus-Rey, rey es también el reyezuelo y, por consiguiente, habrá de consagrarsele, antes que al mismo Zeus, un mosquito macho.

(41) Nombres de pájaros y de gigantes.

EVELPIDES.-Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Zeus!

ABUBILLA.-Pero ¿cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

PISTETERO.-No sabes lo que dices; Hermes, que es todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara a Iris con una tímida paloma.

ABUBILLA.-¿No tronará Zeus? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

PISTETERO.-Si los hombres, en su ceguera, se obstinan en despreciaros y en tener por dioses sólo a los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebaten de los surcos las semillas; veremos si Deméter baja a distribuir trigo a los hambrientos.

EVÉLPIDES.-No lo haré, de seguro; veréis cómo alega mil pretextos.

PISTETERO.-Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos a los bueyes de labranza y a otros ganados, y que en seguida los cure Apolo, que es médico; para eso le pagan.

EVÉLPIDES.-¡Eh, no! Aguarda a que haya vendido mi parejita.

PISTETERO.-Por el contrario, si los hombres os tienen a tí por un dios, a tí por la vida, a tí por Cronos, a tí por Poseidón, lloverán sobre ellos todos los bienes.

ABUBILLA.-Dime siquiera uno de ellos.

PISTETERO.-En primer lugar, los saltamontes no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadrón de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Después sus

higos estarán libres de mosquitos y cínifes que serán devorados por un escuadrón de tordos.

ABUBILLA.-¿Pero cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

PISTETERO.-Cuando consulten a las aves, indicaráis al adivino las minas más ricas y los tráfico más lucrativos; ni un marino perecerá.

ABUBILLA.-¿Por qué no perecerá?

PISTETERO.-Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegación no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques, habrá tempestad»; o «embárcate, tendrás ganancias.»

EVÉLPIDES.-Compro un navío y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

PISTETERO.-Revelaréis también a los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todos lo sabéis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algún pájaro.»

EVÉLPIDES.-(*Aparte.*) Vendo mi barco; compro un azadón, y la desenterrar ollas de oro;

ABUBILLA.-¿Y cómo darles la salud de que gozan los dioses?

PISTETERO.-¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

ABUBILLA.-Pero ¿cómo llegarán a la vejez? Porque como ésta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

PISTETERO.-Todo lo contrario; las aves prolongaréis su vida trescientos años.

ABUBILLA.-¿De quién los tomaremos?

PISTETERO.-¿De quién? De vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

EVÉLPIDES.-¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Zeus!

PISTETERO.-¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas; un olivo será el templo de las aves más veneradas; además, para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer ningún viaje a Delfos o Amnon (42) sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo o de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

EL CORIFEO.-¡Oh, anciano, que después de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos!

EL CORO.-Animado por tus palabras, he prometido y jurado que si tú, fiel a tus promesas, te unes a mí, sin dolo alguno para atacar a los dioses, éstos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza queda a nuestro cargo, y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

ABUBILLA.-¡Por Zeus! Que no es tiempo de dormirse v dar largas a la manera de Nicias, sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje y decidnos vuestros nombres.

PISTETERO.-Es fácil; me llamo Pistetero.

ABUBILLA.-¿Y ése?

PISTETERO.-Evélpides, de la aldea de Crisa.

ABUBILLA.-Sed ambos bienvenidos.

PISTETERO.-Aceptamos el augurio.

ABUBILLA.-Entrad, pues.

PISTETERO.-Vamos, dirígenos tú.

ABUBILLA.-Venid.

PISTETERO.-¡Ah, cielos! Ven, vuelve acá. ¿Cómo éste y yo, que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voléis?

ABUBILLA.-Muy fácilmente.

PISTETERO.-Piénsalo bien; mira que Esopo dice en sus fábulas que a la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila.

ABUBILLA.-Nada temas; hay una raíz que os dará alas en cuanto la comáis.

PISTETERO.-Entremos cOn esa condición. Ea, Xantias, y tú, Manodoro (43), coged nuestro equipaje.

(42) Templo y oráculo de Zeus en Libia.

(43) Nombres de esclavos.

EL CORIFEO.-¡Hola; ¡Eh, Abubilla! A tí te llamo.

ABUBILLA.-¡Qué me quieres?

EL CORIFEO.-Llévate a éstos y dales bien de comer, pero déjanos aquí al melodioso ruiseñor, de canto tan suave como el de las musas; que venga para que juguemos con ella (44).

PISTETERO.-Sí, por Zeus cede a sus deseos; hazla salir de entre las floridas gañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos también nosotros al ruiseñor.

ABUBILLA.-Puesto que lo deseáis, fuerza es obedeceros: sal, Procne, y muéstrate a nuestros huéspedes.

(Sale Procne)

PISTETERO.-¡Oh, venerado Zeus! ¡Qué linda avecilla; ¡Qué tierna! ¡Qué brillante!

EVÉLPIDES.-¡Con qué placer la abriría yo de piernas;

PISTETERO.-¡Cuánto oro! Parece una virgen.

EVÉLPIDES.-Tentado estoy de darle un beso.

PISTETERO.-Pero, desdichado, ¿no ves que tiene por pico dos asadores?

EVÉLPIDES.-¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la cabeza, como si fuese un huevo, y besarla después?

ABUBILLA.-Vamos.

PISTETERO.-Guíanos en hora buena. Sé nuestra guía y la buena suerte de los dos.

EL CORO.-Amableavecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste a mi presencia; viniste para dejar oír tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia nuestros anapestos.

EL CORIFEO.-Ciegos humanos, semejantes a la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasáis vuestra vida fugaz como vanas sombras o ensueños mentirosos, escuchad a las aves, seres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos a conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves y el verdadero origen de los dioses, de los ríos, del Erebo y del Caos; con tal enseñanza podréis causar envidia al mismo Pródigo (45). En el principio sólo existían el Caos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la tierra, el Aire y el Cielo no habían nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin germen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Caos alado y tenebroso, engendró nuestra raza, la primera que nació a la luz. La de los inmortales no existía antes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime unión el Cielo, la Tierra, el Océano y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. He aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él y favorecemos a los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos habiendo jurado ser insensibles, se rindieron a sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfirión, de un ánadeo o de un gallo; Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y el otoño; la grulla, al emigrar a Libia, advierte al labrador que siembre; al piloto, que cuelgue el timón y se entregue al descanso; a Orestes, que se mande tejer un manto para que el frío no le incite a robárselo a los transeúntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estación y el momento Oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una túnica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros a Anmon, a Delfos, a Dodona y a Apolo.

Para todo negocio comercial, O compra de víveres, o matrimonios nos consultáis previamente y dáis el nombre de auspicios a todo cuanto sirve para revelaros el porvenir; una palabra es un auspicio; un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio. Una voz es un auspicio, el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. ¿No

está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconocéis por dioses, hallaréis en nosotros las Musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno el estío, un calor moderado; no iremos, como Zeus, a posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo a nuestro lado, os dispensaremos a vosotros y a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida; juventud; risas; danzas; banquetes; delicias increíbles, en fin, tal abundancia de bienes que llegaréis a saciaros. ¡Tan ricos seréis todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio, tio, tio, tio; tio; tio; tio, tix, yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes: tio, tio, tio, tio, tix; posado entre el follaje de un copudo fresno; tio, tio, tio, tio, tix; exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados; tio, tio, tio, tix; que se unen en las montañas a los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses; to, to, to, to, to; to; to; to; to; tix. En ellos, a modo de abeja, liba Frínico el néctar de sus inmortales versos y de sus dulcísimas canciones, tio, tio, tio, tio, tix.

(44) ya hemos dicho que el ruiseñor en cuestión era Procne, la propia amada de Abubilla.

(45) Filósofo de gran notoriedad.

EL CORIFEO .-(A los espectadores.) Si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves, que acuda a nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente alígera de un pequeño honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crimen odioso el pegar a su padre; entre las aves, nada más bello que acometerle gritando: si riñes, coge tu espolón.

El siervo prófugo, marcado con infamante estigma, pasa aquí por pintado francolín; un bárbaro, un frigio, tal como Espíntaro, será entre nosotros el frigilo, de la familia de Filemón; un esclavo de Caria, Execéstides, por ejemplo, podrá proveerse entre las aves de abuelos y parientes. ¿Qué más? ¿Quiere el hijo de Pisis abrir las puertas a los infames? Pues transfórmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por acá no es deshonoroso escaparse como la perdiz.

EL CORO.-Así, los cisnes, tío, tio, tio; tio; tio; tio; tio, tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan a Apolo, tio, tio, tio, tix; deteniéndose en las orillas del Hebro, tio: tio; tio, tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes, escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to, to, to, to, to, to, to; tio; tio; tix; todo el Olimpo resuena; los dioses inmortales las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melodía: tio, tio, tio, tix.

EL CORIFEO.-Nada mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podría, cuando asistiendo impaciente y malhumorado a una interminable tragedia, se sintiese desfallecer de hambre, volar a su casa, comer y regresar satisfecho su apetito. Si Patróclides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendría que ensuciar su manto, pues volaría a otra parte, y después de desahogarse, tornaría a su asiento recobradas las fuerzas. Aún más; si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguía al marido de su amante en las gradas de los Senadores, podría, extendiendo sus alas, trasladarse a la amorosa cita, y satisfecha su pasión, volver a su puesto. ¿Comprendéis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por

eso Diitrefes (46), aunque sólo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; después hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

PISTETERO .-(*Que vuelve provisto de alas, lo mismo que Evélpides.*) Ya está.

EVÉLPIDES.-POr Zeus, nunca vi nada tan cómico.

PISTETERO.-¿De qué te ríes?

EVÉLPIDES.-De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas?

PISTETERO.-Tú sí; a un ganso pintado de brocha gorda.

EVÉLPIDES.-Y tú un mirlo tonsurado.

(46) Cestero, que se enriqueció fabricando botellas de mimbre.

PISTETERO.-Nosotros lo hemos querido; y como dice Esquilo: «No son plumas de otro, sino nuestras.»

EL CORIFEO.-Pero veamos, ¿qué hemos de hacer?

PISTETERO.-Lo primero, darle a nuestra ciudad un nombre ilustre y pomposo; después, ofrecer un sacrificio a los dioses.

EVÉLPIDES.-Lo mismo digo yo.

EL CORIFEO.-¿Qué nombre le pondremos a nuestra ciudad?

PISTETERO.-¿Queréis que le demos uno magnífico, tomado de Lacedemonia? ¿Queréis que la llamemos Esparta?

EVÉLPIDES.-¡Por Heracles! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto mi lecho, aunque sólo tenga una estera de junco.

PISTETERO.-¿Pues qué nombre le daremos?

EVÉLPIDES.-Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas esferas.

PISTETERO.-¿Te gusta el de Nefelococigia? (47).

ABUBILLA.-¡Oh! ¡Oh! Ese sí que es bello y grandioso.

EVÉLPIDES.-¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquines? (48).

PISTETERO.-No; donde están es en el llano de Flegra, (49) en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

EVÉLPIDES.-Será una ciudad hermosísima. Pero ¿cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejeremos el peplo?

PISTETERO.-¿Por qué no escogemos a Atenea Polias?

EVÉLPIDES.-¿Cómo podrá reinar buen orden en una ciudad donde una diosa lleve una panoplia y Clístenes... una rueca?

EL CORIFEO.-¿Quién guardará el muro pelárgico de la ciudad? (50)

PISTETERO.-Un ave.

EL CORIFEO.-¿Uno de nosotros? ¿De qué raza?

(47) Significa ciudad de las nubes y los cucos.

(48) Ciudadanos que se jactaban de tener riquezas, siendo pobrísimos.

(49) Otro lugar imaginario.

(50) Pelárgico y no pelásgico. Literalmente muro de las cigüeñas. Rodeaba a la antigua ciudadela de Atenas.

PISTETERO.-De la raza pérsica, que es el más valiente de todos; un ave de Ares (51).

EVÉLPIDES.-¡Oh gallo y señor! ¡Es un dios a propósito para vivir entre las rocas!

PISTETERO.-Ea, vete al aire, a ayudar a los albañiles que construyen la muralla: llévalos morrillos; desnúdate y haz mortero; sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla, y duérmete; envía luego dos heraldos: uno, arriba, a los dioses; otro, abajo, a los hombres, y después vuelve a mi lado.

EVÉLPIDES.-Tú quédate aquí, y revienta.

PISTETERO.- Anda, amigo mío, adonde te envío; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin tí. Yo voy a ofrecer un sacrificio a los nuevos dioses, y a llamar al sacerdote para que presida la procesión. ¡Eh, tú, esclavo!, trae el canastillo y el agua lustral.

EL CORO.-Yo uno a las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto a dirigir a los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y a inmolar una víctima en acción de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Queris.

PISTETERO. -(Primero al flautista y luego al sacerdote.) Tú, deja de soplar. ¡Heracles! ¿Qué veo? Por Zeus, muchos prodigios he visto, pero nunca a un cuervo con bozal (52). Sacerdote cumple tu deber y sacrifica a los nuevos dioses.

EL SACERDOTE.-Lo haré. ¿Dónde está el que lleva el canastillo? Rogad a la Hera de las aves, al milano protector del hogar y a todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

PISTETERO.-¡Salve, gavilán protector de Sunio, rey pelásgico!

EL SACERDOTE.-Al cisne Pítico y Delio; a Leto, madre de las codornices; a Artemis, Jilguero...

PISTETERO.-En adelante no habrá Artemis Colenis, sino Artemis-Jilguero.

(51) El gallo.

(52) Los flautistas se colocaban una correa delante de la boca.

EL SACERDOTE.- ...Y al frigilo Sabacio (53), a Cibeles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

PISTETERO.-¡Oh poderosa Cibeles avestruz, madre de Cleócrito (54).

EL SACERDOTE.-Que den salud y felicidad a los nefelococigios y a sus aliados de Quíos (55).

PISTETERO.-Me gusta ver en todas partes a los de Quíos.

EL SACERDOTE.-A los héroes, a las aves, a los hijos de los héroes, al porfirión, al pelícano, al pelecino, al fléxide; al tetraón, al pavo real, al elea, a la cerceta, al elasa; a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

PISETERO.-Acaba, hombre infernal; acaba tus invocaciones. Desdichado, ¿a qué víctimas llamas a los buitres y a las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ofreceré yo solo el sacrificio.

EL SACERDOTE.-Es preciso que para la aspersion entone un nuevo himno sacro y piadoso, e invoque a los dioses, a uno siquiera, si es que tenéis bastantes provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen a barbas y cuernos.

PISTETERO.-Oremos al sacrificar a los dioses alados.

UN POETA .-*(Que sale recitando.)* Celebra, oh Musa, con tus himnos y canciones a la feliz Nefelococigia.

PISTETERO.-¿De dónde sale éste? Di, ¿quién eres tú?

EL POETA.-Soy un aedo melifluo, un trabajoso servidor de las Musas, como dice Homero.

PISTETERO.-Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello? (56).

EL POETA.-No es eso; todos los poetas somos trabajosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

PISTETERO.-Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traído aquí?

(53) Dionysos.

(54) Alude a la traza de avestruz de Cleócrito.

(55) Quíos era una de las aliadas más fieles de Atenas.

(56) Los esclavos llevaban la cabeza rapada.

EL POETA.- -He compuesto en honor de vuestra Nefelococigia varios cantos, hermosos ditirambos y partenias (57) y algunas odas al estilo Simónides.

PISTETERO.-¿Cómo has compuesto esas cosas? ¿Y desde cuándo?

EL POETA.-Hace mucho, mucho tiempo que canto las alabanzas de esta ciudad.

PISTETERO.-¿Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundación y acabo de ponerla un nombre como a los niños de diez días! (58).

EL POETA.-¿Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mío, fundador del Etna; tú, cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para tí desearías!

PISTETERO.-No nos vamos a quitar de encima esta calamidad, si no le damos alguna cosa. Tú (*dirigiéndose a uno de los presentes,*) que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo a este discretísimo poeta. (*Al poeta.*) Toma este abrigo, pues me parece que estás tiritando.

EL POETA.-Mi Musa acepta regocijada este presente. Pero escucha estos versos pindáricos...

PISTETERO.-¿Cuándo acabará por marcharse este importuno?

EL POETA.- Sin vestido de lino

Vaga Estratón en el confín helado

Del errabundo escita:

Burdo manto le han dado,

Pero aún túnica fina necesita.

¿Comprendes lo que quiero decir?

PISTETERO.-¿Vaya si comprendo! Quieres que te regale una túnica (*A un criado.*) Quítatela: es preciso obsequiar a los poetas (*Al poeta.*) Tómala y vete.

(57) *Versos cantados por coros de doncellas.*

(58) *A los diez días de su nacimiento se ponía nombre a los niños, celebrándose este suceso con un banquete.*

EL POETA.-Me voy; pero al marcharme, compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Númen de áureo trono,

Celebra esta ciudad

Que tiritita a los soplos De un céfiro glacial.

Yo su campiña fértil
Vengo de visitar,
Alfombrada de nieve.
¡Tralalá, tralalá!
(Vase.)

PISTETERO.-Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creído, Zeus soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. (Al Sacerdote.) Coge la vasija (59) y da vuelta al altar.

(59) *Es decir, la que contiene el agua lustral.*

EL SACERDOTE.-¡Silencio!

EL ADIVINO.-(Entrando y dirigiéndose al Sacerdote.) No empieces inmолando al chivo.

PISTETERO.-¿Y tú quién eres?

EL ADIVINO.-¿Qué quién soy? Un adivino.

PISTETERO.-Entonces, ¡lárgate de aquí!

EL ADIVINO.-Amigo mío, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bacis que se refiere claramente a Nefelococigia.

PISTETERO.-¿Por qué no me hablaste de ese oráculo antes de fundar la ciudad?

EL ADIVINO.-La Divinidad me lo impedía.

PISTETERO.-No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

EL ADIVINO.-(*Leyendo en un papiro.*) «Cuando los lobos y las blancas palomas habiten juntos entre Corinto y Sicione...»

PISTETERO.-Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con los Corintios?

EL ADIVINO.-Al expresarse de ese modo Bacis, se refería al aire.

«Sacrificad primeramente a Pandora un blanco vellocino, y después regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

PISTETERO.-¿También zapatos?

EL ADIVINO.-Toma y lee. «Y dadle, además, una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

PISTETERO.-¿También dice «darle un trozo de las entrañas»?

EL ADIVINO.-Toma y lee. «Joven divino, si obedecieras mis mandatos, serás un águila en las nubes; si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

PISTETERO.-¿También dice eso?

EL ADIVINO.-Toma y lee.

PISTETERO.- Pero tu oráculo en nada se parece a otro que escribí yo mismo bajo la inspiración de Apolo. Escucha: «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatán a molestarte mientras estás ofreciendo un sacrificio y pida una porción de las entrañas, deberás molerle las costillas a palos.»

EL ADIVINO.-Supongo que bromeas.

PISTETERO.-Toma y lee. (Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampón, aunque sea el gran Diopites.)»

EL ADIVINO.-¿También dice eso?

PISTETERO.-Toma lee y ¡lárgate... a los cuervos!

EL ADIVINO.-¡Ay, pobre de mí!

PISTETERO.-¿Vas a largarte rápido y vaciar en otra parte tus oráculos?

METÓN.-(Geómetra.) Vengo a veros para...

PISTETERO.-Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

METÓN.-Quiero medir las llanuras aéreas, y dividir las en parcelas.

PISTETERO.-En nombre de los dioses, ¿quién eres?

METÓN.-¿Quién soy? Metón, conocido en toda la Hélade y en la aldea de Colona.

PISTETERO.-Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

METÓN.-Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido a un horno. Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compás... ¿Comprendes?

PISTETERO.-Ni una palabra.

METÓN.-Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo y coloco en su centro el Agora; a ella afluirán de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

PISTETERO.-¡Este hombre es un Táles... Metón!

METÓN.-¿Qué?

PISTETERO.-Ya sabes que te quiero; pero voy a darte un buen consejo: márchate cuanto antes.

METÓN.-¿Qué peligro corro?

PISTETERO.-Aquí, como en Lacedemonia, es costumbre expulsar a los extranjeros, y en toda la ciudad llueven garrotazos sobre ellos.

METÓN.-¿Es que, por acaso, estáis en revolución?

PISTETERO.-No, ciertamente, por Zeus.

METÓN. ¿Qué ocurre entonces?

PISTETERO.-Que hemos tomado por unanimidad la decisión de pulverizar a todos los impostores.

METÓN.-En este caso, voy a largarme.

PISTETERO.-Sí, por Zeus; y aún no sé si podrás escapar, pues aquí está ya la tormenta. *(Le pega.)*

METÓN. *-(Huyendo.)* ¡Desdichado de mí!

PISTETERO.-¿No te lo decía hace tiempo? Vete con tus medidas a otra parte y bien lejos de aquí.

UN INSPECTOR. *-(Que llega mientras Metón huye.)* ¿Dónde están los próxenos? (60)

PISTETERO.-¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.-Soy un inspector, designado por la suerte para ejercer mi vigilancia en Nefelococigia.

PISTETERO.—¡Un inspector! ¿Y quién te ha enviado?

EL INSPECTOR.-Un maldito oráculo de Teleas.

PISTETERO.-¿Quieres recibir tu paga y marcharte, sin más historias.

EL INSPECTOR.-Sí, por los dioses; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Atenas para asistir a la Asamblea: tengo un asunto de Farnaces (61).

PISTETERO. -Toma y vete; aquí tienes tu paga *(Le paga.)*

EL INSPECTOR.-¿Qué es esto?

PISTETERO.-Es la Asamblea en que has de defender a Farnaces.

EL INSPECTOR.—¡Sed testigos de que me pega! ¡A mí! ¡A un inspector!

PISTETERO.-¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es el colmo: ¡enviar inspectores a una ciudad antes de haber terminado los sacrificios de los dioses!

(El inspector huye. Llega un vendedor de decretos.)

EL VENDEDOR DE DECRETOS.-«Todo ciudadano de Nefelococigia que produjese daños a uno de Atenas...»

PISTETERO.-¿Qué nueva calamidad es ésta, cargada de pergaminos?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.-Soy un vendedor de decretos, y vengo a venderos leyes nuevas.

PISTETERO.-¿Cuáles?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.-«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios (62).

(60) Magistrados encargados de recibir a los extranjeros que venían a Atenas.

(61) *Agente del Rey de Persia en Atenas.*

(62) *Habitantes de Olofixo, ciudad situada al pie del monte Athos, dependientes de Atenas; Nefelococigia es considerada por los atenienses como una colonia suya, y por eso tratan de imponerle las leyes de la metrópoli.*

PISTETERO.-Ahora vas a conocer las de los Ototixios (63).

EL VENDEDOR DE DECRETOS.-Pero ¿qué te pasa, hombre?

PISTETERO.-Si no te largas con tus decretos te voy a aplicar otros bien duros.

EL INSPECTOR.-(Volviendo.) Cito en justicia y por injurias a Pistetero para el mes muniquión (64).

PISTETERO.-!Cómo! ¿Aún estabas ahí?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.-«El que expulsase a un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

PISTETERO.-(Al Inspector.) ¡Oh desdicha! ¿Ahí estabas también tú?

EL INSPECTOR.-¡Ya me las pagarás) He de hacer que te condenen a mil dracmas de multa.

PISTETERO.-Yo haré pedazos tus urnas.

EL INSPECTOR.-¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto a la columna de los edictos?

PISTETERO.-¡Ea! Echadle mano a ése. ¡Hola! Parece que no te quedas.

EL SACERDOTE.-Marchémonos de aquí cuanto antes y sacrifiquemos dentro, el macho cabrío.

(Vanse todos)

EL CORO.-En adelante, todos los mortales me ofrecerán sus votos y sacrificios a mí, que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que en el seno de la tierra o en las ramas de los árboles los devoran antes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

EL CORIFEEO.- Hoy que se pregona principalmente este edicto: «El que matase a Diágoras Meliense (65), recibirá un talento, «El que matase a uno de nuestros tiranos, recibirá un talento», queremos nosotros promulgar también este decreto: «El que matare a Filócrates el pajarero recibirá un talento; cuatro, el que lo traiga vivo: él es quien ata los pinzones de siete en siete y los vende por un óbolo: él es quien atormenta a los tordos inflándolos para que parezcan más gordos; él atraviesa con plumas el pico de los mirlos: él reúne palomas y las encierra, obligándolas a reclamar a otras y atraerlas a sus redes. Este es nuestro edicto: mandamos además que todo el que tenga aves encerradas en su patio, las suelte inmediatamente. El que no obedeciere será apresado por las aves y servirá, cargado de cadenas, para señuelo de otros hombres.»

EL CORO.-¡Oh raza afortunada la de las aves! Ni en invierno tenemos necesidad de túnicas ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular. En los valles floridos, a la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, mientras la divina cigarra enfurecida por el calor del mediodía, deja oír su agudo canto; cuevas profundas, en que jugueteo con las ninfas de los montes, me abrigan en invierno, y en primavera picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decirles a los jueces una palabra sobre el premio, si no le adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Paris (66). En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurim (67) no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en vuestros bolsillos y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevaremos sus techos en forma de alas de águila. Si conseguís una magistratura y queréis robar algo, armaremos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si váis a un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicáis el premio, ya podéis proveeros de sombrillas como las de las estatuas (68): que el que no la lleve nos las pagará todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

(63) Pueblo imaginario de Aristófanes, cuya radical significa «llorar».

(64) Este mes empezaba, según el ciclo de Harpalo, el 6 de mayo, y según el de Meton, el 28 de marzo. Llamábase así por las fiestas muniquias en honor de Artemis.

(65) Diágoras, después de la destrucción de Melos, su patria, se estableció en Atenas, distinguiéndose por su impiedad.

(66) Después de su juicio para la adjudicación de la manzana de oro.

(67) Las monedas atenienses tenían grabada una figura de lechuza. Estas monedas acabaron por llamarse lechuzas.

(68) Era costumbre colocar sobre las estatuas unas cubiertas de metal para librarlas de las inmundicias de los pájaros.

PISTETERO.-El sacrificio, aves, ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningún mensajero para anunciarnos cómo va la obra. ¡Ah! Ahí viene uno, corriendo sin aliento.

MENSAJERO PRIMERO.-¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde está Pistetero, nuestro jefe?

PISTETERO.- Aquí estoy.

MENSAJERO PRIMERO.-Ya están en pie las murallas.

PISTETERO.-Excelente noticia.

MENSAJERO PRIMERO.-Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es

tan grande, que si Proxénides, el fanfarrón y Teógenes se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como los de Troya, pasarían sin dificultad.

PISTETERO.-¡Oh, Heracles!

MENSAJERO PRIMERO.-Su altura, que yo mismo he medido, es de cien orgías (69).

PISTETERO.-¡Por Poseidón! ¡que altura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

MENSAJERO PRIMERO.-Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De África vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras, las cuales, después de arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los ladrillos. Los chorlitos y demás aves fluviales subían al aire el agua de la tierra.

PISTETERO.-¿Quiénes traían el mortero?

MENSAJERO PRIMERO.-Las garzas, en gamellas.

PISFETERO.-Pero ¿cómo pudieron echarlo en las gamellas?

MENSAJERO PRIMERO.-Es una invención ingeniosísima. Los gansos revolvían con sus patas, a guisa de paletas, el mortero, y después lo echaban en las gamellas.

PISTETERO.-¡Qué no hubieran hecho con manos!

MENSAJERO PRIMERO.-Era de ver cómo traían ladrillos los ánades. También ayudaban a la faena las golondrinas, trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

PISTETERO.-¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero dime: ¿Quiénes labraron las maderas necesarias?

MENSAJERO PRIMERO.-Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oía un ruido parecido al de los arsenales.

Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos, y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas; hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero corro a lavarme; a tí te toca terminar la obra.

EL CORO.-¿Qué te ocurre? ¿Te admiras de la presteza con que el muro ha sido construido?

PISTETERO.-Sí, por cierto; es cosa digna de admiración: parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad, con marcial continente.

MENSAJERO SEGUNDO.-Iu, iu, iu, iu; iu.

PISTETERO.-¿Qué pasa?

MENSAJERO SEGUNDO.-Algo muy indigno. Uno de los dioses de la corte de Zeus, después de atravesar las puertas, ha penetrado en el aire, burlando la vigilancia de los grajos que dan la guardia de día.

PISTETERO.-¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es ese?

MENSAJERO SEGUNDO,-Lo ignoramos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTETERO.-¿Por qué no habéis lanzado en seguida guardias en su persecución?

MENSAJERO SEGUNDO.-Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar lejos; si no me engaño, helo ahí.

PISTETERO.-¡Aprestemos la honda y el arco! Aquí, amigos; disparad todas vuestras saetas; dadme una honda.

EL CORIFEO.-Declárase una guerra, una guerra inaudita entre los dioses y yo. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan, para que ningún dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

PISTETERO.-¡Eh, tú! ¿Adónde vuelas? Estate quieta, inmóvil. ¡Alto! Detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

IRIS.- *(Que llega en forma de una joven, con aureola y provista de alas.)* Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTETERO.-¿Cómo te llamas, navío o casco? (70).

IRIS.-Iris la rápida.

PISTETERO.-¿De Paralos o de Salamina?

IRIS.-¿Qué quieres decir?

PISTETERO.- Digo si no habrá por ahí un buen macho que se abata volando sobre tí para cubrirte.

IRIS.-¿Qué se abata sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

PISTETERO.-Vas a llorar a mares.

IRIS.-Pero esto es absurdo.

PISTETERO.-¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran impura?

IRIS,-¿Por qué puerta? Lo ignoro.

PISTETERO.-¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitán de los grajos? Responde. ¿Traes un pasaporte autorizado con el sello de las cigüeñas?

IRIS.-¿Qué calamidad es esa?

PISTETERO.-¿No lo traes?

IRIS.-Tú no debes estar en tu sano juicio.

PISTETERO.-¿No te ha enviado un salvoconducto algún jefe de las aves?

IRIS.-No, por Zeus; nadie me ha dado ningún pase.

PISTETERO.-¿Y es así, en silencio como te has atrevido a llegar por el aire a una ciudad extranjera?

IRIS.-¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

PISTETERO.-No lo sé, por Zeus; pero no por aquí. Lo cierto es que has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de tí y moriría la bella Iris?

IRIS.-Pero yo soy inmortal.

PISTETERO.-No por eso dejarías de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los seres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándose de insolentes y negándose a obedecer a los más fuertes. Vamos, contesta: ¿adónde dirigías tu vuelo?

IRIS.-¿Yo? Traigo encargo de mi padre de ordenar a los hombres que ofrezcan víctimas a los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

PISTETERO.-¿Qué dices? ¿A qué dioses?

IRIS.-¿A qué dioses? A nosotros, a los dioses del cielo.

PISTETERO.-Pero ¿vosotros sois dioses?

IRIS.-Pues qué, ¿hay otros?

PISTETERO.-Sí; las aves son ahora los dioses de los hombres; y es a ellas a quienes, por Zeus, han de ofrecerse los sacrificios y no a Zeus.

IRIS.-¡Ah, insensato! No desencadenes las terribles pasiones de los dioses; guárdate de que la Justicia, armada del terrible azadón de Zeus no extirpe de raíz toda tu raza; cuida de que sus rayos vengadores no te reduzcan a cenizas con todos tus palacios.

PISTETERO.-¡Bueno! Ahórrate esas tiradas enfáticas y no te muevas. ¿Crees que me vas a espantar con ese lenguaje, como si fuese algún esclavo lidio o de la Frigia? Sabe que si Zeus me sigue molestando, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfión.

Entérate de que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones (71), cubiertos con pieles de leopardos. Y cuenta que uno sólo le dio mucho que hacer. En cuanto a tí, como sigas con tus impertinencias te levantaré las piernas, te separaré los muslos y, por muy Iris que seas, te asombrarás del vigor con que, a pesar de mis muchos años, puedo encajarte tres veces el espolón.

IRIS.-¡Así revientes, viejo estúpido, con tus palabras!

PISTETERO.-¿Te marchas o no? ¡Largo de aquí!

IRIS.-Ten la seguridad de que mi padre pondrá fin a tus insolencias.

PISTETERO.-¡Ay, qué miedo! ¡Vuela, vuela, vete a turbar con el humo y el hollín de tus

rayos a otros más jóvenes que yo!

EL CORO.-Queda prohibido a los dioses, hijos de Zeus, el paso por nuestra ciudad, prohíbese también a los mortales, cuando les ofrezcan sacrificios, que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

PISTETERO.-Es extraño que el heraldo que envié a los hombres, aún no esté de vuelta.

(70) Navío, por las alas que le sirven de velas o de remos; y casco por el penacho.

(71) Nombre de un pájaro y de un gigante.

UN HERALDO .-*(Que llega con una corona de oro.)* ¡Oh, feliz Pistetero! ¡Oh, sapientísimo! ¡Oh, celebérrimo! ¡Oh, hermosísimo! ¡Oh, felicísimo! ¡Oh ...! Déjame hablar.

PISTETERO.-¿Qué estás diciendo?

EL HERALDO.-Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

PISTETERO.-La acepto; pero ¿por qué los pueblos me confieren tan señalado honor?

EL HERALDO.-Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimación en que te tienen los mortales, y la afición extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres, atacados de lacomanía, se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivían socráticamente, y llevaban bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos a la vez del lecho y vuelan, como nosotros, a su pasto habitual; después se dirigen a los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande, que muchos llevan nombres de volátiles; un tabernero cojo, se llama perdiz; Meuipo, golondrina; Opucio, cuervo tuerto; Filo, cles, alondra; Teógenes; ganso-zorro; Licurgo, ibis; Querofón, murciélago; Siracosio, urraca y Midias se llama codorniz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza. La pasión por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas o, por lo menos, algo de plumaje.

Así anda la cosa. ¡Ah!, te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por consiguiente, ya puedes hacer provisión de plumas para los nuevos huéspedes.

PISTETERO.-Entonces no hay tiempo que perder. Anda, llena de alas todos los cestos y cestillos, y dile a Manes (72), que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir a los que vengan.

CORO.-Nuestra ciudad no tardará en llamarse «La Populosa.»

PISTETERO.-¡Que la fortuna nos favorezca!

CORO.-El amor a nuestra ciudad se propaga.

PISTETERO .-(*A1 esclavo.*) Trae eso pronto.

CORO.-¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansión? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales y el plácido semblante de la querida Paz.

PISTETERO.-¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

CORO.-Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse a palos, como lo hago yo; es más pesado que un asno.

PISTETERO.-Sí, Manes es un perezoso.

CORO.-Tú, pon en orden esas alas, las musicales, las proféticas, las marítimas. Procura después que cada cual se lleve las que le convengan.

PISTETERO .-(*A Manes*) ¡Ah, lo juro por los cernícalos! Esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardón. (*Golpea a Manes y éste huye.*)

UN PARRICIDA.-¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar!

PISTETERO.-Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando a las águilas.

EL PARRICIDA.-¡Oh, nada tan delicioso como volar! Yo adoro las leyes de los pájaros; la afición a las aves me enajena; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros; me apasionan vuestras leyes.

PISTETERO.-¿Cuáles? Porque las aves tienen muchas clases de leyes.

EL PARRICIDA.-Todas; pero principalmente una en virtud de la cual es lícito a un pájaro morder a su padre y retorcerle el pescuezo.

PISTETERO.-Es verdad; nosotros tenemos por muy valiente al que pollito aún, le pega a su padre.

(72) *Nombre de esclavo.*

EL PARRICIDA.-Por eso he emigrado a esta región; deseo estrangular a mi padre para heredar todos sus bienes.

PISTETERO.-Pero tenemos también otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la cigüeña haya criado a sus hijos y los haya puesto en disposición de volar, éstos tendrán a su vez obligación de alimentar a sus padres.»

EL PARRICIDA.-¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener a mi padre!

PISTETERO.-No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido a nosotros, te emplumaré como conviene a un pájaro huérfano. Además, pobre joven, te daré un buen consejo que aprendí en mi niñez. No maltrates a tu padre; coge esta ala en una mano y ese

espolón en la otra; figúrate que tienes una cresta de gallo, y haz guardias; vete a la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz a tu padre. Ya que eres tan belicoso dirige tu vuelo a Tracia y combate allí.

EL PARRICIDA.-¡Por Dionysos! Tu consejo me parece excelente, y lo seguiré. *(Se va.)*

PISTETERO.-Obrarás discretamente, por Zeus.

CINESIAS.-(Poeta ditirámico, saliendo.) Vuelo al Olimpo con ligeras alas; y a su batir resuelto voy cruzando las sendas de la alegre poesía...

PISTETERO.-Este va a necesitar un fardo entero de alas.

CINESIAS.-Otras nuevas buscando, Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

PISTETERO.-Un abrazo a Cinesias, el Tilo. ¿A qué vienes dando vueltas a tu pie cojo?

CINESIAS.-Quiero, ansío ser ave, Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

PISTETERO.-Basta de música, y explícame tus deseos.

CINESIAS.-Ponme alas, pues anhelo subir por los aires y recoger de las nubes nuevos cantos, aéreos y caliginosos.

PISTETERO.-¿Cantos en las nubes?

CINESIAS.-Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos, caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

PISTETERO.-No, no oigo nada.

CINESIAS.-Pues oirás, mal que te pese:

En forma de volátil,

Cuyo ondulante cuello

Surca del éter fúlgido

La azul inmensidad,

Recorreré los aires,

Que te obedecen ya.

PISTETERO.-¡Eh, hop! ¡Basta!

CINESIAS.-¡Ah! ¡Quién con vuelo rápido!

Al hálito vehemente

Cediendo de los ímpetus

De indómito Aquilón,

Pudiera sobre el piélagos

Cernerse bramador!

PISTETERO.-¡Ya reprimiré yo tus hálitos e ímpetus...!

CINESIAS.-Y ora hacia el Noto cálido

Enderezando el vuelo,
Ora a la región frígida
Del Bóreas glacial,
El oleaje férvido
Del éter...

(A Pistetero, que le apalea.) ¡Anciano! ¡Anciano! ¡Vaya una hábil e ingeniosa invención!

PLSTETERO.-¿No deseabas volar?

CINESIAS.-¿Así tratas a un poeta ditirámbico que se disputan todas las tribus?

PISTETERO.- ¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar a la tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides? (73).

CINESIAS.-Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

UN SICOFANTE .-*(Es decir, un delator.)*

Dí, golondrina de alas esplendentes
Por la Febea luz tornasolada,
¿Quiénes son esas aves indigentes
De tan varios plumajes adornadas?

PISTETERO.-El mal toma serias proporciones. Otro, que se acerca zumbando.

EL SICOFANTE. Por la Feba luz tornasolada, repito.

PISTETERO.-Creo que esa canción la dirige a su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina (74).

EL SICOFANTE.-¿Quién distribuye alas a los recién llegados?

PISTETERO.-YO mismo; pero es preciso decir para qué.

EL SICOFANTE.-¡Alas! ¡Necesito alas! No me preguntes más.

PISTETERO.-¿Acaso quieres volar en línea recta a Pelene?

EL SICOFANTE.-No, por Zeus; soy acusador de las islas, un delator...

PISTETERO.-¡Buen oficio!

EL SICOFANTE.-E investigador de pleitos. Quiero tener alas para girar con rapidez mi visita a las ciudades y citar a los acusados.

PISTETERO.-¿Los citarás mejor teniendo alas?

EL SICOFANTE.-No, por Zeus; pero podré librarme de ladrones y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

PISTETERO.-¿Y ésa es tu ocupación? ¿Cómo siendo joven y robusto, te dedicas a delatar extranjero?

(73) Leotrófides era un poeta ditirámico notable por su flacura y palidez.

(74) Es decir, de la primavera, porque su raído manto no le podía librar del frío.

PISTETERO.-Pero, por Zeus, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcidor de procesos.

EL SICOFANTE.-Amigo mío, no te pido consejos, sino alas.

PISTETERO.-Ya te doy alas con mis palabras.

EL SICOFANTE.-¿Cómo puedes con palabras dar alas a un hombre?

PISTETERO.-Las palabras dan alas a todos.

EL SICOFANTE.-¿A todos?

PISTETERO.-¿No has oído muchas veces en las barberías a los padres decir hablando de los jóvenes: «Son terribles las alas para la equitación que le han dado a mi hijo las palabras de Diitrefes» (75). «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginación ha dirigido su vuelo a la tragedia.»

EL SICOFANTE.-¿Luego las palabras dan alas?

PISTETERO.-Ya te he dicho que sí; ellas elevan el espíritu y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles consejos pretendo yo levantar tu vuelo a una profesión más honrada.

EL SICOFANTE.-Pero yo no quiero.

PISTETERO.-Pues ¿qué harás?

EL SICOFANTE.-No quiero desmerecer de mi raza; el oficio de delator está vinculado a mi familia. Dame, pues, rápidas y ligeras alas de gavián o cernícalo para que, en cuanto haya citado a los isleños, pueda regresar a Atenas a sostener la acusación y volar en seguida a las islas.

PISTETERO.-Comprendo: a fin de que el isleño sea condenado aquí antes de llegar.

EL SICOFANTE.-Precisamente.

PISTETERO.-Y después, mientras él navega en esta dirección, volar tú allá y arrebatarle todos sus bienes.

EL SICOFANTE.-Exacto. Deseo ser una verdadera peonza.

(75) Diitrefes era un rico ateniense que tenía muchos caballos.

PISTETERO.-A propósito de peonzas; tengo aquí unas excelentes alas de Corcira (76).

EL SICOFANTE.-¿Pobre de mí! ¡Es un azote!

PISTETERO.-¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. *(Al esclavo.)* Recojamos las alas y partamos.

CORO.-En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increíbles prodigios. Hay lejos de Cardias (77) un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay también un país, junto a la región de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto por la noche; cuando ésta llega, su encuentro es peligroso. Pues si algún mortal tropezare entonces con Orestes (78), sería despojado de sus vestidos y molido a palos de pies a cabeza.

(Llega Prometeo ocultando el rostro.)

PROMETEO.-¿Desgraciado de mí! Procuremos que no me vea Zeus. ¿Dónde está Pistetero?

PISTETERO.-¡Oh! ¿Qué es ésto? ¿Qué significa ese disfraz?

PROMETEO.-Ves algún dios detrás de mí?

PISTETERO.-Ninguno, por Zeus, no veo ninguno; pero tú ¿quién eres?

PROMETEO.-¿En qué momento del día nos encontramos?

PISTETERO.-Es algo más del medio día; pero tú ¿quién eres?

PROMETEO.-¿Es el declinar del día o más tarde?

PISTETERO.-!Pero qué hombre más fastidioso!

(76) Esto se lo dice Pistetero enseñándole al Sicofante unos azotes de cuero. Los de Corcira tenían fama.

(77) Cardias era una ciudad de Tracia, cuyo nombre significa corazón o valor. Esto y lo siguiente son burlas sobre la cobardía de Cleónimo, tantas veces mencionada.

(78) Célebre ladrón, cuyo encuentro era peligroso de noche.

PROMETEO.-¿Qué hace Zeus? ¿Disipa o amontona las nubes? (79).

PISTETERO.-¿Déjame en paz!

PROMETEO.-Entonces, me descubriré.

PISTETERO. *-(Reconociéndole.)* ¡Oh, mi querido Prometeo!

PROMETEO.-!Cuidado! ¡Cuidado! ¡No grites!

PISTETERO—¿Qué ocurre?

PROMETEO.-¡Silencio! No pronuncies mi nombre; si Zeus llega a verme aquí, estoy perdido. Cúbreme la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses y te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

PISTETERO.-Excelente idea, digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

PROMETEO.-Escucha, pues.

PISTETERO.-Habla; te escucho.

PROMETEO.-Zeus está perdido.

PISTETERO.-¿Desde cuándo?

PROMETEO.-Desde que fundasteis esta ciudad en el aire. Ningún mortal ofrece ya sacrificios a los dioses, ni sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las Tesmoforias (80). Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los ¡lirios, y amenazan bajar contra Zeus, si no hace que vuelvan a abrirse los mercados para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

PISTETERO.-Luego ¿hay dioses bárbaros que están sobre vosotros?

PROMETEO.-Pues si no hubiese dioses bárbaros, ¿cuál podría ser el patrón de Execéstides? (81).

PISTETERO.-¿Y cómo se llaman esos dioses?

PROMETEO.-¿Cómo? Tribalos (82).

(79) Prometeo trata de saber si está el cielo cubierto o despejado.

(80) Fiestas en honor de Deméter; duraban cinco días y se ayunaba el tercero.

(81) Apolo era el patrono de los ciudadanos de Atenas; como Execéstides era extranjero, su patrono debía de serlo también.

(82) Nombre de un pueblo de Tracia, cuyos pobladores eran considerados por los atenienses como salvajes.

PISTETERO.-Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren» (83).

PROMETEO.-Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Zeus y de los Tribalos superiores; pero vosotros no debéis concertar pacto alguno mientras Zeus no restituya el cetro a las aves y te dé por esposa a la Realeza.

PISTETERO.-¿Quién es la Realeza?

PROMETEO.-Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Zeus, y a cuyo cargo están todas las demás cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina; las calumnias, la tesorería y el pago del trióbolo.

PISTETERO.-¿Es, pues, una intendente general?

PROMETEO.-Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho a los hombres.

PISTETERO.-Es verdad; tú eres el único dios a quien debemos el carbón para hacer nuestros asados.

PROMETEO.-Sabes también que aborrezco a todos los dioses.

PISTETERO.-Sí, por Zeus; tú fuiste siempre su enemigo.

PROMETEO.-Un verdadero Timón (84) para ellos. Pero dame la sombrilla para que me vaya cuanto antes; si Zeus me ve así desde el cielo, creerá que voy siguiendo a una canéfora.

PISTETERO.-Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

CORO.-En los confines de los Esciápodas (85) hay un pantano donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates: allá fue también Pisandro (86) pidiendo ver su alma, que le había abandonado en vida; traía un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dio un paso atrás como Ulises; después, Querofón el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

Se presentan ante Pistetero Poseidón, Heracles y un dios Tribalo.

POSEIDÓN.-Estamos a la vista de Nefelococigia, a cuya ciudad venimos de embajada. *(Al Tribalo.)* ¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho? ¡Cómo, desdichado! ¿Tendrás el mismo defecto que Lespodias? (87). ¡Oh, democracia! ¿Adónde vamos a parar si es ese el representante designado por los dioses? ¿Te estarás quieto? ¡Peste de tí! Eres sin duda el dios más bárbaro que he conocido nunca. Dime, Heracles ¿qué vamos a hacer?

HERACLES.-Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea quien sea, al hombre que ha interceptado toda comunicación con los dioses, erigiendo esas murallas.

POSEIDÓN.-Pero, amigo mío, a lo que hemos sido enviados es a tratar de la paz.

HERACLES.-Razón de más para estrangularle.

PISTETERO.-*(Fingiéndolo no haber visto a los dioses.)* Alárgame el rallador; trae silfio; dame queso; atiza los carbones.

HERACLES.-*(Dulcificando la voz a la vista de los preparativos culinarios.)* Mortal, tres dioses te saludan.

PISTETERO. Ahora lo cubro con silfio.

HERACLES.-¿Qué manjares son esos?

PISTETERO.-Son unas aves que se han sublevado contra el partido democrático; se las ha condenado como culpables.

HERACLES.-¿Y las espolvoreas primero con silfio?

PISTETERO—¡Salud, Heracles! ¿Qué ocurre?

HERACLES.-Venimos en embajada de parte de los dioses para negociar el armisticio.

UN CRIADO.-Ya no queda aceite en la alcuza.

PISTETERO.-Pues estas aves tienen que estar bien rehogadas.

(83) Triturar en griego tiene cierta semejanza con tribalo.

(84) Célebre, misántropo.

(85) Seres fabulosos que habitaban en la zona tórrida. Sus pies eran más grandes que el resto del cuerpo, de suerte que cuando el calor se dejaba sentir con exceso, adoptaban la posición cuadrúpeda, y se servían de uno de sus pies como de quitasol, de donde les vino el nombre de esciápodas. Aristófanes coloca a los filósofos socráticos en este país, para indicar su constitución física empobrecida por las cavilaciones y su desaseo.

(86) Orador notable por su cobardía.

(87) General que para cubrirse las úlceras de las piernas se dejaba caer el manto.

HERACLES.-Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendréis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de días serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular estas cuestiones.

PISTETERO.-Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos a concertar la paz que deseáis si os avenís a una condición equitativa y es la de que Zeus nos devuelva el cetro a las aves. Después de arreglado este particular, invito a los embajadores a comer.

HERACLES.-POr mí, de acuerdo, y declaro...

POSEIDÓN.-¿Pero qué? ¡Desdichado! Eres glotón e imbécil. ¿Así piensas despojar a tu padre del poder supremo?

PISTETERO.-Te equivocas. ¿Acaso no seréis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de las nubes, y bajando la cabeza, los mortales blasfeman impunemente contra vosotros; pero si tuvieseis por aliadas a las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Zeus, el cuervo se acercaría furtivamente al perjuro y le saltaría un ojo de un picotazo.

POSEIDÓN.-¡Bien hablado, por Poseidón!

HERACLES.-Lo mismo digo.

PISTETERO .-(Al Tribalo.) Y tú ¿qué opinas?

EL TRIBALO.-Nabaisatreu (88).

PISTETERO.-¿Lo ves? También está de acuerdo. Oid otra de las ventajas que os proporcionará nuestra alianza. Si un hombre ofrece un sacrificio a alguno de vosotros, y

después difiere su realización diciendo: «Los dioses tendrán paciencia», y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligaremos.

POSEIDÓN.-¿Cómo? ¿De qué manera?

PISTETERO.-Cuando nuestro hombre esté contando su dinero o sentado en el baño, un gavilán le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios defraudado.

HERACLES.-Confirmando mi declaración de que debe dársele el cetro.

POSEIDÓN.-Consúltalo también con Tribalo.

HERACLES.-¡Eh Tribalo! ¿Quieres... una buena zurra?

EL TRIBALO.-Sauna. Cabactaricrousa.

HERACLES.-Dice que también está de acuerdo.

POSEIDÓN.-ellos si los dos sois de esa opinión, yo me adhiero a ella.

HERACLES. -(A Pistetero) Consentimos, como quieres, en la devolución del cetro.

PISTETERO.-Se me olvidaba, por Zeus, otra condición) Le dejo Hera a Zeus; pero exijo que éste me dé por esposa a la joven Realeza.

POSEIDÓN.-Está visto que no deseas la reconciliación. Retirémonos.

PISTETERO.-POCO me importa ¡Cocinero, cuida de que esté bien sabrosa la salsa!

HERACLES.-¿Qué hombre tan particular es éste Poseidón1 ¿Adónde vas? ¿Habremos de hacer la guerra por una mujer?

POSEIDÓN.-¿Y qué quieres que hagamos?

HERACLES.-¿Qué? La paz.

POSEIDÓN.-!Cómo! ¿No comprendes, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te arruinas. Si Zeus muere después de haberles cedido a esas gentes el poder, quedarás reducido a la miseria, pues a tí han de pasar todos los bienes que tu padre deje a su muerte.

PISTETERO.-¡Oh, infeliz! ¡Cómo trata de confundirte) Ven acá y te diré lo que hace al caso. Tu tío te engaña, pobre amigo; según la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres un bastardo y no un hijo legítimo.

HERACLES.-¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

PISTETERO.-La pura verdad; por ser hijo de una mujer extranjera.

Y si no, dime: ¿cómo Atenea, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Zeus si tuviera hermanos legítimos?

(88) *Jerga ininteligible.*

HERACLES.-¿Y si mi padre al morir me lega la parte co-rrespondiente a los hijos

naturales?

PISTETERO.-La ley no se lo permite. El mismo Poseidón, que ahora te jalea, será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solón: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia debe pasar a los colaterales más próximos.»

HERACLES. ¿Luego no tengo ningún derecho para heredar a mi padre?

PISTETERO.-Ninguno absolutamente. Pero dime: ¿se cuidó tu padre de inscribirte en el registro de los miembros de su fratria? (89).

HERACLES.-No, por cierto; y la verdad, ya hace tiempo que esto me extraña.

PISTETERO.-Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Si pasas a ser uno de los nuestros yo haré de tí el jefe supremo y tendrás cuanto apetezcas.

HERACLES.-Pues bien; creo justa tu petición de la doncella, y te la concedo.

PISTETERO .-(A Poseidón.) Y tú, ¿qué dices?

POSEIDÓN.-Yo me opongo.

PISTETERO.-Todo depende ahora del Tribalo. ¿Qué opinas tú?

EL TRIBALO.-Maka donkila reala Kolondri cedo.

HERACLES.-El Tribalo también opina que hay que cedérsela.

POSEIDÓN.-No, por Zeus; no dice que se la concede, sino en caso de que emigre como las golondrinas.

PISTETERO.-Luego dice que es necesario concedérsela a las golondrinas.

POSEIDÓN.-Arreglaos los dos como podáis, y estipulad las condiciones; yo, puesto que así lo queréis, me callaré.

HERACLES.-Nos place concederte cuanto pides. Vente pronto con nosotros al cielo y se te entregará la Realeza y todo lo demás.

PISTETERO.-¡He ahí unas aves sacrificadas con gran oportunidad para las bodas)

HERACLES.-¿Queréis que entre tanto me quede yo a asarlas? Vamos, marcháos ya.

POSEIDÓN.-¿Tú asarlas? ¿Cómo qué no vas a venir con nosotros, desvergonzado glotón?

HERACLES.-¡Ya me relamía de gusto)

PISTETERO.-¿Vamos, que me traigan un vestido nupcial)

EL CORO.-En Fanes, junto a la Clepsidra, vive la industriosa raza de los Englotogastros (90), que sigan, siembran, vendimian y recogen los higos con la lengua; son de condición bárbara, y entre ellos se encuentran los Gorgias y Filipos (91). Estos Filipios Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Atica la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas.

EL MENSAJERO.- (*Declamando.*)

Vosotros a quienes todo sale bien, mejor de como puede decirse tres veces dichosa gente
volante de las aves
en su rico palacio recibid a vuestro Señor.
Ya se acerca, y con tal esplendor
como jamás se vió astro alguno en su mansión de oro lucir,
ni del sol que brilla a lo lejos surgir luces
tan chispeantes; viene dándole el brazo
a su Esposa, belleza indescriptible
y blandiendo el rayo alado, arma de Zeus.
Un aroma indecible hacia el alto cielo
se eleva -bello espectáculo- y brisas de incienso
dispersan espesas espirales de humo.
¡Mas hele aquí! Es él. De la Musa propicia
hay que lanzar los sagrados, los propicios acentos.

(89) Formalidad que sólo se llenaba con los hijos legítimos.

(90) Palabra compuesta de dos que significan lengua y vientre, es decir, los que viven del producto de su lengua.

(91) Gorgias, célebre retórico y sofista. Platón dio su nombre a uno de sus más bellos diálogos. Filipo se cree que era un delator.

EL CORO.-Retroceded, apartaos, abrid paso, revolotead en feliz enjambre alrededor de ese santo. ¡Feu, feu! ¿Qué de gracias! ¡Qué de bellezas! ¡Oh tú, cuyo himen es tan favorable a esta ciudad!

EL CORIFEO.-Grandes, inmensos beneficios han recibido las aves, gracias a ese hombre. Hay que acogerle, así como a la Reina, con cantos himeneos y nupciales.

EL CORO.-La unión de Hera la olímpica y del gran Rey, que desde su alto trono impera sobre los otros dioses fué celebrado por las divinas Pareas con cantos como éste: ¡Oh, himen, oh himeneo! El floreciente Eros con sus alas de oro conducía tirando de las riendas, jefe del cortejo nupcial de Zeus y de la dichosa Hera.

PISTETERO.-Me regocijan vuestros himnos y vuestros cánticos; estoy encantado con vuestras palabras. ¡Celebrad a la vez los truenos subterráneos y los brillantes relámpagos de Zeus y el fulgor terrible de su rayo!

EL CORO.-¡Oh potente luz de oro de los relámpagos, oh centella inmortal de Zeus, truenos de rugir subterráneo que hacéis caer la lluvia y con los que ese hombre levanta ahora la tierra, dueño de todo gracias a tí; y que también tiene a su lado a la Realeza,

protegida de Zeus. ¡Oh himen, oh himeneo!

PISTITERO.-Escuchad ahora los esposos, y vosotras todas, razas de volátiles que vivís en común. Id hasta el país de Zeus, junto al lecho nupcial. Dame la mano, oh bienaventurada, tómame por las alas y bailemos; yo te cogeré, a mi vez, para alzarte en el aire.

EL CORO.-¡Alalá! ¡Ie, pean! ¡Viva, viva el glorioso vencedor, el más poderoso de los dioses!

Lisístrata

Aristofanes

PERSONAJES:

LISÍSTRATA, mujer ateniense.

CLEONICE, su vecina.

MÍRRINA, otra ateniense.

LAMPITO, mujer espartana.

CORO DE ANCIANOS.

CORO DE MUJERES.

EL COMISARIO ATENIENSE.

MUJER 1.a

MUJER 2.a

MUJER 3.a

MUJER 4.a

CINESIAS, marido de Mírrina.

EL HIJO DE CINESIAS.

EL HERALDO ESPARTANO.

EL PRÍTANIS ATENIENSE.

EL LACONIO, embajador espartano.

UN ATENIENSE.

PERSONAJES MUDOS: una beocia; una corintia; mujeres atenienses; arqueros; un esclavo de Cinesias; embajadores espartanos; atenienses; Conciliación; esclavas.

Se divisa la Acrópolis de Atenas al fondo. Es de mañana, y aparece en escena LISÍSTRATA.

LISÍSTRATA. Si las hubieran invitado a una fiesta de Baco (1), a una gruta de Pan (2), o al promontorio Colíade, al templo de la Genetílide (3), no se podría ni siquiera pasar por culpa de sus tambores (4). Pero, así, ahora todavía no se ha presentado ninguna mujer. (CLEONICE *sale de su casa.*) Bueno, aquí (5) sale mi vecina. ¡Hola, Cleonice!

CLEONICE. Hola, tú también, Lisístrata. ¿Por qué estás preocupada? No pongas esa cara, hija mía, que no te cuadra arquear las cejas.

LISÍSTRATA. Cleonice, estoy en ascuas y muy afligida por nosotras las mujeres, porque entre los hombres tenemos fama de ser malísimas...

CLEONICE. Es que lo somos, por Zeus.

LISÍSTRATA.... y cuando se les ha dicho que se reúnan aquí para deliberar sobre un asunto nada trivial se quedan dormidas y no vienen.

CLEONICE. Ya vendrán, querida. Difícil resulta para las mujeres salir de casa: una anduvo ocupada con el marido; otra tenía que despertar al criado; otra tenía que acostar al niño; otra lavarlo; otra darle de comer.

LISÍSTRATA. Pero es que había para ellas otras cosas más importantes que ésas.

CLEONICE. ¿De qué se trata, querida Lisístrata, el asunto por el que nos convocas a nosotras las mujeres? ¿En qué consiste, de qué tamaño es?

LISÍSTRATA. Grande.

CLEONICE. ¿Es también grueso?

LISÍSTRATA. Sí, por Zeus, muy grueso.

CLEONICE. Entonces, ¿cómo es que no hemos venido? (5).

LISÍSTRATA. No es eso que piensas: si no, ya nos habríamos reunido rápidamente. Se trata de un asunto que yo he estudiado y al que he dado vueltas y más vueltas en muchas noches en blanco.

CLEONICE. Seguro que es delicado eso a lo que has dado vueltas y vueltas.

LISÍSTRATA. Sí, tan delicado que la salvación de Grecia entera estriba en las mujeres.

CLEONICE. ¿En las mujeres? Pues sí que tiene pocas agarraderas.

LISÍSTRATA. Cuenta que están en nuestras manos los asuntos de la ciudad; si no, hazte a la idea de que ya no existen los peloponesios... (6).

CLEONICE. Mucho mejor que ya no existan, por Zeus.

LISÍSTRATA.... y de que los beocios perecerán todos, por completo.

CLEONICE. No, todos no; excluye las anguilas (7).

LISÍSTRATA. De Atenas no voy a pronunciar nada de ese estilo: adivina tú mis pensamientos. Pero si se reúnen aquí las mujeres, las de los beocios, las de los peloponesios y nosotras, salvaremos todas juntas a Grecia.

CLEONICE. Y, ¿qué plan sensato o inteligente podrían realizar las mujeres si lo nuestro es permanecer sentadas, bien pintaditas, luciendo la túnica azafranada y adornadas con el vestido recto (8) y con las zapatillas de moda?

LISÍSTRATA. Pues eso mismo es lo que espero que nos salve: las tunicuillas azafranadas, los perfumes, las zapatillas, el colorete (9) y las enaguas transparentes.

CLEONICE. Y, ¿de qué manera?

LISÍSTRATA. De manera que de los hombres de hoy en día ninguno levantará la lanza contra otro...

CLEONICE. Entonces, ¡por las dos diosas! (10), me haré teñir una túnica de azafrán.

LISÍSTRATA.... ni cogerá el escudo...

CLEONICE. Voy a ponerme el vestido recto.

LISÍSTRATA. ... ni el puñal.

CLEONICE. Voy a comprarme unas zapatillas de moda.

(1). Baco es uno de los nombres de Dioniso.

(2). Pan es divinidad de los rebaños, pertenece al cortejo de Dioniso y está muy relacionado con la sexualidad.

(3). Genetílida era el sobrenombre de una diosa del parto; tal vez en tiempos de Aristófanes se asociaba a la diosa Afrodita, que tenía un templo en el promontorio Colíade.

(4). Como puede verse en algunas pinturas sobre cerámica, las mujeres usaban tambores en el culto a Dioniso.

(5). Piensa en el pene.

(6). El Peloponeso es la península meridional de Grecia, de sus habitantes los más importantes eran los espartanos, los principales enemigos de Atenas.

(7). Las anguilas de Beocia eran renombradas.

(8). Sin cinturón.

(9). El colorete, literalmente el «onoquiles» (égchousa o ánchousa) o «anchousa

tinctoria», planta de la que se obtenía el rojo para el colorete.

(10). Deméter y su hija Perséfone.

LISÍSTRATA. ¿Pero no tenían que estar aquí ya las mujeres?

CLEONICE. No sólo eso, por Zeus, sino que hace ya rato que tenían que haber llegado volando.

LISÍSTRATA. Pero mujer, ya verás cómo resultan ser muy del Ática: hacen todo después de la hora. La cosa es que ni siquiera ha venido ninguna mujer de los costeños (11) ni de Salamina (12).

CLEONICE. Pues por lo menos estas últimas, yo sé que al amanecer han separado las piernas para montar sobre... los barcos (13).

LISÍSTRATA. Ni siquiera las que yo esperaba y calculaba que estarían aquí las primeras, las de los Acarnienses (14), ni éstas han venido.

CLEONICE. Por lo menos, la mujer de Teógenes (15), para venir aquí, empinó... (*Hace ademán de beber*)... la vela (16). Pero aquí están, ya se acercan algunas.

LISÍSTRATA. También llegan estas otras.

(11). Literalmente «los Páralos» (páraloi), los que vivían en la parte costera del Ática.

(12). Salamina, isla (y ciudad) situada en el Golfo Sarónico, muy próxima a Atenas.

(13). El verbo diabaíno (aquí diabebekasi) significa tanto «atravesar» como «separar las piernas», y el sustantivo kéles es «barco ligero» y, a la vez, «caballo de silla». El «caballo de silla» hace pensar en una postura erótica.

(14). De un demo de Atenas, que da nombre a una comedia de Aristófanes.

(15). Teógenes es un político prominente, satirizado con frecuencia en comedia como personaje ambicioso, de muchas palabras y pocos hechos.

(16). He tratado de reflejar la posible ambivalencia de la palabra takáteion. Como sustantivo se refiere a las velas de un barco, pero ákatos, el sustantivo originario, es también el nombre de una copa con forma de barco. No sabemos si ésa es la referencia adecuada.

(Entran MÍRRINA y otras mujeres.)

CLEONICE. Uf, uf, ¿de dónde son?

LISÍSTRATA. De Anagirunte.

CLEONICE. Sí, por Zeus, por lo menos el maloliente «anágiro» (17) me parece que se ha removido.

MÍRRINA (18). ¿Llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué te callas?

LISÍSTRATA. No te elogio, Mírrina, por haber llegado ahora siendo el asunto tan importante.

MÍRRINA. Es que me costó trabajo encontrar el cinturón en la oscuridad. Si hay prisa por algo, anda, dínoslo a las que ya estamos aquí.

CLEONICE. No, por Zeus, vamos a esperar por lo menos un poco a que vengan las mujeres de los beocios y de los peloponesios.

LISÍSTRATA. Lo que has dicho está muy bien. (*Entra LAMPITO con dos muchachas desnudas.*) Aquí viene Lampito. ¡Hola, Lampito, querida laconia (19)! ¡Cómo reluce tu belleza, guapísima!, ¡qué buen color tienes, cómo rebosa vitalidad tu cuerpo! Podrías estrangular incluso a un toro.

LAMPITO (20). Zeguro que zí, azí lo creo yo, pol loh doh diozeh (21), pueh me entreno en er gimnazio y zarco dándome en er culo con loh taloneh (22).

(17). «Anagirunte» (Anagyroûs) es un demo del Ática que toma su nombre de «anágyros», «altramuz del diablo» (Anagyris foetida), planta maloliente. La broma está en el mal olor que desprenden las mujeres de Anagirunte. Wilamowitz cree que anágyros se refiere no a la planta, sino a un pantano maloliente del Ática, que exhala olor al ser removido. Hay otras opiniones.

(18). «Mírrina» se relaciona con el nombre del mirto (myrtos), que designa la planta y el sexo de la mujer. Myrrinon es el adjetivo derivado de «mirto» y es, al tiempo, una de las múltiples denominaciones del glande. Todo ello es adecuado en la escena de los w 845 y ss.

(19). Laconia es el nombre de la región en la que se encuentra la ciudad de Esparta, también llamada Lacedemonia. Lampito habla en dialecto laconio.

(20). «Seguro que sí, así lo creo yo, por los dos dioses, pues me entreno en el gimnasio y salto dándome en el culo con los talones.»

(21) . Los dos dioses son los Dioscuros Cástor y Pólux, hermanos gemelos, hijos de Leda. Habían nacido en Esparta, que los divinizó y los convirtió en protectores nacionales.

(22). Las espartanas se entrenaban como los hombres. El salto descrito se consideraba típico de las muchachas espartanas.

CLEONICE. ¡Qué hermosura de tetas tienes!

LAMPITO (23). Me ehtáh parpando iguá que a una víctima para er zacrifisio.

LISÍSTRATA. Y de estas dos, la jovencita esta de aquí, ¿de dónde es?

LAMPITO (24). Ehta eh de arcurnia, pol loh doh diozeh, una beosia que ha venido adonde uhtedeh.

LISÍSTRATA. Sí, por Zeus, muy de Beocia: ¡menuda llanura tiene! (25).

CLEONICE. Sí, por Zeus, y se ha depilado muy elegantemente el poleo (26).

LISÍSTRATA. ¿Y quién es esta otra chica?

LAMPITO (27). De hente prominente, zí, pol loh doh diozeh: éh corintia.

CLEONICE. Sí, por Zeus, prominente (28), ya se le ve por aquí y por allí.

LAMPITO (29). Y a vé, ¿quién ha reunido ehta tropa de muhereh?

(23). «Me estás palpando igual que a una víctima para el sacrificio.»

(24). «Ésta es de alcurnia, por los dos dioses, una beocia que ha venido hasta vosotros.»

(25) . Beocia se conocía como una llanura de gran fertilidad. Se utiliza aquí edíon con un doble significado, de «llanura» y de «sexo de la mujer».

(26). El poleo entendido como mala hierba en la llanura, aludiendo al vello de la beocia.

(27) . «De gente prominente, sí, por los dos dioses: es corintia.»

(28). Lampito usa una palabra laconia, chala, que significa «genuina, buena, noble»; Cleonice la relaciona con el aspecto físico de la corintia.

(29). «Pero, ¿quién ha reunido esta tropa de mujeres?»

LISÍSTRATA. Yo, aquí.

LAMPITO (30). Dinoh lo que quiereh que agamoh.

CLEONICE. Sí, por Zeus, querida, dinos ese asunto tan importante que te traes entre manos.

LISÍSTRATA. Yo lo diría, pero antes de decirlo os voy a preguntar una cosa, algo de poca monta.

CLEONICE. Lo que tú quieras.

LISÍSTRATA. ¿No echáis de menos a los padres de vuestros hijitos, que están lejos, de servicio? Pues bien sé que todas vosotras tenéis al marido lejos de casa.

CLEONICE. Mi marido, por lo menos, cinco meses lleva fuera, pobre de mí, vigilando a

Éucrates (31) en Traria.

MÍRRINA. Pues el mío, siete meses completos en Pilos (32).

LAMPITO (33). Y er mío, zi arguna vé viene der frente, cohe el ehcudo y desaparese volando.

LISÍSTRATA. Y ni siquiera de los amantes (34) ha quedado ni una chispa, pues desde que los milesios nos traicionaron, no he visto ni un solo consolador de cuero de ocho dedos de largo que nos sirviera de alivio «cuerial» (35). Así que, si yo encontrara la manera, ¿querríais poner fin a la guerra con mi ayuda?

(30). «Dinos lo que quieres que hagamos.»

(31). De Éucrates dice el escoliasta que aparece en las comedias como personaje traidor y sobornable. Parece haber sido hermano de Nicias.

(32). Pilos era una plaza, situada al suroeste del Peloponeso, que había sido conquistada por los atenienses a los espartanos, y en la que Atenas mantenía una guarnición.

(33). «Y el mío, si alguna vez viene del frente, coge el escudo y desaparece volando.»

(34). Cree Wilamowitz que «amante» no se refiere a un hombre, sino al consolador de cuero (ólisbos) que se menciona más adelante. Estos instrumentos se fabricaban en Mileto, en Asia Menor, y por ello dejan de verse cuando la ciudad se aparta de la alianza ateniense a raíz de la derrota en Sicilia.

(35). «De cuero.»

CLEONICE. Yo sí, por las dos diosas, desde luego, aunque tuviera que empeñar el vestido este curvilíneo y... bebérmelo el mismo día.

MÍRRINA. Pues yo, me dejaría cortar en dos y daría la mitad de mi persona, aunque pareciera un rodaballo.

LAMPITO (36). Y yo, ahta me zubi la a todo lo arto der Taiheto (37), ayí donde pudiera vé la pá.

LISÍSTRATA. Voy a decíroslo, pues no tiene ya que seguir oculto el asunto. Mujeres, si vamos a obligar a los hombres a hacer la paz, tenemos que abstenernos...

CLEONICE. ¿De qué? Di.

LISÍSTRATA. ¿Lo vais a hacer?

CLEONICE. Lo haremos, aunque tengamos que morirnos.

LISÍSTRATA. Pues bien, tenemos que abstenernos del cipote. ¿Por qué os dais la vuelta? ¿Adónde vais? Oye, ¿por qué hacéis muecas con la boca y negáis con la cabeza? ¿Por qué

se os cambia el color? ¿Por qué lloráis? ¿Lo vais a hacer o no? ¿Por qué vaciláis?

CLEONICE. Yo no puedo hacerlo: que siga la guerra.

MÍRRINA. Ni yo tampoco, por Zeus: que siga la guerra.

LISÍSTRATA. Y, ¿tú eres la que dices eso, rodaballo? ¡Si hace un momento decías que te dejarías cortar por la mitad!

CLEONICE. Otra cosa, cualquier otra cosa que quieras. Incluso, si hace falta, estoy dispuesta a andar por fuego. Eso antes que el cipote, que no hay nada comparable, Lisístrata, guapa.

LISÍSTIZATA. Y tú, ¿qué? (A MÍRRINA.)

MÍRRINA. También yo prefiero andar por fuego.

LISÍSTRATA. Jodidísima ralea nuestra, toda entera. No sin razón las tragedias se hacen a costa nuestra, pues no somos nada más que follar y parir (38). (A LAMPITO.) Pero tú, querida laconia -pues con que tú sola estés a mi lado, aún podríamos salvar el asunto-, ponte de mi parte.

(36). *«y yo, hasta me subiría a lo alto del Taigeto, allí donde pudiera ver la paz.»*

(37). *El Taigeto es el monte más conocido de Laconia.*

(38). *Literalmente «Posidón y barco». La frase se relaciona, según los escolios, con una tragedia perdida de Sófocles, Tiro; en ella, los dos hijos gemelos que Tiro tuvo con Neptuno son abandonados y expuestos en una barca, por temor a la madrastra de Tiro, Sidero; cuando los niños se hacen mayores, vengan a su madre. Los escolios indican también que la frase equivale a «realizar el coito» y «dar a luz».*

LAMPITO (39). Pol loh doh diozeh, éh difisi que lah muhere duerman zin capuyo, zolah der todo. Zin embargo, zea, que jase musha farta la pá.

LISÍSTRATA. Querida, tú sí que eres una mujer y no todas éstas.

CLEONICE. Y si nos abstuviéramos todo lo posible de lo que tú dices -lo que ojalá que no pase-, ¿eso influiría mucho para que se hiciera la paz?

LISÍSTRATA. Mucho sí, por las dos diosas. Porque si nos quedáramos quietecitas en casa, bien maquilladas, pasáramos a su lado desnudas con sólo las camisitas transparentes (40) y con el triángulo depilado, y a nuestros maridos se les pusiera dura y ardieran en deseos de follar, pero nosotras no les hiciéramos caso, sino que nos aguantáramos, harían la paz a toda prisa, bien lo sé.

LAIVIPITO (41). Pol lo menoh, Menelao, cuando eshó una mirada a loh meloneh (42) de Helena, que ehtaba dehnuda, tiró la ehpada, creo yo (43)

(39). *«Difícil resulta, ¡por los dos dioses!, que las mujeres duerman sin capullo, solas del todo. Sin embargo, sea, que hace mucha falta la paz.»*

(40). *Camisas transparentes, cuyo tejido se obtenía del tallo de la malva silvestre(amorgís).*

(41). *«Por lo menos, Menelao, cuando echó una mirada a los melones de Elena, que estaba desnuda, tiró, según creo, la espada.»*

(42). *Literalmente, «manzanas».*

(43). *En un pasaje de Andrómaca de Eurípides, Menelao desiste de matar a su esposa al contemplarla.*

CLEONICE. Pero mujer, ¿qué pasará si nuestros maridos nos abandonan?

LISÍSTRATA. Lo de Ferécates, «descapullar a un perro descapulado» (44).

CLEONICE. Esos sucedáneos son pamplina. ¿Y si nos cogen y nos arrastran por la fuerza a la alcoba?

LISÍSTRATA. Tú agárrate a la puerta.

CLEONICE. ¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA. Hay que dejarse hacer poniéndoselo muy difícil, que no hay placer en esas cosas cuando se hacen por la fuerza. Además hay que causarles dolor. Y pierde cuidado, en seguida renunciarán. Pues nunca jamás disfrutará el hombre si no va de acuerdo con la mujer.

CLEONICE. Si eso es lo que os parece bien a vosotras dos, también nos lo parece a nosotras.

LAMPITO (45). A nuehtroh maridoh, nozotrah loh convenseremoh de que agan una pá huzta y zin engaño en todah lah cozah, pero a eza hente ateniENZE, tan veleta, ¿cómo ze la puede convensé para que no digan tonteríah?

LISÍSTRATA. Pierde cuidado, nosotras convenceremos a la parte que nos toca.

LAMPITO (46) ». Ezo no puede zé, pol lo menoh mientrah zuh trirremeh tengan patah (47) y aya dinero zin contá en la caza de la dioza (48).

(44). *Literalmente, «despellejar a un perro despellejado». Los consoladores podían ser de piel de perro. Se refiere a un consolador de cuero. Kyon es «perro» y también «pene». En los escolios se dice que la frase proverbial aludía a «hacer algo en balde» y señalan que en las obras del cómico Ferécates no se encontraba ese dicho.*

(45). *«A nuestros maridos nosotras los convenceremos de que hagan una paz justa y sin engaño en todos los aspectos. Pero a la inestable multitud de los atenienses, ¿cómo*

se les puede convencer de que no digan tonterías?»

(46). *«No, al menos mientras sus trirremes tengan patas y haya dinero incontable en la casa de la diosa.»*

(47). *Literalmente, «pies», con el sentido figurado de estar disponibles.*

(48). *Se refiere al tesoro de los atenienses guardado en la Acrópolis, dentro del Partenón y considerado propiedad de la diosa Atenea. Para las expediciones militares se echó en varias ocasiones mano de él. Llegó a ser muy cuantioso.*

LISÍSTRATA. También eso está bien preparado, ya que nos apoderaremos de la Acrópolis hoy mismo. A las más viejas se les ha ordenado hacer esto: que mientras nosotras nos ponemos de acuerdo en estas cosas, ellas, aparentando que celebran un sacrificio, se apoderen de la Acrópolis.

LAMPITO (49). Todo puede rezultá, pueh lo que diseñ tiene fundamento.

LISÍSTRATA. Lampito, ¿por qué no hacemos todas juntas un juramento sobre esto, para que sea inquebrantable?

LAMPITO (50). Pueh áhnoh zabé la fórmula, a vé cómo huraremoñ.

LISÍSTRATA. Hablas con acierto. ¿Dónde está la escita? (51)

(Entra una «policía».)

¿Qué miras? Pon ahí delante el escudo boca arriba, y que alguien me dé las entrañas de la víctima (52).

CLEONICE. Lisístrata, ¿qué clase de juramento nos vas a hacer jurar?

LISÍSTRATA. ¿Qué clase? Sobre un escudo, degollando un cordero, como hizo Esquilo en una ocasión, según dicen (53)

(49). *«Todo puede salir bien, pues lo que dices es acertado.»*

(50). *«Pues haznos saberla fórmula, a ver cómo juraremos.»*

(51). *La policía de Atenas estaba formada en su mayoría por esclavos escitas; Aristófanes forma un femenino jocosos, skythaina, sobre el masculino skythes.*

(52). *Para hacer un juramento solemne se cortaban previamente las entrañas de una víctima apropiada. Aquí, naturalmente, no hay tales vísceras.*

(53). *Se alude a la tragedia de Esquilo Siete contra Tebas, vv. 32 y ss., que las mujeres no conocen más que vagamente.*

CLEONICE. No, Lisístrata, no jures nada que tenga que ver con la paz sobre un escudo.

LISÍSTRATA. Pues, ¿cuál podría ser el juramento? ¿Cogemos de alguna parte un caballo blanco y nos agenciamos sus vísceras cortándoselas?

CLEONICE. ¿Dónde vas tú, con un caballo blanco? (54).

LISÍSTRATA. Entonces, ¿cómo vamos a jurar?

CLEONICE. Por Zeus, yo te lo voy a decir si quieres. Poniendo una copa grande y negra boca arriba y degollando... un cántaro de vino de Tasos, juremos sobre la copa... no echarle agua encima (55).

LAMPITO (56). Ozú, ozú, er huramento, no se puede ni desí cómo lo apruebo.

LISÍSTRATA. Que alguien traiga de dentro una copa y un cántaro.

(Sacan a escena la copa y el cántaro.)

CLEONICE. ¡Queridísimas mujeres!, ¡qué cacharro tan grande! Y la copa esa, con sólo cogerla, ya se alegra una.

LISÍSTRATA. *(A la que trae la copa)*. Déjala ahí y cógeme el verraco (57). Soberana Persuasión y Copa de la Amistad, recibe estos sacrificios mostrándote benévola para las mujeres.

(Mientras tanto, vierte vino en la copa.)

CLEONICE. De buen color es la sangre, ya lo creo, y corre (58) estupendamente.

LAMPITO (59). Y dehde luego, uele de maraviya, por Cáhtor (60).

(54). Los caballos servían de ofrenda a Posidón o a otras divinidades marinas. Aquí se menciona como ofrenda exótica y costosa.

(55). El vino de Tasos se consideraba de gran calidad. La intervención de Cleonice alude a la fama de bebedoras de las mujeres.

(56). «Uy, uy, el juramento no se puede ni decir cómo lo apruebo.»

(57). El cerdo que podría servir de víctima es en este caso el cántaro de vino.

(58). O tal vez se trata de «escupir el vino después de probarlo».

(59). «Y desde luego huele de maravilla, por Cástor.»

(60). Véase nota 21.

CLEONICE. Mujeres, dejadme jurar (61) a mí la primera.

LISÍSTRATA. No, por Afrodita; cuando te llegue el turno. Tocad todas la copa, Lampito (62), y que una en vuestro nombre repita exactamente lo que yo diga. Vosotras declararéis

esto bajo juramento de acuerdo conmigo y lo mantendréis firmemente: «Ningún hombre, ni amante, ni marido»...

CLEONICE. «Ningún hombre, ni amante, ni marido»...

LISÍSTRATA... «se acercará a mí descapullado». Dilo.

CLEONICE. ... «se acercará a mí descapullado». ¡Ay, ay!, se me debilitan las rodillas, Lisístrata.

LISÍSTRATA. «En casa pasaré el tiempo sin mi toro» (63)

CLEONICE. «En casa pasaré el tiempo sin mi toro»...

LISÍSTRATA... «con mi vestido azafranado (64) y muy bien arreglada»...

CLEONICE. ... «con mi vestido azafranado y muy bien arreglada»...

LISÍSTRATA... «para que mi marido se ponga al rojo vivo»...

CLEONICE. ... «para que mi marido se ponga al rojo vivo»...

LISÍSTRATA... «y nunca le seguiré la corriente a mi marido de buena gana».

CLEONICE... «y nunca le seguiré la corriente a mi marido de buena gana».

LISÍSTRATA. «Pero si me obliga por la fuerza contra mi voluntad»...

(61). Es decir, beber.

(62). En Siete contra Tebas los capitanes juran tocando con su mano la sangre del toro sacrificado. Lisístrata se dirige en especial a Lampito por ser la representante del mayor enemigo de Atenas.

(63). El vocablo ataúrotos se emplea con seriedad en Esquilo, Agamenón 245, indicando, como aquí, «sin marido».

(64). Parece tratarse de una túnica transparente, llevada encima de la primera o chiton. Originariamente era de color amarillo.

CLEONICE. «Pero si me obliga por la fuerza contra mi voluntad»...

LISÍSTRATA... «me dejaré de mala gana y no le seguiré en sus meneos».

CLEONICE. ... «me dejaré de mala gana y no le seguiré en sus meneos».

LISÍSTRATA. «No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas».

CLEONICE. «No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas».

LISÍSTRATA. «No me pondré a cuatro patas como una leona encima del rallador de queso» (65).

CLEONICE. «No me pondré a cuatro patas como una leona encima del rallador de

queso».

LISÍSTRATA. «Si mantengo firmemente estas cosas, que beba yo de aquí»...

CLEONICE. «Si mantengo firmemente estas cosas, que beba yo de aquí»...

LISÍSTRATA. «Pero si las violo, que se llene de agua la copa».

CLEONICE. «Pero si las violo, que se llene de agua la copa».

LISÍSTRATA. ¿Declaráis todas vosotras esto bajo juramento de acuerdo conmigo?

TODAS. Sí, por Zeus.

LISISTRZATA. Hala, yo haré la ofrenda de ésta. *(Coge la copa para bebérsela.)*

CLEONICE. Tu parte y gracias, querida, para que resultemos en el acto todas amigas unas de otras (66). *(Van bebiendo todas. Se oye un griterío de mujeres a lo lejos.)*

(65). El llamado «rallador» de queso es en realidad un cuchillo para el queso (así, V Daremberg). En el mango de algunos de ellos aparecía probablemente representada una leona en marfil. El conjunto sugiere sencillamente una postura erótica. Una postura bien distinta es la del párrafo precedente.

(66). Para ello tenían que hacer todas la libación de la copa de la amistad (philotesía), mencionada en el v 203.

LAMPITO (67). ¿Qué gritoh zon ézoh?

LISÍSTRATA. Es lo que yo decía: las mujeres se han apoderado ya de la Acrópolis de la diosa. *(A LAMPITO.)* Tú, Lampito, ponte en camino y organiza bien lo de vuestra gente, y a éstas *(señala a la BEOCIA y a la CORINTIA)* déjalas aquí como rehenes. *(Se va LAMPITO.)* Nosotras vamos a la Acrópolis para ayudar a las otras que están allí a poner las trancas (68).

CLEONICE. ¿No crees que los hombres van a venir en masa contra nosotras en seguida?

LISÍSTRATA. Poco me importan, que no vendrán trayendo tantas amenazas ni tanto fuego como para abrir las puertas esas, a no ser en las condiciones que hemos dicho.

CLEONICE. Desde luego, por Afrodita, nunca, que si no, en vano habríamos obtenido el calificativo de inconquistables y malvadas.

(Las mujeres se van hacia la Acrópolis.) (Llega por otro lado el coro de viejos; vienen cargados con troncos y traen un cuenco de barro con brasas.)

CORIFEEO. Anda, Draces, guíanos paso a paso aunque te duela el hombro por llevar la pesada carga de un tronco de olivo verde.

(67). «¿Qué griterío es ese?»

(68). Para cerrarlas puertas de los Propileos, por las que se accedía ala Acrópolis.

SEMICORO 1.º

*Bien es verdad que en una vida larga caben muchos sucesos inesperados, ¡ay!
pues ¿quién hubiera esperado nunca, Estrimodoro, oír
que las mujeres, a las que alimentábamos
en casa como desgracia manifiesta,
tuvieran en sus manos la sagrada estatua (69)
se apoderaran de mi Acrópolis,
y con cerrojos y barras cerraran los Propíleos?*

CORIFEEO. Hala, démonos muchísima prisa en ir a la Acrópolis, Filurgo, para que, poniendo los troncos estos alrededor de las que iniciaron este asunto y lo llevaron adelante, hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos las quememos a todas, con un acuerdo unánime, y la primera, a la mujer de Licón (70).

SEMICORO 2.º

*No, desde luego, por Deméter: mientras yo viva no se reirán de mí.
Pues ni siquiera Cleómenes (71), que la tuvo en su poder el primero,
se retiró indemne, sino que
a pesar de sus humos laconios,
me entregó las armas antes de marcharse,
con una pequeña capa muy raída,
hecho un asco de sucio, velludo,
y con roña de seis años.*

(69). La antigua estatua, en madera, de Atenea, defensora de la ciudad.

(70). En griego «la mujer de Licón» comienza igual que «Lisístrata» (ten Ly...), que es lo que el público espera. La mujer de Licón sufrió años después las burlas del cómico Eupolis. Licón fue más tarde uno de los tres acusadores de Sócrates.

(71). Cleómenes I, rey de Esparta, ayudó al partido aristocrático ateniense, dirigido por Iságoras. En el 508-507 fue sitiado en la Acrópolis, y expulsado por el partido de los alcmeónidas y sus seguidores, demócratas. El coro menciona sucesos antiguos haciéndose portavoz de Atenas.

CORIFEO. ¡Tan duramente asedié yo al hombre aquel, pasando la noche junto a las puertas (72) en formación de diecisiete en fondo (73) con los escudos! Y para éstas precisamente, enemigas de Eurípides (74) y de los dioses todos, ¿no he de servir yo con mi presencia de obstáculo de atrevimiento tan descomunal? ¡Que no siguiera estando entonces mi trofeo en la Tetrápolis! (75).

SEMICORO 1.º

Pues del camino

este trecho me falta,

la pendiente hacia la Acrópolis, adonde me apresuro.

Hala, arrastremos esto

sin ayuda de un mulo;

lo que es a mí, los dos maderos me tienen estruido el hombro.

Pero, sin embargo, hay que caminar, y hay que soplar el fuego

para que no se me apague sin darme cuenta al final del camino. (Soplan las brasas.)

¡Fu , ¡Fu!

¡Uy, uy, qué humareda!

(72). Los Propileos. «Pasar la noche» era una de las maneras de indicar «montar la guardia».

(73). El destacamento de soldados formaba diecisiete filas. La expresión griega incluye la palabra escudos.

(74). El poeta trágico Eurípides tenía fama de misógino por representar en escena las pasiones femeninas.

(75). La Tetrápolis es la parte septentrional del Ática, en la que se encontraban cuatro ciudades, entre ellas Maratón, donde los atenienses derrotaron a los persas en el 490. Al trofeo erigido entonces se refiere el corifeo.

SEMICORO 2.º

Es terrible, ¡soberano Heracles! (76),

cómo el fuego se echa sobre mí desde el cuenco

y me muerde los ojos como una perra rabiosa.

Seguro que es de Lemnos el fuego

ese, de todas todas;

pues, si no, nunca me mordería así, a dentelladas, las legañas (77).

Date prisa, adelante, hacia la Acrópolis,

ayuda a la diosa.

¿Cuándo si no, Laques, la socorreremos mejor que ahora?

¡Fu, fu!

¡Uy, uy, qué humareda!

CORIFEEO. El fuego este se ha espabilado gracias a los dioses, y está muy vivo. ¿Qué tal si ponemos primero aquí los dos troncos, y entonces metemos la antorcha de sarmientos en el cuenco, la encendemos, y después nos abalanzamos contra la puerta como carneros? Y si al llamar nosotros las mujeres no aflojan las trancas hay que prender fuego a las puertas y acosarlas a ellas con el humo. Pues dejemos la carga. ¡Uy, qué humareda, puf, puf? ¿Cuál de los generales que están en Samos nos ayudaría a descargar el tronco? (78). *(Dejan los troncos en el suelo.)* Éstos de aquí ya han dejado de hacerme polvo el espinazo. Cuenco, es tarea tuya espabilar las brasas para que colaboren conmigo y procuren que la antorcha quede encendida. *(Encienden las antorchas en las brasas del cuenco.)* Soberana Victoria (79), ayúdanos a levantar un trofeo (80) a expensas de la osadía que ahora mismo han puesto de manifiesto las mujeres de la Acrópolis. *(Mientras tanto, con las antorchas prenden fuego a los troncos.)*

(76). Heracles o Hércules es uno de los personajes mitológicos a los que se atribuyen mayor número de hazañas, de esposas y de hijos. Su mención es frecuente en la comedia.

(77). «Lemnos» y «legaña» empiezan en griego por lem- como si en castellano dijéramos «Leganés» y «legaña».

(78). En aquellos años en que una plaza tras otra abandonaba el círculo ateniense, después del desastre de Siracusa, se mantenía la flota vigilante en Samos para intervenir en posibles conflictos.

(79). Nice es la diosa de la Victoria (la Victoria latina), que se identifica en época clásica con Atenea. Al estar ante los Propíleos, el coro divisa el templo de Nice.

(80). El trofeo es un monumento a la derrota del enemigo, realizado en madera, bronce o piedra.

(Entra el coro de mujeres con barreños de agua.)

LA CORIFEEO. Me parece que veo una densa nube de humo, mujeres, como si ardiera un fuego. Hay que darse muchísima prisa.

PRIMER SEMICORO DE MUJERES.

*Vuela, vuela, Nicodice,
antes de que se achicharren Calice
y Critila por el fuego que avivan
en derredor de ellas los malditos vientos
y los viejos funestos.*

*Pero una cosa temo: ¿no va a llegar mi ayuda demasiado tarde?
Pues ahora mismo, que todavía está oscuro, he llenado mi cántaro
en la fuente con dificultad por el gentío, por el barullo y [por el ruido de los
cuencos al chocarse,
y después, empujada por las criadas
y por las esclavas marcadas con hierro, a toda prisa
lo he levantado para prestar ayuda
llevando agua a mis vecinas,
que se están achicharrando.*

SEGUNDO SEMICORO DE MUJERES.

*Pues he oído que unos viejos de muchos humos
van lentamente hacia la Acrópolis,
llevando unos troncos de unos tres talentos de peso (81),
como para calentar un baño,
y que dicen con terribles palabras amenazadoras
que hay que asar con fuego a las puñeteras mujeres.
¡A éstas, oh diosa, que no las vea yo nunca achicharrarse,
sino salvar de la guerra y de las locuras a Grecia y a mis conciudadanos!
Justamente para esto, diosa de áureo penacho,
defensora de la ciudad (82), se han instalado en tu sede.
Y a ti te llamo como aliada,
Tritogenia, para que, si algún hombre
las asedia con fuego,
llevas agua a la par que nosotras.*

LA CORIFEO. Deja... (*Divisa al coro de ancianos.*) ¡Uy!, ¿qué es eso? ¡Hijos de mala madre! Nunca unos hombres de bien y piadosos habrían hecho una cosa así.

EL CORIFEO. Esto que llega sí que no esperábamos verlo. ¡Menudo enjambre de mujeres está ahí fuera para echarles una mano!

LA CORIFEO. ¿Por qué os damos tanto miedo? ¿Es que os parecemos muchas? Pues aún no estáis viendo ni a la milésima (83) parte de nosotras.

EL CORIFEO. Fedrias, ¿vamos a dejarles decir disparates semejantes? ¿No sería mejor que alguien rompiera su cachiporra a fuerza de molerlas a palos?

(81). Unos 75 kilogramos.

(82). «La de áureo penacho, defensora de la ciudad» se aplica a la diosa Atenea, protectora de Atenas. También el epíteto «Tritogenia», que aparece un poco más abajo, corresponde a la misma divinidad.

(83). Literalmente, «diezmilésima».

LA CORIFEO. Vamos a poner también nosotras los cántaros en el suelo, para que, si alguien nos pone la mano encima, esto no nos estorbe.

EL CORIFEO. Por Zeus, si alguien les hubiera dado de palos en la mandíbula dos o tres veces, como a Búpalo (84), ya no tendrían ni pizca de voz.

LA CORIFEO. Aquí me tienes; ¡que alguien se atreva a darme! Yo me dejaré hacer bien quietecita (85). Eso sí: desde luego ninguna otra perra te podrá ya nunca agarrar los cojones.

EL CORIFEO. Sino te callas te voy a arrancar la piel y la vejez (86) a golpes.

LA CORIFEO. Acércate y toca con un solo dedo a Estratílida.

EL CORIFEO. ¿Qué pasa si te hago cenizas con mis puños? ¿Qué cosa espantosa me vas a hacer?

LA CORIFEO. A mordiscos te voy a arrancar los pulmones y los intestinos.

EL CORIFEO. No hay poeta más sabio que Eurípides, pues ninguna criatura es tan desvergonzada como las mujeres (87).

LA CORIFEO. Vamos nosotras a coger el cántaro de agua, Rodipa.

EL CORIFEO. Tú, enemiga de los dioses, ¿por qué has venido aquí con agua?

LA CORIFEO. Y tú, ¡sepulcro!, ¿por qué con fuego? ¿Para quemarte?

(84). El poeta Hiponacte dirigía frecuentemente sus invectivas contra este personaje. Un verso en el que lo amenazaba circulaba por la Atenas de entonces.

(85). Doble sentido, significado sexual pasivo.

(86). La palabra *geras* significa «vejez» y «piel» o «cáscara».

(87). Véase nota 73.

EL CORIFEO. Yo, para amontonar una pira y asediar con fuego a tus amigas.

LA CORIFEO. Yo, para apagar tu pira con esta agua.

EL CORIFEO. ¿Que tú vas a apagarme el fuego?

LA CORIFEO. Los hechos lo pondrán en seguida bien a las claras.

EL CORIFEO. No sé si asarte con la antorcha aquí mismo, según estoy.

LA CORIFEO. Si tienes por casualidad algo de jabón, te voy a suministrar un baño.

EL CORIFEO. ¿Un baño tú a mí, so guarra?

LA CORIFEO. Y nupcial, para colmo.

EL CORIFEO. ¿Has oído su descaró?

LA CORIFEO. Es que soy libre.

EL CORIFEO. Te voy a callar esas voces que estás dando.

LA CORIFEO. Ahora no estás en el tribunal (88).

EL CORIFEO. *(A su antorcha.)* Quémale el pelo a ésta.

LA CORIFEO. *(A su cántaro de agua.)* A lo tuyo, Aqueloo (89).

(El coro de mujeres vacía sus cántaros en los ancianos.)

EL CORIFEO. ¡Ay, pobre de mí!

LA CORIFEO. ¿No estaba caliente, verdad?

EL CORIFEO. ¿Qué es eso de caliente? ¿No te estarás quieta? ¿Qué haces?

LA CORIFEO. Te estoy regando para que reverdezcas.

EL CORIFEO. Pero si estoy temblando como una hoja seca.

(88). Literalmente, «no eres heliasta». Los heliastas eran los jueces que formaban un tribunal popular, y se elegían entre los ciudadanos por sorteo.

(89). Nombra un río muy conocido (el más largo de Grecia) para referirse al agua de los cántaros. La personificación de este río Aqueloo recibía culto en Grecia.

LA CORIFEO. Muy bien: como tienes fuego podrás calentarte.

(Llega un COMISARIO (90), acompañado de arqueros escitas (91))

COMISARIO. ¿Es que se ha hecho patente la desvergüenza de las mujeres, su darle al tambor, sus frecuentes «sabacios» (92) y ese duelo por Adonis sobre los tejados que yo

escuché una vez cuando estaba en la Asamblea (93)? Proponía el condenado Demóstrato hacer una expedición naval contra Sicilia, y al tiempo su mujer, bailando, dice: «¡Ay, ay, Adonis!». Demóstrato proponía reclutar hoplitas entre los zacintios (94), y ella, la mujer, algo bebida, dice encima del tejado: «Golpeaos el pecho por Adonis», y él insistía una y otra vez, este maldito Colericiges (95), odiado por los dioses. Indecencias como éstas son típicas de ellas.

EL CORIFEO. Pues, ¿qué dirías si te enteraras además del descaró de éstas? Aparte de su caradura en otras cosas, para colmo nos han dado un baño con sus cántaros, hasta el punto de que podemos sacudirnos la ropa como si nos hubiéramos orinado en ella.

(90). Uno de los componentes del comité de los Diez que fue elegido en Atenas en el 413, después de la derrota de Sicilia.

(91). Véase nota 51 .

(92) . Sabacio era una divinidad frigia que en Grecia fue identificada con Dioniso. Se asociaba a ritos orgiásticos. Se refiere aquí al grito de las mujeres invocándolo.

(93). Fiesta de mujeres era la que dedicaban a conmemorar la muerte de Adonis, símbolo de la vegetación anual. Parece que en el año 415 , al tiempo que la Asamblea deliberaba sobre la expedición a Sicilia, se celebraba la fiesta en honor de Adonis.

(94). Demóstrato existió en realidad. Los zacintios eran los habitantes de Zacinto, hoy Zante. Los hoplitas constituían la infantería pesada.

(95). El poeta acuña la palabra Kholozyges a partir de khólos, «bilis», «cólera», y Bouzígés, epíteto de un héroe y de una noble familia ateniense, a la que pertenecía Demóstrato.

COMISARIO. Sí, por Posidón Salino, es verdad. Pues cuando nosotros hacemos granujadas en unión de las mujeres y las iniciamos en el vici, en ellas surgen ideas de este tipo. Nosotros, en casa de los artesanos, decimos cosas como éstas: «Joyero, el collar aquel que reparaste, al estar bailando mi mujer por la noche, el pirindolo se le salió del agujero. Yo tengo que ir en barco a Salamina; tú, si tienes tiempo, haz lo posible por venir de noche y meterle en su sitio el pirindolo». Otro, a un zapatero joven que tiene un cipote nada infantil, le dice así: «Zapatero, el dedito del pie de mi mujer se lo aprieta la correa, porque es muy delicado, así que ven tú al mediodía y hazla ceder, para que esté más a sus anchas». Este tipo de cosas han dado lugar a esto de ahora, pues es el caso que yo, un comisario, después de que he conseguido que haya remeros, ahora mismo que tengo necesidad del dinero para ellos, me encuentro de puertas afuera por culpa de las mujeres (96). Pero no vale de nada quedarse aquí de brazos cruzados. (A un arquero.) Trae las barras para que yo acabe con su descaró. ¿Por qué te quedas con la boca abierta, imbécil? (A otro arquero.) Y tú, ¿a dónde miras, que no haces más que vigilar la taberna? ¿No vais a colocar las barras debajo de las puertas, por aquí, para apalancarlas y hacer que salten?

Desde aquí yo también voy a echar una mano para apalancarlas.

(LISÍSTRATA *sale de la Acrópolis, abriendo las puertas.*)

(96). *Es decir, no tiene acceso al tesoro de la Acrópolis.*

LISÍSTRATA. No apalanquéis nada. Ya salgo yo sin que me obligue nadie. ¿Qué falta hacen las barras? No son barras lo que se necesita, sino sentido común y mollera.

COMISARIO. ¿Conque sí, eh, guarra? ¿Dónde está el arquero? (*Al arquero.*) Deténla y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA. Por Ártemis, como me ponga encima la punta de un dedo, me las pagará aunque sea un agente público.

COMISARIO. (*Al arquero.*) ¿Qué, te da miedo, tú? ¿No vas a agarrarla por la cintura - y tú (*A otro arquero*) con él- y acabaréis de atarla entre los dos?

(*Sale CLEONICE de la Acrópolis.*)

CLEONICE. (*Al primer arquero.*) Por Pándroso (97), como la toques, aunque sólo sea con la mano, te vas a cagar encima, de los pisotones que te vamos a dar.

COMISARIO. Mira, «te vas a cagar encima». ¿Dónde hay otro arquero más? (*A un tercer arquero.*) Ata a ésta primero, porque encima es una bocazas.

(*Llega MÍRRINA.*)

MÍRRINA. Por la Lucífera (98), como le pongas encima la punta de un dedo, vas a pedir en seguida una ventosa (99)

(97). *Pándroso era hija de Cécrope y, como castigo a su curiosidad, Atenea hizo que se precipitara desde la Acrópolis. Su leyenda estaba unida a la ciudadela.*

(98). «Portadora de luz, de antorchas», epíteto de Hécate, diosa extranjera que penetra en Grecia y es asociada con Ártemis, y con Selene, la diosa lunar.

(99). *Para extraer sangre de la hinchazón que le producirán los golpes.*

COMISARIO. ¿Qué sucede? ¿Dónde hay un arquero? (*A un cuarto arquero.*) Échale el guante a ésa. (*A las mujeres.*) Yo haré que terminen vuestras salidas, una por una.

LISÍSTRATA. Por la Táurica (100), como te acerques a ella, te voy a hacer gritar a fuerza de arrancarte el pelo.

(*Se va el arquero.*)

COMISARIO. ¡Desgraciado de mí! Ha abandonado el campo el arquero. Pero nunca

cederemos ante las mujeres. Avancemos contra ellas, en línea de combate, escitas, hasta llegar a las manos.

LISÍSTRATA. Por las dos diosas, vais a saber que también entre nosotras hay cuatro batallones de mujeres preparadas para la lucha, completamente armadas, ahí dentro.

COMISARIO. Retorcedles los brazos a la espalda, escitas.

LISÍSTRATA. (*Dirigiéndose a la ciudadela.*) Mujeres aliadas, salid corriendo de dentro, vendedoras-del-mercado-del-grano-de-purés-y-hortalizas, hospederas-y-vendedoras-de-ajo-y-de-pan, ¿no vais a arrastrar, golpear, despedazar?, ¿no insultaréis y os descararéis? (*Salen las mujeres al ataque desde la Acrópolis y los escitas huyen.*) Parad ya, retiraos, no cojáis botín.

(*Las mujeres que acaban de aparecer vuelven a la ciudadela.*)

COMISARIO. ¡Ay de mí!, qué mal ha ido la cosa para mis arqueros.

LISÍSTRATA. Pues anda, ¿qué te pensabas? ¿Es que tú creías que atacabas a unas esclavas, o es que piensas que las mujeres no tienen arrestos?

COMISARIO. Sí, por Apolo, y muchísimos, siempre que haya cerca un tabernero.

(100). Literalmente, «Taurópolo», entendido como un sobrenombre referido a los toros y utilizado como epíteto de Ártemis.

EL CORIFEO. Muchas palabras gastadas en vano, comisario de esta tierra. ¿Por qué te enzarzas en discusiones con estas fieras? ¿No sabes con qué baño nos han obsequiado hace un momento, con la ropa encima, y para colmo sin jabón?

LA CORIFEO. Tío, es que no hay que poner la mano encima al prójimo como si tal cosa; si haces eso, forzosamente tendrás los ojos hinchados. Porque lo que yo quiero es estarme quietecita, toda prudente como una jovencita, sin fastidiar a nadie de aquí y sin mover ni una paja, a menos que alguno me chupe la miel y me enfurezca, como a un avispero.

CORO DE ANCIANOS.

Zeus, ¿cómo podemos tratar a estos monstruos?

*Pues esto ya no se puede aguantar: tienes
que estudiar conmigo lo que pasa aquí,
con qué idea y para qué se han apoderado
éstas de la Escarpada (101), la Acrópolis,
roca inmensa, infranqueable,
sagrado recinto.*

EL CORIFEO. Haz preguntas, no te dejes engatusar, contradícelas todo lo que puedas: que sería una vergüenza dejar un asunto así sin dar que hablar, y pasarlo por alto.

COMISARIO. Por Zeus, de lo primero que quiero enterarme es de esto: ¿con qué idea habéis cerrado nuestra ciudadela con las trancas?

LISÍSTRATA. Para poner a buen recaudo el dinero y para que no luchéis por él.

COMISARIO. ¿Es que luchamos por el dinero?

(101). Epíteto que designa la Acrópolis.

LISÍSTRATA. Sí, y también por él se originan todos los demás jaleos. Pues Pisandro (102) y los que andan detrás de los puestos públicos, para poder robar, armaban siempre algún alboroto. Así que éstos, que hagan lo que quieran en este asunto, que el dinero este ya no hay forma de que lo cojan.

COMISARIO. ¿Qué es lo que vas a hacer?

LISÍSTRATA. ¿Eso me preguntas? Lo vamos a administrar nosotras.

COMISARIO. ¿Que vosotras lo vais a administrar?

LISÍSTRATA. Y, ¿por qué te parece chocante? ¿No somos nosotras las que os administramos todo lo de la casa?

COMISARIO. Pero no es lo mismo.

LISÍSTRATA. ¿Cómo que no es lo mismo?

COMISARIO. La guerra hay que hacerla contando con ese dinero.

LISÍSTRATA. Pero lo primero de todo es que no hay que hacer la guerra.

COMISARIO. Pues, ¿de qué otra manera estaremos a salvo?

LISÍSTRATA. Nosotras os salvaremos.

COMISARIO. ¿Vosotras?

LISÍSTRATA. Sí, nosotras.

COMISARIO. ¡Asombroso!

LISÍSTRATA. Cuenta con que te salvarán, aunque no quieras.

COMISARIO. Lo que dices es tremendo.

LISÍSTRATA. Te enfadas, pero eso se hará de todos modos.

COMISARIO. Por Deméter, es injusto.

LISÍSTRATA. Hay que ponerte a salvo, amigo.

COMISARIO. ¿Aunque yo no lo pida?

LISÍSTRATA. Así, más todavía.

(102). Pisandro era uno de los componentes del comité de los Diez. Véase nota 90.

COMISARIO. ¿Y de dónde os sale esa preocupación por la guerra y la paz?

LISÍSTRATA. Ahora lo explicaremos.

COMISARIO. Pues dilo pronto si no quieres lamentarte.

LISÍSTRATA. Escucha, e intenta tener quietas las manos.

COMISARIO. No puedo, que me es difícil aguantarlas por el enfado.

CLEONICE. Pues entonces te vas a lamentar mucho más.

COMISARIO. Que sea contra ti eso que graznas, vieja. (A LISÍSTRATA.) Tú, habla.

LISÍSTRATA. Eso voy a hacer. Nosotras, en las primeras fases de la guerra y durante un tiempo, aguantamos, por lo prudentes que somos, cualquier cosa que hicierais vosotros los hombres -la verdad es que no nos dejabais ni rechistar-, y eso que agradarnos, no nos agradabais. Pero nosotras estábamos bien informadas de lo vuestro, y, por ejemplo, muchas veces, estando en casa, nos enterábamos de una mala resolución vuestra sobre un asunto importante. Y después, sufriendo por dentro, os preguntábamos con una sonrisa: «¿Qué cláusula habéis decidido, hoy, en la Asamblea, añadir en la estela en relación con la tregua?» «¿Y eso a ti, qué? -decía el marido de turno- ¿No te callarás?», y yo me callaba.

CLEONICE. Pero yo no me callaba nunca.

COMISARIO. Habrías llorado, si no te callabas.

LISÍSTRATA. Yo, cierto que me callaba. Pero cada vez nos enterábamos de una decisión vuestra peor que la anterior. Y, luego, preguntábamos: «Marido, ¿cómo es que actuáis de una manera tan disparatada?». Y él, echándome una mirada atravesada, me decía en seguida que si yo no me ponía a hilar, mi cabeza iba a gemir a gritos. «De la guerra se ocuparán los hombres» (103)

COMISARIO. Bien dicho lo de aquél, por Zeus.

(103). Parte de un verso homérico, *Ilíada*, VI, 492.

LISÍSTRATA. ¿Cómo que bien, estúpido, si ni siquiera cuando vuestras decisiones eran malas nos estaba permitido sugeriros nada? Y cuando ya os oíamos a las claras por las calles: «¿Es que no queda ni un hombre en este país?». «Desde luego que no, por Zeus», decía otro; después de esto acordamos ya sin más salvar a Grecia todas juntas, reuniéndonos las mujeres. Pues, ¿de qué hubiera valido esperar? Así es que si queréis atendernos ahora a nosotras que os hablamos cuerdamente, y callaros como antes nosotras, podríamos enderezaros.

COMISARIO. ¿Vosotras a nosotros? Tremendo es lo que dices; no lo aguanto.

LISÍSTRATA. Cállate.

COMISARIO. ¿Callarme yo porque tú lo digas, hija de perra, y eso que tú llevas un velo en la cabeza (104)? Primero me muero.

LISÍSTRATA. Pues si eso te sirve de obstáculo, coge este velo mío, tenlo y pónelo en la cabeza, y después cállate. (*Le da el velo.*)

CLEONICE. También este canastillo. (*Se lo entrega.*) Luego ponte un ceñidor y dedícate a cardar, devorando habas, que «de la guerra se ocuparán las mujeres».

LA CORIFEO. Apartaos de los cántaros, mujeres, para que también nosotras por nuestra parte ayudemos a nuestras amigas.

CORO DE MUJERES.

Yo nunca me cansaría de bailar,

ni la agotadora fatiga podrá apoderarse de mis rodillas.

Dispuesta estoy a realizar cualquier cosa

junto a éstas, por su valor, en ellas

hay dotes naturales, gallardía, coraje,

sabiduría, y valor

patriótico y prudente.

(104). El velo de las mujeres era indicio externo de su posición discreta en una sociedad de varones.

LA CORIFEO. Hala, tú, la más valiente de las abuelas y de las fructíferas ortigas hembras (105), avanzad con bravura y no os ablandéis, que todavía ahora corréis con viento favorable.

LISÍSTRATA. Si Eros de dulce ánimo y Afrodita la Chipriota nos infunden a nosotras deseo en las entrañas y los muslos, y además hacen crecer en los varones una agradable turgencia y una persistente verga, creo yo que algún día nos van a llamar entre los griegos «Acabaguerras» (106).

COMISARIO. ¿Por haber hecho qué?

LISÍSTRATA. En primerísimo lugar, si hacemos que dejen de estar con armas en el mercado y de hacer chifladuras.

CLEONICE. Sí, por Afrodita de Pafos (107).

LISÍSTRATA. Pues ahora van y vienen, por el mercado de los cacharros y las verduras, con las armas, como Coribantes (108).

COMISARIO. Sí, por Zeus; así tienen que hacer los hombres valerosos.

LISÍSTRATA. Pues sí que tiene gracia la cosa: un tío con un escudo que representa una

Gorgona (109), va y compra pescaditos.

(105). Alusión al carácter agresivo de las mujeres del coro.

(106). La palabra es Lysimáchas.

(107). En Chipre. Véase el v 551.

(108). Divinidades relacionadas con el culto orgiástico y confundidas frecuentemente con los Curetes, que agitando y golpeando sus armas evitaron, con el estruendo, que Crono oyera el llanto de Zeus niño y lo matara, como a los hijos anteriores.

(109). La Gorgona era un ser alado monstruoso que aparece representado habitualmente en el escudo de Atenea.

CLEONICE. Sí, por Zeus, yo he visto a un capitán montado a caballo (110), con larga melena, echar en el casco de bronce puré de lentejas que le vendía una vieja. Y otro, un tracio (111) que agitaba su escudo ligero y su jabalina, como Tereo, asustaba a la vendedora de higos secos y se tragaba los maduros (112)

COMISARIO. ¿Y cómo os las vais a arreglar vosotras para reconciliar y poner fin a tal cantidad de asuntos enmarañados en las ciudades griegas?

LISÍSTRATA. Muy simple.

COMISARIO. ¿Cómo? Explícamelo.

LISÍSTRATA. Igual que el hilo, cuando se nos ha enredado, lo cogemos así (*Muestra con gestos lo que está diciendo*), y con los husos por un lado y por otro, lo traemos a su sitio, así también desenmarañaremos esta guerra, si es que nos dejan hacer, poniendo las cosas en su sitio por medio de embajadas a un lado y a otro.

COMISARIO. ¿Así que con lanas, hilos y husos, os creéis que vais a poner fin a unos asuntos tan terribles? ¡Qué necias!

LISÍSTRATA. Sí, y también vosotros, si tuvieras una pizca de sentido común, según nuestras lanas gobernaríais todo.

COMISARIO. ¿Cómo? A ver.

LISÍSTRATA. Primero, a la ciudad como al vellón de lana, después de haberle quitado la mugre lavándola en un baño, habría que ponerla sobre un lecho, apalearla para que eche a los sinvergüenzas y sacarle los abrojos; y a esos que se reúnen y se aglomeran junto a los cargos públicos, separarlos con el cardado y arrancarles... las cabezas. Después habría que esponjar la buena voluntad común y echarla en un cestito, mezclando a todos, a los metecos, a los extranjeros que sean amigos nuestros, y a los que tengan deudas con el Estado: también a esos mezclarlos ahí (113). ¡Por Zeus!, y las ciudades, todas las que son colonias de esta tierra, habría que tener una idea clara de que para nosotros son como los copos de lana que están cada uno por su lado; luego se cogen estos copos que forman

cada una de ellas, se reúnen y se juntan en uno solo, y después se hace una gran bola y, con ella, se teje un vestido para la gente.

(110). Jefe del escuadrón de caballería procedente de una tribu; las diez tribus eran las unidades administrativas en las que estaba distribuida el Ática.

(111). El «tracio» es un mercenario. A continuación se menciona a Tereo, rey de Tracia, el personaje principal de una tragedia de Sófocles de la que tenemos datos indirectos.

(112). Es igualmente posible que «maduros» se refiera a «aceitunas maduras».

(113). Los metecos eran residentes en Atenas, pero no ciudadanos por ser extranjeros o hijos de extranjeros. Los que contraen deudas con el Estado y no las solventan se convierten en átimoí, «sin derechos». Los tres grupos señalados carecían por una razón u otra de la ciudadanía ateniense.

COMISARIO. ¿No es terrible que éstas arreglen el asunto dando palos y haciendo bolas, ellas que ni siquiera tomaron parte ninguna en la guerra?

LISÍSTRATA. Hijo de perra, nosotras la aguantamos más que por partida doble. Lo primero de todo, que damos a luz a nuestros hijos y los enviamos como hoplitas... (114)

COMISARIO. Calla, deja los malos recuerdos.

LISÍSTRATA. Además, cuando teníamos que disfrutar y sacarle partido a la juventud, dormimos solas por culpa de las campañas militares. Y aún lo nuestro pase, pero me dan pena las chicas que envejecen en sus habitaciones.

COMISARIO. ¿Es que los hombres no envejecen?

LISÍSTRATA. Por Zeus, no se parece nada. Pues cuando el hombre regresa, aunque esté lleno de canas, en seguida lo tienes casado con una jovencita. Pero el momento de la mujer es muy breve, y si no lo aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y ahí se queda alimentando ilusiones.

COMISARIO. Pero el que todavía puede ponerla tiesa...

LISÍSTRATA. Tú, ¿qué haces que no te mueves? Sitio hay, cómprate el ataúd. Yo, la torta, ya la voy a amasar (115). Toma esto y pónelo de corona. *(Le da una cinta)* (116)

CLEONICE. Coge también éstas de mi parte. *(Le da unas vendas.)*

MÍRRINA. Toma también esta corona. *(Leecha un puñado de tierra.)*

LISÍSTRATA. ¿Qué te falta? ¿Qué echas de menos? Anda a la barca: Caronte te está llamando y tú no le dejas zarpar (117)

COMISARIO. ¿No es horrible que me pase esto a mí? Por Zeus, que voy a ir al cual a que vean los comisarios la facha que tengo. *(Se aleja.)*

LISÍSTRATA. ¿Es que nos vas a echar en cara que no te hemos preparado bien de cuerpo

presente? (118). Pues pasado mañana muy tempranito te van a llegar de nuestra parte las ofrendas del tercer día bien aderezadas.

(Salen las tres mujeres.)

CORO DE ANCIANOS.

Ya no es cuestión de que se duerma todo aquel que es libre.

Hala, hombres, despojémonos de la capa, y manos a la obra.

(Se quitan la capa.)

(114) La infantería pesada.

(115). La torta con miel se dedica a los muertos y a los dioses infernales.

(116). Lisístrata le da probablemente una cinta para el pelo, es también un rasgo propio del culto a los muertos.

(117). Caronte es el barquero que transporta las almas de los muertos hasta el Hades, cruzando los ríos infernales.

(118). Se refiere a la preparación que se hacía al cadáver. Más adelante, menciona los sacrificios que se ofrecían en honor del muerto, dos días después del fallecimiento.

*Pues esto de aquí ya huele a
muy importantes asuntos, me parece a mí,
y sobre todo olfateo la tiranía de Hippias (119).*

*Mucho temo que algunos laconios
reunidos aquí en casa de Clútenes (120),
a las mujeres enemigas de los dioses inciten engañosamente
a que se apoderen de nuestro dinero, y del salario
del que yo vivía.*

EL CORIFEO. Pues es terrible que éstas ahora se pongan a reprender a los ciudadanos; que parloteen, ellas, unas mujeres, de los escudos de bronce, y que se dispongan a reconciliarnos a nosotros con los laconios, en los que se puede confiar tanto como en un lobo con la boca abierta. Esto lo han tramado, compañeros, con vistas a una tiranía. Pero lo que es a mí, no van a tiranizarme, porque estaré alerta y «llevaré mi espada» en lo sucesivo «en una rama de mirto» (121), pasearé por la plaza con mis armas cerca de Aristogitón, y me pondré en pie junto a él así (122) *(Adopta actitud de estatua, levantando el puño)*, que me está entrando gana de darle un puñetazo en la mandíbula a la odiada por los dioses, a la vieja esta.

(Amenaza a LA CORIFEO.)

(119). Hippias ejerció una tiranía dura sobre Atenas a la muerte de su hermano. Hiparco fue el último de los tiranos.

(120). Clístenes aparece en otras piezas tildado de homosexual. Se vincula aquí a los espartanos porque, entre éstos, era habitual la homosexualidad.

(121). Fragmentos de una canción de banquete en honor de Harmodio y Aristogitón, que mataron al tirano Hiparco en 514 a. C. En recuerdo de los tiranicidas se erigió un grupo escultórico en el Ágora.

(122). Se refiere a la estatua mencionada en la nota precedente.

CORO DE MUJERES.

Entonces, cuando entres en tu casa, la que te engendró no va a reconocerte. Hala, ancianas amigas, pongamos esto primero en el suelo. (Se quitan los mantos.)

Pues nosotras, ciudadanos todos, vamos a decir

palabras provechosas para la ciudad;

bien está, pues ella me crió con lujo y esplendidez.

Al cumplir siete años fui arréforo (123),

después molinera (124), a los diez, para la Soberana.

Con vestido azafranado osa fui en las fiestas de Braurón (125)

y canéforo (126) cuando hermosa doncella,

llevando un collar de higos secos.

LA CORIFEO. ¿Está claro que es deber mío antiguo dar a la ciudad consejos provechosos? Pues si por naturaleza soy mujer, no estéis por eso en contra mía si contribuyo con algo mejor que las penurias presentes. Pues yo tengo parte en el banquete (127), pues apporto hombres, pero vosotros, estúpidos viejos, no tenéis parte, porque no sólo la contribución llamada «de los abuelos», la de las Guerras Médicas, la gastasteis sin aportar a cambio la parte que os tocaba, sino que para colmo corremos el peligro de que deis al traste con todo. ¿Te queda algo que gruñir? Si me chinchas, con este coturno sin curtir (*Señala su calzado.*) te voy a dar en la mandíbula.

(123). Se elegían cuatro niñas de siete años, de familias destacadas, que empezaban a tejer el manto de Atenea que se ofrendaba a la diosa en su fiesta; en la procesión llevaban los símbolos de la diosa.

(124). Sumisión consistía en moler el trigo con el que se hacía una torta para el culto de Atenea.

(125). Se trata de la fiesta dedicada a Ártemis que se celebraba cada cuatro años en Braurón, lugar del Ática. Parece que tanto la diosa, como las jóvenes que formaban parte en su culto, se denominaban «osas».

(126). En la fiesta de Atenea unas muchachas escogidas llevaban en cestas los objetos dedicados al sacrificio cultural.

(127). Se trata de una comida en la que se paga a escote (éranos); sobre este símil, Lisístrata habla de su aportación a la ciudad al entregarle a sus hijos. En la misma frase se menciona el éranos («escote») de las Guerras Médicas, refiriéndose al impuesto extraordinario que en caso de guerra se recogía en Atenas.

CORO DE ANCIANOS.

¿No es esto caradura,

y mucha? Y aún me parece

que la cosa va a más.

Todo aquel que tenga los huevos en su sitio tiene que impedir esto.

Quitémonos la túnica del hombro (128), que, de entrada, el hombre tiene que oler a hombre, y no le van las envolturas.

Hala, pies descalzos, los que a

Lipsidrio (129) marchamos cuando aún éramos alguien:

ahora, sí, ahora tenemos que volver a la juventud a echar alas

por todo el cuerpo y a quitarnos de encima la vejez ésta.

EL CORIFEO. Pues conque uno de nosotros le dé a éstas la menor ocasión de pillarlo, no habrá maña untuosa que dejen éstas de practicar, sino que llegarán a mandar construir naves e intentarán incluso hacer una batalla naval y navegar contra nosotros, como Artemisia (130) Y si les da por lo ecuestre, doy de baja al cuerpo de caballería; pues la mujer es la cosa más adecuada para montar y subirse encima, y no hay forma de que se caiga cuando va al galope: mira si no a las Amazonas (131), las que Micón pintó a caballo, luchando contra los hombres. Haría falta que las agarráramos a todas ellas y las sujetáramos por el cuello en un cepo perforado.

(128). Túnica suspendida del hombro izquierdo.

(129). En Lipsidrio, lugar del Ática, se defendió un grupo de demócratas acosado por el tirano Hipias.

(130). Reina de Halicarnaso, mencionada por Heródoto, que luchó en Salamina.

(131). Las Amazonas eran, dentro de la mitología, mujeres guerreras. Fueron derrotadas por Teseo, rey de Atenas. La lucha fue representada tanto en la pintura como en la escultura.

CORO DE MUJERES.

Por las dos diosas, si me caliento

voy a soltar la cerda

que llevo dentro, y voy a conseguir

que hoy pidas ayuda a tus compañeros, cuando yo te trasquile.

¡Hala!, también nosotras, mujeres, quitémonos de encima

[la ropa a toda prisa (Se descubren),

que huelan a mujeres que muerden con toda furia.

Ahora, que alguno se me acerque, que ya nunca

ha de comer ajos ni habas negras.

Con sólo que me insultes, con lo enfadada que estoy,

como el escarabajo voy a hacer de partera del águila preñada (132)

(132). Alusión a una fábula popular en la que el águila se lleva a la cría de escarabajo, y éste, para vengarse, intenta romper sus huevos, consiguiéndolo, aunque el águila los deposita en manos de Zeus.

LA CORIFEO. Yo no tengo por qué preocuparme de vosotros, mientras existan Lampito y mi amiga Ismenia, una chica tebana de buena gente. Pues no te será posible, aunque lo mandes por decreto siete veces, bastardo, tú que te has ganado el odio de todos y hasta de tus vecinos. Así, ayer mismo, que celebraba yo una fiesta a Hécate (133), invité, de la gente de por allí, a la compañera de mis hijas, una chica buena y agradable, una anguila de Beocia (134), pero ellos se negaron a enviarla por culpa de tus decretos. Y no hay manera de que acabéis con esos decretos hasta que alguien os agarre por una pierna y os desnude tirándoos de cabeza.

(Entra LISÍSTRATA, que viene de la Acrópolis.)

«Soberana de este asunto y de estos designios, ¿por qué con semblante sombrío has salido del recinto?» (135)

LISÍSTRATA-La actuación de mujeres mezquinas, y el caletre mujeril, me hacen dar vueltas arriba y abajo toda desanimada.

LA CORIFEO. ¿Qué dices, qué dices?

LISÍSTRATA. La verdad, la verdad.

LA CORIFEO. ¿Qué hay de malo? Cuéntalo a tus amigas.

LISÍSTRATA. Empachoso es decirlo, y callarlo, penoso (136).

LA CORIFEO. No me ocultes la desgracia que nos pasa.

LISÍSTRATA. En dos palabras: queremos joder.

LA CORIFEO. ¡Ay, Zeus!

LISÍSTRATA. ¿Por qué llamas a Zeus? Las cosas están así. Yo no soy ya capaz de mantenerlas apartadas de los hombres: se escapan. A una la pillé muy temprano agrandando la abertura por donde está la gruta de Pan (137); a otra, mientras se deslizaba serpenteando ayudada por una garrucha; a otra, cuando se pasaba al enemigo; a una que planeaba ya bajar volando encima de un gorrión hasta la casa de Orsíloco (138), la arrastré ayer por los pelos. Ponen todas las excusas posibles con tal de marcharse a su casa. Aquí viene una de ellas.

(Entra una mujer.)

Oye, tú, ¿a dónde vas tan corriendo?

(133). Diosa del hogar.

(134). Véase nota 7.

(135). El escoliasta señala que estas palabras pertenecen a una tragedia de Eurípides, Télefo.

(136). Otro pasaje euripideo.

(137). En la parte norte de la Acrópolis.

(138). Parece tratarse de un meteco que regentaba un burdel.

MUJER PRIMERA. Quiero ir a casa, que en casa tengo unas lanas de Mileto (139) que me las están haciendo polvo las polillas.

LISÍSTRATA. ¿Qué polillas? ¿Es que no vas a volverte?

MUJER PRIMERA. Pero si vendré en seguida, por las dos diosas, en cuanto extienda (140) encima de la cama... (141)

LISÍSTRATA. Nada de extender ni de salir a ningún sitio.

MUJER PRIMERA. ¿Tengo que dejar que se eche a perder la lana?

LISÍSTRATA. Si hace falta, sí. *(Entra otra mujer.)*

MUJER SEGUNDA. ¡Desgraciada de mí, desgraciada!, ¡el lino (142) que he dejado en casa sin pelar! (143)

LISÍSTRATA. Aquí sale otra en busca del lino sin pelar. ¡Anda, vuelve aquí!

MUJER SEGUNDA. Por la Lucífera (144), yo sólo voy a pelarlo y vuelvo en seguida.

LISÍSTRATA. No, no lo peles, que si empiezas con eso, otra mujer querrá hacer lo mismo. *(Entra una tercera mujer.)*

MUJER TERCERA. Soberana Ilitía (145), contén el parto hasta que yo llegue a un lugar que no sea prohibido (146).

LISÍSTRATA. ¿Qué bobadas dices?

MUJER TERCERA. Estoy a punto de dar a luz.

LISÍSTRATA. ¡Pero si ayer ni siquiera estabas embarazada!

(139). Lana de gran calidad.

(140). Para eliminar las polillas se colocaba la lana extendida.

(141). Doble sentido.

(142). Se trata de la planta Malva silvestris, empleada como fibra textil.

(143). Todo el texto presenta doble sentido.

(144). Véase nota 97.

(145). Es la diosa del parto.

(146). En los lugares sagrados (aquí, la Acrópolis) no se podían realizar actos que contaminaran, como dar a luz.

MUJER TERCERA. Pues hoy sí. Déjame ir a casa, Lisístrata, a buscar a la comadrona.

LISÍSTRATA. ¿Qué historia es ésa? ¿Qué es eso duro que tienes ahí? *(Le palpa el vientre.)*

MUJER TERCERA. Un chavalillo.

LISÍSTRATA. De eso nada, por Afrodita, más bien una cosa hueca de bronce me parece a mí que tiene. Voy a enterarme. *(La registra.)* Majadera, ¡conque tienes aquí el casco sagrado (147) y decías que estabas embarazada!

MUJER TERCERA. Y lo estoy, ¡por Zeus!

LISÍSTRATA. Pues, ¿por qué llevabas el casco?

MUJER TERCERA. Para que si me pillaba el parto todavía en la Acrópolis pudiera dar a

luz metiéndome en él, como las palomas (148).

LISÍSTRATA. ¿Qué dices? Son excusas: la cosa está clara. ¿No irás a esperar aquí la ceremonia ... (149) del casco?

MUJER TERCERA. Es que en la Acrópolis no puedo ni echarme a dormir desde que el otro día vi a la Serpiente Guardián (150) *(Entra una cuarta mujer.)*

MUJER CUARTA. Pues yo, pobre de mí, por culpa de las lechuzas es por lo que me muero de tanto insomnio, que ululan sin parar.

LISÍSTRATA. ¡Dichosas mujeres! Basta ya de disparates. Os despepitáis por los hombres, seguro. *(Se dirige a otra de ellas.)* Pero, ¿crees que ellos no se despepitan por nosotras? Terribles, bien lo sé, son las noches que pasan ellos. Resistid, valientes, y soportadlo un poco de tiempo más, pues según un oráculo vamos a vencer si no reñimos. El oráculo está aquí. *(Muestra un rollo.)*

(147). De Atenea.

(148). Como si fuera un nido.

(149). Alusión a la ceremonia que se celebraba pocos días después del nacimiento de un niño.

(150). Serpiente legendaria que guardaba la Acrópolis.

MUJER TERCERA. Léenos lo que dice.

LISÍSTRATA. Pues callaos. «Cuando los pájaros (151) se acurruquen en un solo lugar huyendo de las abubillas, y se abstengan del falo, se producirá el cese de sus desgracias, y lo que está encima lo pondrá debajo Zeus, de resonante voz...»

MUJER TERCERA. ¿Que nos tumbaremos nosotras encima?

LISÍSTRATA. «... pero si se separan (152) y se elevan volando con sus alas fuera del sagrado templo los pájaros, no habrá ya ave alguna que resulte ser más pelanduscona».

MUJER TERCERA. A las claras es el oráculo, por Zeus. ¡Dioses todos!

LISÍSTRATA. No tenemos que renunciar por mucho que soportemos. Vamos adentro: que sería bochornoso el caso, queridas, si traicionamos al oráculo. *(Se van LISÍSTRATA y las mujeres.)*

CORO DE ANCIANOS.

*Una historia quiero contaros,
que escuché un día cuando era niño.*

*Érase una vez un muchacho, Melanio (153), que
rehuyendo el matrimonio se llegó a un lugar desierto, y por los montes*

habitaba.

Cazaba liebres

con redes que trenzaba,

y nunca más regresó a su casa, por esa aversión.

Hasta tal punto aborrecía aquél a las mujeres, y nosotros,

ni pizca menos que Melanio, pues somos juiciosos.

(151). Literalmente, «golondrinas», con el doble sentido de «sexo de la mujer»», que he tratado de mantener con «pájaro».

(152). Significa también, «si se abren de piernas».

(153). Héroe arcadio, famoso cazador.

EL CORIFEO.

Vieja, quiero darte un beso...

LA CORIFEO.

Así no te van a hacer falta cebollas (154).

EL CORIFEO.

...y levantar así (Levanta la pierna) y pegarte una patada.

LA CORIFEO.

Maleza espesa la que llevas.

EL CORIFEO.

También Mirónides (155) era

velludo por ahí, un culinegro (156)

para lanzarse sobre los enemigos,

lo mismo que Formión (157)

CORO DE MUJERES.

También yo quiero contaros a mi vez

una historia, frente a la de Melanio.

Érase una vez un tal Timón (158), errabundo,

con inexpugnables pinchos bien cercado su rostro,

de las Erinias (159) áspero brote.

*Pues este Timón,
por odio, lejos partió,
tras mucho maldecir a los hombres perversos.
Hasta ese punto odiaba aquél, en vez de a nosotras, a los perversos
hombres, pero para las mujeres era muy cariñoso.*

(154). Para llorar.

(155). Fue embajador y estratega victorioso, en el segundo cuarto del siglo v a. C.

(156). Llega a ser sinónimo de valiente.

(157). Actuó en la primera fase de la Guerra del Peloponeso, en una campaña naval fructífera para Atenas.

(158). Se refiere jocosamente a Timón como si se tratara de un personaje antiguo o legendario; era contemporáneo de la pieza. Se exagera a continuación el aspecto de su barba.

(159). Las Erinias o Furias son divinidades vengadoras de los crímenes, y su aspecto producía terror.

LA CORIFEO.

¿Quieres que te pegue en la quijada?

EL CORIFEO.

No, no, ¡qué miedo!

LA CORIFEO.

Entonces, ¿te doy con la pierna?

EL CORIFEO.

Se te va a ver el «portahombres».

LA CORIFEO.

Pues no te lo vas a encontrar,

vieja como soy, pe-

ludo, sino repe-

lado con un candil.

(Entra LISÍSTRATA desde la Acrópolis.)

LISÍSTRATA. *¡Oooh, mujeres, venid aquí, a mi lado, rápido! (Vienen MÍRRINA y otras mujeres desde la ciudadela.)*

MÍRRINA. *¿Qué hay? Dime, ¿por qué esas voces?*

LISÍSTRATA. Un hombre, un hombre veo que se acerca trastornado, poseído por los éxtasis de Afrodita. ¡Soberana que guardas Chipre, Citera y Pafosi (160) Sigue por ese camino tan tieso (161) que llevas.

MÍRRINA. ¿Y dónde está, sea quien sea?

LISÍSTRATA. Junto al templo de la Verdeante (162)

(160). Afrodita.

(161). Doble sentido, para referirse también a la erección del hombre que llega.

(162). Uno de los epítetos de Deméter, diosa de la tierra cultivada. Su templo estaba junto a la Acrópolis en el lado sur.

MÍRRINA. Ah, sí, por Zeus, ahí está, y, ¿quién puede ser?

LISÍSTRATA. Fijaos: ¿Lo conoce alguna de vosotras?

MÍRRINA. Sí, por Zeus, yo; ¡es mi marido, Cinesias!

LISÍSTRATA. Lo que tienes que hacer ya es ponerlo en el asador, darle vueltas, engatusarlo con el quiero y no quiero, y decirle que sí a todo menos a lo que conoce la copa (163).

MÍRRINA. Descuida, yo lo haré.

LISÍSTRATA. Pues yo me quedo aquí contigo para ayudarte a engatusarlo y ponerlo a punto de caramelo. *(A las demás mujeres.)* Ahora, marchaos.

(Salen; entra CINESIAS con un criado que trae un niño.)

CINESIAS. ¡Ay de mí, desdichado, qué convulsiones me dan, y qué rigidez, como si me torturaran en la rueda!

LISÍSTRATA. ¿Quién está ahí, que ha rebasado los puestos de guardia?

CINESIAS. Yo.

LISÍSTRATA. ¿Un hombre?

CINESIAS. Un hombre, desde luego.

LISÍSTRATA. ¡Largo de ahí!

CINESIAS. ¿Y quién eres tú que me echas?

LISÍSTRATA. Un centinela de día.

CINESIAS. Por los dioses, entonces, llámame a Mírrina.

LISÍSTRATA. ¡Anda, que yo te llame a Mírrina!, ¿y quién eres tú?

CINESIAS. El marido de ella, Cinesias de Leónidas (164).

LISÍSTRATA. Hola, querido. Tu nombre no está entre nosotras falto de prestigio ni deja de ser conocido, pues tu mujer siempre te tiene en la boca. Si coge un huevo o una manzana, dice: «Ojalá fuera para Cinesias».

CINESIAS. ¡Oh, dioses!

(163). *El juramento.*

(164). *Nombre de un demo del Ática.*

LISÍSTRATA. Sí, por Afrodita, y si se tercia hablar de maridos, tu mujer en seguida dice que al lado de Cinesias todo lo demás son pamplinas.

CINESIAS. Pues ve y llámala.

LISÍSTRATA. Bueno, y ¿qué me vas a dar?

CINESIAS. Yo, esto (*Señala su miembro*), por Zeus, si quieres. Esto es lo que tengo, y lo que tengo te lo doy.

LISÍSTRATA. Pues hala, voy a bajar a llamártela. (*Se va.*)

CINESIAS. A toda prisa. Pues ninguna ilusión tengo por la vida, desde el momento en que ella se marchó de casa; sufro al entrar en ella, que todo me parece desierto. La comida, ningún gusto me da comerla. Es que estoy empalmado. (*MÍRRINA se deja ver desde la ciudadela.*)

MÍRRINA. (*A LISÍSTRATA.*) Yo le quiero, le quiero, pero él no deja que yo le quiera. Así que tú no me llames a su lado.

CINESIAS. Mirrinita, encanto, ¿por qué haces eso? Baja aquí.

MÍRRINA. No, por Zeus, yo ahí no.

CINESIAS. ¿Llamándote yo no vas a bajar, Mírrina?

MÍRRINA. Es que me dices que salga sin que te haga ninguna falta.

CINESIAS. ¿Ninguna falta a mí? Destrozado es lo que estoy.

MÍRRINA. Me marchó.

CINESIAS. No, no, escucha por lo menos al niño. (*Al niño.*) Tú, ¿no llamas a mamaíta?

NIÑO. Mamaíta, mamaíta, mamaíta.

CINESIAS. (*A MÍRRINA.*) Tú, ¿qué sientes? ¿Ni siquiera vas a tener lástima del niño que lleva sin lavar ni mamar seis días?

MÍRRINA. Sí me da lástima, que tiene un padre bien descuidado.

CINESIAS. Dichosa mujer, baja, por el niño.

MÍRRINA. ¡Lo que es ser madre! Tengo que bajar, ¿qué voy a hacer? (*Entra MÍRRINA.*)

CINESIAS. *(Para sí.)* La encuentro mucho más joven y de mirada más tierna. Susenfados hacia mí y sus humos, eso mismo es lo que me tiene destrozado de deseo.

MÍRRINA. *(Al niño.)* Encanto, criaturita de un mal padre, ea, que te bese, encanto de mamáita.

CINESIAS. Majadera, ¿por qué te portas así y haces caso a las otras mujeres? Me haces sufrir a mí y lo pasas mal tú también. *(Se acerca a ella.)*

MÍRRINA. No me arrimes la mano.

CINESIAS. Las cosas de casa, tuyas y mías, las echas a perder.

MÍRRINA. Me importan un rábano.

CINESIAS. ¿Te importa un rábano la trama que está traída y llevada por las gallinas?

MÍRRINA. A mí sí, por Zeus.

CINESIAS. ¡Los ritos de Afrodita no los cultivas hace tanto tiempo! ¿No vas a venirte?

MÍRRINA. Por Zeus, no, a menos que hagáis las paces y pongáis fin a la guerra.

CINESIA. Vale, si eso te parece bien, hasta eso haremos.

MÍRRINA. Vale, si eso os parece bien, también yo regresaré allí. Pero ahora he jurado que no.

CINESIAS. Pues acuéstate conmigo: ¡el tiempo que hace ya!

MÍRRINA. Ni hablar. Sin embargo, no te diré que no te quiero.

CINESIAS. ¿Que me quieres? Entonces ¿por qué no estás ya acostada, Mirrinita?

MÍRRINA. ¡Fantoche!, ¿delante del niño?

CINESIAS. ¡Por Zeus! *(Al criado.)* Manes, llévate a éste a casa. *(Se va el criado con el niño.)* Hala, ya se te ha marchado el niño. Y tú, ¿es que no te acuestas?

MÍRRINA. Y, ¿dónde se podría hacer eso, desdicha de hombre?

CINESIAS. ¿Que dónde? La gruta de Pan es buen sitio.

MÍRRINA. Y, ¿cómo me las arreglaré para volver luego pura a la Acrópolis?

CINESIAS. Estupendamente, antes te lavas en la Clepsidra (165)

MÍRRINA. Y entonces, ¿voy a faltar a lo que he jurado, desdicha de hombre?

CINESIAS. Que recaiga en mí. No estés preocupada por el juramento.

MÍRRINA. Hala, pues voy a traer una cama para nosotros dos.

CINESIAS. De eso nada. Nos basta con el suelo.

MÍRRINA. No, por Apolo, aunque seas así, no te haré acostarte en el suelo.

(Sale MÍRRINA.)

CINESIAS. Desde luego mi mujer me quiere, está clarísimo.

(Regresa MÍRRINA con la cama.)

MÍRRINA. Aquí está, échate, acaba ya, que yo me voy desnudando. Pero, la cosa esta, la esterilla, hay que traerla.

CINESIAS. ¿Qué rayo de esterilla? Para mí no.

MÍRRINA. Sí, por Ártemis, que encima del jergón da vergüenza.

CINESIAS. Déjame que te bese.

MÍRRINA. Espera. *(Sale MÍRRINA.)*

CINESIAS. ¡Ay, ay, ay! Vuelve a toda prisa. *(Vuelve con una esterilla.)*

MÍRRINA. Aquí está la esterilla. Échate, que ya me desnudo. Pero, la cosa esa, la almohada, no tienes.

CINESIAS. No me hace ninguna falta.

MÍRRINA. Por Zeus, a mí sí. *(Sale MÍRRINA.)*

CINESIAS. ¿Pero es que el cipote este es Heracles convidado a un banquete? (166).
(Vuelve MÍRRINA.)

(165). La fuente Clepsidrayla gruta de Pan están al pie de la Acrópolis. Se trata de la misma cuestión ritual que la mencionada en la nota 146.

(166). Heracles aparecía con frecuencia como un personaje tragón que se enfadaba con los criados si no se apresuraban a servirle.

MÍRRINA. Levántate, alza. (Le pone la almohada.) Ya tengo todo.

CINESIAS. Todo, seguro. Ven aquí, tesoro.

MÍRRINA. El sujetador me lo suelto ya. Y recuerda: no vayas a engañarme en lo de hacer las paces.

CINESIAS. ¡Que me muera, por Zeus!

MÍRRINA. ¡Pero si no tienes manta!

CINESIAS. Por Zeus, ni la necesito; joder es lo que quiero.

MÍRRINA. Descuida, eso lo harás, que vengo en seguida. *(Sale.)*

CINESIAS. La tía esta me va hacer polvo por culpa de las mantas.

(Entra MÍRRINA.)

MÍRRINA. Ponte erguido.

CINESIAS. Bien erguida está ésta. (Señala el miembro.)

MÍRRINA. ¿Quieres que te eche perfume?

CINESIAS. No, por Apolo, a mí no.

MÍRRINA. Sí, por Afrodita, quieras o no. *(Sale.)*

CINESIAS. ¡Ojalá se le derrame el perfume, Zeus soberano!

(Entra MÍRRINA.)

MÍRRINA. Extiende la mano, coge y úntate.

CINESIAS. *(Untándose.)* No es agradable el perfume este, por Apolo, sino que es retardador y no huele a boda.

MÍRRINA. ¡Qué boba! Si he traído el perfume de Rodas (167)

CINESIAS. Es bueno, déjalo en paz; ¡dichosa mujer!

MÍRRINA. De guasa estás. *(Sale.)*

CINESIAS. ¡Que reviente de mala manera el primero que consiguió un perfume!
(Vuelve MÍRRINA.)

MÍRRINA. Coge este frasco.

CINESIAS. ¡Que tengo otro! Venga, calamidad, échate y no me traigas nada más.

(167). La isla se había separado de Atenas poco antes y por ello el perfume de Rodas no resulta agradable.

MÍRRINA. Eso voy a hacer, por Ártemis. Ya estoy descalza, por lo menos. Pero, vida mía, tienes que votar que se haga la paz.

CINESIAS. Lo tendré en cuenta. *(MÍRRINA se va.)* Me ha matado, me ha hecho trizas mi mujer, y encima de todo lo demás, se marcha y me deja así, descapullado. ¡Ay!, ¿qué hago? (168). ¿A quién joderé, rechazado por la más guapa de todas? ¿Cómo cuidaré a esta cría? *(Señala el miembro.)* ¿Dónde está el Perrozorro? (169) Alquilame la nodriza.

EL CORIFEO. En terrible desgracia, desdichado, tienes el alma afligida por haber sido engañado. También yo te compadezco. Ay, ay, pues, ¿qué riñón podría aún resistir, qué alma, qué pelotas, qué ijada, qué culo, estar así de tieso y sin joder, por la mañana?

CINESIAS. ¡Ay, Zeus, qué terribles espasmos!

EL CORIFEO. La verdad es que eso te lo ha hecho la muy guarra y la muy hija de perra.

CINESIAS. No, por Zeus, adorable y muy dulce.

EL CORIFEO. ¿Cómo que dulce? ¡Maldita y bien maldita, oh Zeus! Ojalá que tú (170) a ella, como a los montones de paja, con una gran tempestad y torbellino, dándole vuelcos y revuelcos, te la llevaras lejos y luego la soltaras, y ella cayera de nuevo a tierra, y ¡plaf!, se montara en el cipote descapullado.

(Llegan un HERALDO lacedemonio y un PRITANIS (171) ateniense. El lacedemonio, con un gran fallo en erección que destaca bajo la capa.)

(168). *Desde aquí hasta el final de la escena, todo el diálogo es parodia de tragedia.*

(169). *Sobrenombre del dueño de un burdel.*

(170). *Se dirige a Zeus.*

(171). *Cada una de las diez tribus en que se dividía el Ática ejercía durante una décima parte del año la pritanía, formada por cincuenta pritanes que presidían la Asamblea y el Consejo.*

HERALDO. ¿Donde ehtá er Conceho de Ansianoh de Atenah o loh prítaneh? Quiero desí una notisia (172).

PRÍTANIS. ¿Quién eres? ¿Un ser humano o Conísalo? (173)

HERALDO174. Shiquiyo, como erardo vengo de Ehparta, ¡pol loh doh diozeh!, para tratá de la pá.

PRÍTANIS. ¿Y te vienes con una lanza debajo del brazo?

HERALDO (175). No, por Seuh, yo no.

PRÍTANIS. ¿Para dónde te vuelves? ¿Y porqué te echas por delante la clámide? ¿Es que tienes un bulto en la ingle por culpa del viaje?

HERALDO (176). Ehtá pirado er tío éhte, po Cáhto.

PRÍTANIS. *(Le aparta la clámide.)* La tienes tiesa, desgraciado.

HERALDO (177). No, por Seuh, yo no. No digah shaladurah.

PRÍTANIS. Pues ¿qué tienes ahí?

HERALDO (178). Una ehsítala (179) laconia.

PRÍTANIS. *(Se descubre.)* Eso, si ésta es otra escítala laconia. Pero en fin, háblame con franqueza, como a quien está en el ajo. ¿Cómo andan vuestros asuntos en Lacedemonia?

HERALDO (180). Tieza ehtá toda Lasedemonia, y todoh loh aliadoh ettán emparmadoh. Noh jasen farta lob cuencoh (181)

(172). «¿Dónde está el Consejo de Ancianos de Atenas o los pritanes? Quiero decir una noticia.»

(173). *Nombre de una divinidad de carácter obsceno.*

(174). «Joven, como heraldo vengo de Esparta, ¡por los dos dioses!, para tratar de la paz.»

(175). «No, por Zeus, yo no.»

(176). «Está loco el tío este, por Cástor.»

(177). «No, por Zeus, yo no. No desbarres.»

(178). *Una escítala laconia.*

(179). *Se trata de un bastón sobre el que se enrollaba una banda de cuero, en ella se escribía transversalmente un mensaje, si se desenrollaba el cuero el texto resultaba ilegible. El receptor tenía un bastón de igual diámetro.*

(180). *«Tiesa está toda Lacedemonia y todos los aliados están empalmados. Nos hacen falta los cuencos.»*

(181). *Las mujeres.*

PRÍTANIS. ¿De quién os ha caído esa desgracia? ¿De Pan? (182)

HERALDO (183). No, la primera fue Lampito, creo yo, y dehpueh lah demáh muhereh de Ehparta, todah a una, como zi tomaran la zalida a lavé, a loh hombreh loh esharon fuera de zuh coñoh.

PRITANIS. ¿Y cómo andáis?

HERALDO (184). Heshoh porvo, que vamoh pol la ciudá encorvadoh, como zi yeváramoh una lámpara. Pueh lah muhereh no noh deban ni ziquiera total les er mirto ahta que todoh, en común, agamoh lah paseh en Gresia.

PRÍTANIS. El asunto este es una conspiración de todas las mujeres, ahora lo veo. Rápido, di que envíen aquí embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Y yo le diré al Consejo que elija a otros embajadores de aquí, enseñándoles el cipote este.

HERALDO (185). Voy volando, que lo que disehtá muy requetebién. *(Salen los dos personajes en distintas direcciones.)*

EL CORIFEO. No hay fiera más mala de combatir que la mujer, ni siquiera el fuego, ni hay pantera alguna tan sinvergüenza.

(182). *Pan es un dios lascivo.*

(183). *«No; la primera fue Lampito, creo yo, y después las demás mujeres de Esparta, todas a una, como si tomaran la salida a la vez, a los hombres los echaron fuera de sus coños.»*

(184). *«Hechos polvo, que vamos por la ciudad encorvados, como si lleváramos una lámpara. Pues las mujeres no nos dejan siquiera tocarles el mirto hasta que todos, de común acuerdo, hagamos las paces en Grecia.»*

(185). *«Voy volando, que dices lo mejor, de todas todas.»*

LA CORIFEO. ¿Y sabiéndolo luchas contra mí, hijo de perra, cuando te es posible tenerme como amiga fiel?

EL CORIFEO. Cuenta que yo, de odiar a las mujeres, no voy a parar nunca.

LA CORIFEO. Bueno, cuando tú quieras. Pero lo que es ahora no voy a consentir que estés así, desnudo. Que mira que estás para caerse de risa. Voy a colocarte el tirante del

hombro acercándome a ti. *(Las mujeres le colocan a los hombres la túnica en su sitio.)*

EL CORIFEO. Por Zeus, habéis hecho una cosa que no está mal; yo me lo quité entonces furioso de rabia.

LA CORIFEO. Al fin pareces un hombre, y no estás ridículo. Y si no me hubieras molestado, yo hasta habría cogido ese animal que tienes en el ojo y te lo habría sacado; así, aún lo tienes.

EL CORIFEO. Eso era entonces lo que me estaba haciendo polvo. Aquí tienes un anillo; hurga, y después de quitármelo, me lo enseñas, que hace tiempo que me está mordiendo el ojo (186), por Zeus.

LA CORIFEO. Eso voy a hacer, aunque eres un gruñón. *(Trata de quitarle el mosquito.)* Digno de verse, qué grande, el mosquito que tienes metido. *(Lo saca y se lo enseña.)* ¿Lo ves? ¿No es éste un mosquito de Tricorito? (187).

EL CORIFEO. Por Zeus, ¡qué bien me has hecho!, pues hace rato que me estaba perforando un pozo, hasta el punto de que, cuando me lo has quitado, me sale un montón de lágrimas.

LA CORIFEO. Te las voy a secar -y eso que eres la mar de malo- y te daré un beso.

(186). Se trata de un mosquito.

(187). Demo del Ática; el nombre es algo así como «tricúspide» (en realidad, con tres penachos) y puede ser esa alusión jocosa el efecto buscado.

EL CORIFEO. No me beses.

LA CORIFEO. Quieras o no.

EL CORIFEO. Ojalá os muráis, que sois camelistas de nacimiento, y es correcto y no está nada mal dicho aquello de «ni con ellas, las muy malditas, ni sin ellas, las muy malditas» (188). Pero ahora mismo voy a hacer las paces contigo y en lo sucesivo ya no te voy a hacer ninguna burrada ni me la hagas tú a mí. Hala, todos juntos demos comienzo al canto.

CORO CONJUNTO. (Al público.)

*No estamos dispuestos,
de ningún ciudadano, señores y caballeros,
a hablar mal ni lo más mínimo,
sino, por el contrario, todo lo bueno a decir y
hacer; pues bastantes desgracias hay ya.
Que nos lo haga saber cualquier hombre o mujer,
si es que alguno necesita dineri-*

llo pillar, unas minas, dos o tres (189)

Que dentro está (190)

y bolsas tenemos.

*Y si algún día la paz llega,
el que ahora mismo un prés-
tamo de nosotros reciba,
si coge, no restituya.*

*Vamos a homenajear
a unos huéspedes caristios (191),
hombres de bien.*

*Hay un poco depuré; y un cochinillo que tenía, lo
sacrifiqué también, así que gustaréis de lo tierno y exquisito.*

*Venid hoy a mi casa; temprano tenéis
que hacerlo, bien lavados vos
otros y los niños; luego ya en
trad dentro
y no preguntéis a nadie,
sino andad todo derecho
como en vuestra casa,
con brío, que...
la puerta estará cerrada.*

(188). Como el castellano «ni contigo ni sin ti ...». Tal vez es un verso de Arqurloco parodiado.

(189). Una mina equivale a 100 dracmas o 600 óbolos.

(190). El tesoro de la Acrópolis.

(191). De Caristo, ciudad de Eubea aliada de Atenas, cuyos habitantes se tenían por vividores.

EL CORIFEO. (*Entran los embajadores lacedemonios.*) Aquí llegan de Esparta estos embajadores, arrastrando sus barbazas (192), y como con unas jaulas entre los muslos (193). (*A los lacedemonios.*) Laconios, lo primero, hola, y ahora, contadnos en qué situación venís.

LACONIO (194) ¿Qué farta jase que oh digamoh mushah palabrah? Pueh bien ze puede vé en qué situación emoh venido. *(Separa la jaula.)*

EL CORIFEO. ¡Ahí va!, mucho tendón le ha salido a la desgracia esta de mala manera, y la inflamación parece de cuidado.

LACONIO. (195) Ni contal-lo ze puede. ¿Qué va uno a desí? Que arguien venga y aga la pá con nozotroh de cuarquié manera que quiera. *(Entra EL PRÍTANIS con otros atenienses.)*

(192). Los atenienses llevaban la barba muy recortada, y los espartanos, larga.

(193). Los espartanos disimulan su erección con unas jaulas de mimbre que parecen corrales de guardar animales.

(194). «¿Qué falta hace que os digamos muchas palabras? Pues bien se puede ver en qué situación hemos venido.»

(195). «Ni contarle se puede. ¿Qué va uno a decir? Que alguien venga y haga la paz con nosotros de cualquier manera que quiera.»

EL CORIFEO. Aquí veo también a estos paisanos que, como los luchadores, vienen separándose la capa del vientre (196). Pues sí que parece deportiva la cosa esta, la enfermedad.

PRITANIS. ¿Quién puede decir dónde está Lisístrata? Pues nosotros los hombres estamos así tal cual. *(Descubriéndose.)*

EL CORIFEO. También esta enfermedad está al unísono con la otra. ¿Es que os ataca la tiesura por la mañana?

PRÍTANIS. ¡Por Zeus!, por pasarnos eso estamos hechos polvo, así es que si alguien no hace en seguida la paz con nosotros, no habrá manera de que no jodamos a Clístenes (197)

EL CORIFEO. Si tenéis sentido común, agarrad bien la capa, para que no os vea alguno de los mutiladores de Hermes (198)

PRÍTANIS. Sí, por Zeus, bien dicho.

LACONIO (199). Zí, pol loh doh diozeh, der todo. Ea, vamos a ponen-nos la túnica por ensima.

PRÍTANIS. Salud, lacedemonios. Nos ha pasado algo terrible.

LACONIO (200). *(A un compañero.)* Queridízimo, terrible también lo que noh a pazado a nozotroh zi noh yegan a abé vihto loh hombreh éthoh mahturbádonoh.

PRÍTANIS. Ea, laconios, hay que decir cosa por cosa. ¿Para qué habéis venido aquí?

(196). Los atletas iban desnudos para evitar el estorbo de la ropa. 197. Véase nota 120.

(198). *Una noche del año 415 fueron mutilados los hermes, pilares antropomórficos, con un falo bien patente, que estaban a las puertas de las casas en Atenas para darles protección.*

(199). *«Sí, por los dos dioses, del todo. Hale, vamos a ponernos la túnica por encima.»*

(200). *«Queridísimo, terrible también lo que nos ha pasado a nosotros, si nos llegan a haber visto los hombres estos masturbándonos.»*

LACONIO (201). Como embahadoreh para la pá.

PRÍTANIS. Bien hablado, desde luego; también nosotros para lo mismo. ¿Por qué no llamamos entonces a Lisístrata que es la única que podría reconciliarnos?

LACONIO (202). Zí, pol loh doh diozeh, y zi queréih, tambié a Lizíhtrato (203).

(Entra LISÍSTRATA.)

PRÍTANIS. No hace falta, al parecer, que la llamemos, pues ella por su cuenta, al oírnos, viene ya.

EL CORIFEO. Hola, la mujer más valiente de todas. Ahora te toca a ti aparecer inflexible y suave, buena y mala, orgullosa y humilde, llena de mañas, que los principales de los griegos, cautivados por tu hechizo, se han rendido ante ti, y todos juntos han confiado a tu arbitrio todos sus litigios.

LISÍSTRATA. No es difícil la cosa, si se les coge llenos de deseo (204) y sin que intenten nada unos contra otros. Pronto lo sabré. ¿Dónde está Conciliación (*Aparece CONCILIACIÓN personificada en una chica desnuda.*) Coge y trae primero a los laconios, no con mano arisca e insolente, ni a lo bruto como hacían nuestros hombres, sino como suelen hacerlo las mujeres, muy amistosamente. Al que no te dé la mano, tráetelo del cipote. (*CONCILIACIÓN trae a los laconios.*) Ahora ve y trae a estos atenienses; por donde te dejen, cógelos y tráemelos. (*Trae a los atenienses.*) Laconios, colocaos junto a mí, y vosotros (*a los atenienses*) a este lado, y escuchad mis palabras: «Mujer soy, pero tengo inteligencia» (205).

«Por mí misma no discurro mal, y de mi padre y mis antepasados las palabras muchas tras haber oído, no estoy mal instruida.» Teniéndoos cogidos quiero reñiros a la vez y con razón a vosotros, que con una misma agua sagrada rociáis los altares, como gentes de la misma familia, en Olimpia, en las Termópilas, en Pitón (206) -¡cuántos otros podría decir si creyera oportuno alargarme!-. Y, sin embargo, cuando está presente el enemigo con su ejército bárbaro, dais muerte a los griegos y destruís sus ciudades. «El primer tema aquí lo he concluido» (207).

(201). *«Como embajadores para la paz.»*

(202). *«Sí, por los dos dioses, y si queréis, también a Lisístrato.»*

(203). *Se alude a la homosexualidad espartana, mencionando al tiempo a un individuo ateniense, conocido homosexual.*

(204). *Ambiguo: sexual y de paz.*

(205) . *Cita de Melanipa la Sabia de Eurípides. Los versos siguientes parecen ser también de cuño trágico.*

(206). *En los juegos Olímpicos y Píticos, y en las asambleas de la confederación religiosa o anficionía délfica, las Termópilas.*

(207). *Del Erecteo de Eurípides.*

PRÍTANIS. Y yo estoy que reviento descapullado.

LISÍSTRATA. Ahora, laconios, a vosotros me dirijo: ¿no sabéis que en una ocasión vino aquí Periclidas (208) el Laconio y como suplicante se sentó en los altares, pálido (209) en su vestido rojo púrpura, para pedir a los atenienses un ejército? Por aquel entonces, Mesenia se echaba sobre vosotros y al mismo tiempo la divinidad, sacudiéndoos con terremotos. Marchó Cimón (210) con cuatro mil hoplitas y salvó a Lacedemonia entera. Y después de lo que os han hecho los atenienses, ¿devastáis el país del que habéis recibido favores?

(208). *Nombre laconio de un individuo desconocido. Tucídides menciona a un «hijo de Periclidas» que firmó una tregua con los atenienses en el 423.*

(209). *De miedo.*

(210). *En el 464 sufrió Esparta un violento terremoto de graves consecuencias. Aprovechando la ocasión, la población de Mesenia, sojuzgada por los espartanos desde tiempo atrás, se sublevó. Esparta pidió ayuda a Atenas, que envió a Cimón en el 462; no obstante, su ejército fue mal acogido por los espartanos y tuvo que regresar. La historia aparece falseada en el texto.*

PRÍTANIS. Son injustos éstos, por Zeus, Lisístrata.

LACONIO (211). Zomoh inhuhtoh, pero (*mirando a CONCILIACIÓN*) ¡qué culo, qué maraviya!, no ze puede ni desí.

LISÍSTRATA. ¿Y crees que yo os voy a dejar sin reproche a vosotros los atenienses? ¿No sabéis que los laconios, por su parte, cuando vosotros usabais zamarra, vinieron con sus armas y mataron a muchos tesalios y a muchos partidarios y aliados de Hippias?, y siendo los únicos aliados vuestros en aquel día, os liberaron, y cubrieron de nuevo a vuestra gente con la rica capa en lugar de la zamarra (212).

LACONIO (213). (*Refiriéndose a LISÍSTRATA.*) Muhé máh noble no e vihto nunca.

PRITANIS. (*Mirando a CONCILIACIÓN.*) Y yo nunca un coño más hermoso.

LISÍSTRATA. Y habiendo por medio tantas y buenas acciones, ¿por qué seguís luchando y no acabáis ya con esa hostilidad? ¿Por qué no os reconciliáis? A ver, ¿qué os lo impide?

LACONIO (214). Nozotroh zí quemoh, zi arguien quiere devorvernoh ehta redondé

(215). *(Mira el trasero de CONCILIACIÓN.)*

LISÍSTRATA. ¿Cuál, amigo?

LACONIO (216). Piloh (217), que jase tiempo que la pedimoh y la tentamoh.
(Hace además de tocar a CONCILIACIÓN.)

(211). *«Somos injustos, pero ¡qué culo indecible, qué maravilla!»*

(212). *Los espartanos intervinieron en Atenas para acabar con la tiranía de Hippias en el 510. La zamarra (katonáke) era prenda usada por los esclavos.*

(213). *«Mujer más noble no he visto nunca.»*

(214). *«Nosotros sí queremos, si alguien quiere devolvernos esta redondez.»*

(215). *Égkyklon, objeto redondo; se refiere al mismo tiempo a un vestido de mujer (cf. v 133), al trasero de Conciliación y a una plaza fuerte.*

(216). *«Pilos, que hace tiempo que la pedimos y la tentamos.»*

(217). *Véase nota 32.*

PRÍTANIS. No, por Posidón, eso no lo conseguiréis.

LISÍSTRATA. Cedédsela a ellos, buen hombre.

PRÍTANIS. Y después, ¿a quién vamos a menear? (218).

LISÍSTRATA. Reclamad otra plaza a cambio de ésa.

PRÍTANIS. ¡Eso sí!, entregadnos lo primero de todo Equinunte, el golfo Maliaco que está detrás, y las piernas de Mégara (219)

LACONIO (220). No, pol loh doh diozeh, tanto no, amigo.

LISÍSTRATA. Dejadlo, no os peléis por un par de piernas.

PRÍTANIS. Yo lo que quiero es desnudarme ya y labrar el campo (221)

LACONIO (222). Y yo acarrear ehtiércol pol la mañana temprano, pol loh doh diozeh.

LISÍSTRATA. Cuando os reconciliéis, podréis hacer esas cosas. Pero si os apetece hacer eso, pensárosllo e ir a pedir consejo a los aliados.

PRÍTANIS. ¿A qué aliados, amigos? La tenemos tiesa. ¿No les va a apetecer a los aliados todos, lo mismo que a nosotros, follar?

LACONIO (223). Pol lo menoh, a loh nuehtroh zí, pol loh doh diozeh.

(218). *El verbo empleado, kinein, significa «mover», «agitar», y es a la vez equivalente del coloquial «follar».*

(219). *Los tres son nombres geográficos y aluden a la vez al cuerpo de Conciliación. Equinunte y el golfo Maliaco están en Tesalia, el nombre del primero se relaciona con uno de los vocablos que se refieren en la mujer al sexo, al tiempo que kólpos es «seno» y «golfo». Mégara estaba unida con su puerto por unos muros, que son llamados «ské le», al igual que las piernas.*

(220). *«No, por los dos dioses, tanto no, amigo.»*

(221). *Con la guerra, los atenienses habían tenido que abandonar las faenas agrícolas. En cuanto a trabajar desnudo, Hesíodo en Trabajos y Días, 391-392, aconseja: «siembra desnudo, ara desnudo y siega desnudo». Por otro lado, «labrar el campo» tiene también sentido sexual.*

(222). *«Y yo, acarrear estiércol por la mañana temprano, por los dos dioses.»*

(223). *«Por lo menos a los nuestros sí, por los dos dioses.»*

PRÍTANIS. Pues a los Caristios (224) también, por Zeus.

LISÍSTRATA. Bien dicho. Ahora atended a purificaros para que las mujeres os convidemos en la Acrópolis con lo que teníamos en nuestras cestas. Allí os daréis juramentos y fidelidad mutua. Y después cada uno de vosotros cogerá a su mujer y se irá.

PRÍTANIS. Hala, vamos de prisa.

LACONIO (225). Yévanoh adonde tú quierah.

PRÍTANIS. Sí, por Zeus, llévanos a toda prisa.

(LISÍSTRATA sale hacia la Acrópolis con los laconios y los atenienses.)

CORO CONJUNTO (226).

Colchas bordadas,

ricos chales de lana, finas túnicas y

joyas, eso poseo;

no tengo inconveniente en permitirlos a todos que os llevéis para vuestros

hijos, y para cuando vuestra hija sea canéforo (227).

A todos vosotros os exhorto a que ahora toméis de lo

mío ahí dentro;

nada está tan bien sellado

que no se puedan

arrancar los precintos

y llevarse lo que haya dentro.

Pero aunque miréis no vais a ver nada, a no

ser que alguno tenga

mejor vista que yo.

Y si uno de vosotros no tiene

comida y ha de alimentara los criados y

a un montón de chiquillos,

puede coger de mi casa harina, que es finita,

pero mi hogaza de un quénice (228) tiene un aspecto muy robusto.

De los pobres, el que quiera que venga

a mi casa con sacos y

talegos, que recibirá grano: mi esclavo

Manes (229) se lo echará.

Pero os advierto,

que no os acerquéis a

mi puerta, y que tengáis

cuidado con el perro.

(Se oye la voz del PRÍTANIS desde dentro de la Acrópolis.)

PRITANIS. Abre la puerta, tú. *(Se abre la puerta y llega EL PRÍTANIS con otros atenienses.)* Tenías *(a las mujeres del CORO)* que haberte echado a un lado. ¿Qué hacéis ahí, paradas? ¿No querréis que os queme yo con la antorcha, verdad?*(Al público.)* Es una grosería. No lo haré. Pero si hace falta llegar a eso, lo soportaré por daros ese gusto.

UN ATENIENSE. También nosotros lo soportamos contigo.

PRÍTANIS. *(Al Copo de mujeres.)* ¿Os marcháis de una vez? Vais a llorar largo y tendido por vuestra cabellera. *(Las amenaza con la antorcha y se alejan de los Propíleos.)* *(Al CORO de ancianos.)* ¿Os marcháis de una vez para que los laconios salgan de ahí dentro tranquilamente, después del convite? *(Los ancianos se sitúan a un lado.)*

(224). Véase nota 191.

(225). «Llévanos adonde tú quieras.»

(226) Hay diversidad de opiniones sobre la personalidad de los cantores. Se piensa que cante solamente el coro de ancianos o el coro de mujeres.

(227). Véase nota 126.

(228). Medida de capacidad para sólidos, de poco más de un litro.

(229). Nombre casi genérico de esclavo frigio.

UN ATENIENSE. Nunca vi banquete igual. ¡Qué simpáticos los laconios! Y nosotros, en cuanto empinamos el codo, somos muy ocurrentes.

PRÍTANIS. Claro, como que sin beber no estamos en buena forma. Si llego a convencer con mis palabras a los atenienses, como embajadores iremos siempre a todas partes borrachos. Pues ahora, cada vez que vamos a Lacedemonia, sobrios, en seguida buscamos cómo alborotar, de manera que lo que nos dicen no lo escuchamos, pero lo que no dicen, eso lo suponemos, y sobre las mismas cosas no contamos lo mismo. Pero en este momento nos agradaba todo, tanto que si alguien cantara el «Telamón» cuando había que cantar el «Clitágora» (230), lo daríamos por bueno incluso jurando en falso. *(Se aproximan algunos ancianos del CORO.)* Anda, éstos vienen otra vez al mismo sitio. ¿No os iréis con viento fresco, bribones?*(Se sitúan a un lado.)*

ATENIENSE. Sí, por Zeus, que ya van saliendo de dentro. *(Aparecen los atenienses y los espartanos; y, más atrás, LISÍSTRATA y las restantes mujeres.)*

LACONIO (231). *(Aun flautista.)* Queridísimo, cohe la flauta para que yo baile la dipodia (232) y entone una canción muy presiosa para loh atenienezeh y para nozotroh al mihmo tiempo.

PRÍTANIS. Sí, coge los tubos, por los dioses, que me encanta veros bailar.

(230). Dos canciones de banquete, una con un nombre masculino y la otra con un nombre femenino.

(231). «Queridísimo, coge la flauta para que yo baile la dipodia y entone una bonita canción para los atenienses y para nosotros al mismo tiempo.»

(232). Danza lacedemonia.

LACONIO (233).

Mnémozine (234), impureza asia ahté chavá

a tu Muza, la que conose

nuehtrah andansah y lah de loh atenienezeh,

cuando eyoh en Artemizio (235)

atacaban, zemehanteh a loh diozeh,

loh barcoh, y vensían a loh Medoh.

A nozotroh, por nuehtro lado, Leónidah (236)

noh conducía como a habalíeh que afi-

lan zuh cormiyoh, me parese a mí, y abundante

en nuehtrah mehiyah la ehpuma floresía, y abun-

*dante ar mihmo tiempo ze dehlisaba pol lah piernah.
Que no eran inferioreh en número
a lah arenah, loh guerreroh persah.
Agrehte casadora (237), vé aquí, diviná donseya,
por nuestro acuerdo de pá,
para que noh mantengah unidoh un porrón de tiempo.
Que aora y para ziempre la amihtá zea fecunda
grasiah a nuehtro pacto, y que dehemoh
de zé ahtutoh sorroh.
Oh, vé aquí, vé, donseya casadora.*

*(233). «Mnemósine, impulsa hacia este joven
a tu Musa, la que conoce
nuestras andanzas y las de los atenienses,
cuando ellos en Artemisio
atacaban, semejantes a los dioses,
los barcos, y vencían a los Medos.
A nosotros, por nuestra parte, Leónidas
nos conducía como a jabalíes que afilan
sus colmillos, diría yo, y abundante
en nuestras mejillas la espuma florecía y abundante
al mismo tiempo se deslizaba por las piernas.
Que no eran inferiores en número
a las arenas los guerreros persas.
Agreste cazadora, ven aquí, divinal doncella,
por nuestro acuerdo de paz,
para que nos mantengas unidos largo tiempo.*

Que ahora y para siempre la amistad sea fecunda

gracias a nuestro pacto, y que dejemos

de ser astutos zorros.

Oh, ven aquí, ven,

doncella cazadora.»

(234). Personificación de la memoria y madre de las nueve Musas. En laconio Mnamóna.

(235). Frente al cabo Artemisio tuvieron lugar dos encuentros entre persas y atenienses, antes de la victoria de Salamina.

(236). Leónidas, rey de Esparta, resistió valientemente el ataque persa en el desfiladero de las Termópilas.

(237). Ártemis.

LISÍSTRATA. Hala, como todo lo demás ha salido muy bien, llevaos, laconios, con vosotros a éstas (*Señala a las mujeres espartanas*), y vosotros, a éstas de aquí (*Señala a las mujeres atenienses*). Que el marido esté junto a su mujer, y la mujer junto a su marido, y, después de bailar en honor de los dioses por estos sucesos felices, que tengamos cuidado en lo sucesivo de no volver a cometer errores nunca más.

CORO CONJUNTO.

Da impulso al coro, conduce aquí a las Gracias (238),

invoca a Ártemis,

y a su hermano gemelo, maestro de coros, el amable

Sanador, y al Nisio,

el que entre las ménades extiende su mirada ardiente,

y a Zeus que con su fuego brilla, y a

su soberana esposa bienaventurada.

Y después a las divinidades que tomaremos

como testigos de imborrable memoria

de esta tranquilidad deliciosa,

que consiguió la diosa Cipris.

Alalai, ie, peán (239).

Saltad a lo alto, iai,

como en una victoria, iai.

Euoi, euoi, euai, euai.

PRÍTANIS. Laconio, enséñanos tú un canto nuevo.

LACONIO (240).

Deha el amable Taiheto (241)

y vé, Muza laconia, vé, para dá gloria

ar dió de Amiclah, que eh muy famozo,

y a la zoberana de bronsíneo templo

y a loh valienteh Tindáridah,

que huegan pol lah oriyah der Eurotah.

Ea, da un pazo asia delante,

oh, ea, zarza lihera,

para que cantemoh a Ehparta,

la que ze cuida de loh coroh de loh diozeh

y der taconeo de loh pieh,

cuando lah mushashah, como haquitas,

a oriyah del Eurotah

zartan con zuh pieh una vé y otra,

con un ritmo muy aprezurado,

y zuh cabeyerah ze menean

como lah de lah Bacanteh que dansan blandiendo el tirzo.

Y la iha de Leda loh guía, donseya

cahta, muy presiosa,

que dirihe loh coroh.

Ale, avansa, síñete con una sinta er cabeyo, con ayuda de tu mano, y con loh

pieh zarta como un siervo, marcando al mihmo tiempo el compáh que

ayuda a la dansa, y a la muy guerrera, la poderozízima dioza de bronsíneo

templo, dirihe tu canto.

(Salen todos.)

(238). Los dioses nombrados en la canción son: las Gracias; Ártemis y su hermano Apolo, con el sobrenombre de Sanador por su poder sobre la enfermedad; Dioniso, llamado aquí Nisio por haber habitado el monte Nisa de niño, siendo cuidado por las Ninfas; Zeus y su esposa Hera; por ultimo, Cipris o Afrodita.

(239). Canto de triunfo después de una victoria, dirigido a Apolo.

(240). «Abandonando el amable Taigeto

ven, Musa Laconia, ven, para dar gloria

al dios de Amidas, renombrado entre nosotros,

y a la soberana, de bronceo templo,

y a los valientes Tindáridas,

que juegan a orillas del Eurotas.

Ea, da un paso hacia adelante,

oh, ea, salta con ligereza,

para que cantemos a Esparta,

la que se cuida de los coros de los dioses

y del taconeo de los pies,

cuando las muchachas, como potrillas,

a orillas del Eurotas

saltan con sus pies una y otra vez,

en apresurado ritmo

y sus cabelleras se agitan

como las de las Bacantes

que danzan blandiendo el tirso.

Y la hija de Leda los guía, doncella

casta, de hermosa apariencia,

que dirige los coros.

Hala, avanza, cíñete con una cinta el cabello con ayuda de tu mano, y con los pies salta como un ciervo, marcando al mismo tiempo el compás que ayuda a la danza, y a la muy guerrera, la poderosísima diosa de bronceo templo, dirige tu canto.»

(241). Taigeto, Amidas y Eurotas son, respectivamente, un monte, una ciudad y un río de Laconia. En Amidas tenía Apolo un templo. La diosa del templo de bronce es Atenea, y los Tindáridas son los Dioscuros, Castor y Pólux. La

hija de Leda es Ártemis.